

EXACTAS EXILIADA

PABLO E. PENCHASZADEH

(COMPILADOR)

PABLO E. PENCHASZADEH, MARIO N. BRONFMAN, SEBASTIÁN E. BARBOSA, MARÍA A. MUÑOZ-MALAJOVICH, ALBERTO DÍAZ, RAÚL GAGLIARDI, CARLOS BERNSTEIN, BEATRIZ I. GOLDSTEIN, TOMÁS ESTEBAN GERGELY, HUGO ALBERTO MALAJOVICH, RUBÉN J. CUCCHI, SUSANA E. SOMMER, LINA BETUCCI, NOEMÍ SUSANA CASALIS BENSKI, SILVIA ELSA BRASLAVSKY, RICARDO SANGUINETTI

 *eudeba*

Exactas exiliada / Pablo E. Penchaszadeh ... [et al.] ; compilado por Pablo E. Penchaszadeh. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba, 2016.
156 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-23-2595-8

1. Exilio. I. Penchaszadeh, Pablo E. II. Penchaszadeh, Pablo E., comp.
CDD 323.5



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: julio de 2016

© 2016

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Alessandrini & Salzman para Eudeba

DG: Eudeba

Corrección: María H. Sáenz de Carman y Silvina García Guevara

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

AGRADECIMIENTOS

A Beatriz Goldstein, que ayudó intensamente en la coordinación con los autores. Y por su disposición a cooperar siempre con el profesionalismo, eficiencia y buena onda que la caracteriza.

A Ricardo Sanguinetti, que hizo sus mejores milagros para mejorar las fotos de todos y por abrirnos sus propios archivos fotográficos.

A Eduardo Díaz de Guijarro, por la lectura del manuscrito y sus oportunas sugerencias, muchas de las cuales fueron incorporadas.

A las correctoras que permitieron amalgamar gramáticas y estilos, María H. Sáenz de Carman en la primera etapa y Silvina García Guevara en la fase final.

A Omar Coso y a Juan Carlos Reboreda (representante ante Eudeba y decano respectivamente de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, UBA), por el efectivo apoyo para que este libro se publique en su ámbito natural, la editorial de la Universidad de Buenos Aires.

A la gente de Eudeba, en todas las fases de producción, especialmente a Luis Quevedo, cuyo apoyo y compromiso fue esencial para que este libro se publique y en los tiempos precisos.

Pablo E. Penchaszadeh

Índice

Presentación	9
<i>Pablo E. Penchaszadeh</i>	
Prólogo. La Noche de los Bastones Largos: violencia, exilio, nostalgia, resurrección	13
<i>Mario N. Bronfman</i>	
Entrevista a Pablo E. Penchaszadeh	17
<i>Sebastián E. Barbosa</i>	
Vendavales	31
<i>María A. Muñoz-Malajovich</i>	
“¿Qué ocurre?”	41
<i>Alberto Díaz</i>	
Fragmentos	49
<i>Raúl Gagliardi</i>	
Mi Noche de los Bastones Largos.....	59
<i>Carlos Bernstein</i>	
¿Cuándo?, ¿por qué? y ¿cómo? me tuve que reinventar como bióloga desde 1966... ..	63
<i>Beatriz I. Goldstein</i>	
Avatares	71
<i>Tomás Esteban Gergely</i>	
Después de la Noche de los Bastones Largos.....	81
<i>Hugo Alberto Malajovich</i>	

Un punto de inflexión en nuestras vidas: la Noche de los Bastones Largos	93
<i>Rubén J. Cucchi y Susana E. Sommer</i>	
Cinco años fueron suficientes.....	105
<i>Lina Bettucci</i>	
Mis recuerdos de la Noche de los Bastones Largos	113
<i>Noemí Susana Casalis Benski</i>	
1959-1966. La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales en la Universidad de Buenos Aires.....	117
<i>Silvia Elsa Braslavsky</i>	
1958-1966	129
<i>Ricardo Sanguinetti</i>	

Presentación

Pablo E. Penchaszadeh

La entrevista que me hizo Sebastián Barbosa (en 2013, en TECtv, del MinCyT) despertó en muchos colegas las ganas de escribir sobre sus vivencias en Exactas en los años sesenta y, también, sobre qué qué pasó después con nosotros, aquellos que éramos estudiantes y jóvenes graduados cuando se produjo la Noche de los Bastones Largos.

Los docentes renunciando de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires fueron unos cuatrocientos y la mayor parte de ellos se fue al extranjero. El impacto fue variable según los departamentos y en algunos resultó devastador. Muchos de los que éramos estudiantes quedamos atrapados en un limbo, con materias por rendir y dejados a nuestra suerte.

Así surgió la idea de hacer este libro, que se compone de trece testimonios, a los que se suman la entrevista que me hiciera Sebastián Barbosa y el prólogo de Mario Bronfman. Los autores de los relatos fueron los primeros en responder al proyecto y aunque hubiésemos querido incluir a muchos más, ello excedía nuestra capacidad de edición. Igualmente, creemos que, pese a que es una muestra pequeña, la esencia de lo que queremos transmitir y el tono emotivo no hubiera cambiado con más material.

Este libro trata de rescatar para las generaciones siguientes de Exactas la forma de vida en la Facultad en aquellos años y propone abrir el juego de ideas, vivencias y opiniones.

Se han respetado los estilos y la personalidad de los autores, lo que si bien puede dar una sensación de heterogeneidad, es justamente lo que contribuye a la riqueza del todo: diversos puntos de vista acerca de lo que, para muchos, significó una de las escisiones más desgarradoras de nuestras vidas.

A lo largo de los textos se palpa la enorme ingenuidad de los protagonistas, su total desconcierto ante el cierre de la Facultad luego de aquella noche de julio de 1966 y cómo una tremenda y desconocida templanza les permitió reinventarse una y otra vez en los distintos avatares que les tocó vivir, para que muchos pudieran seguir con su vocación científica desde diferentes e insospechados lugares.

Llama la atención la enorme cantidad de nosotros que se desperdigó por el mundo y que junto con los del mayoritario exilio interno –los que se quedaron en el país, pero fuera de la Facultad– constituyen la “generación perdida de los años dorados” de Exactas. Los escenarios fueron distintos y cambiantes: Chile, Venezuela, México, Brasil, Uruguay, Estados Unidos, Alemania, Francia, África, Oriente y... la Argentina. Nuestra Exactas es una mochila que nos acompaña, en la que siempre podemos reconocer nuestra raíz y extraer lo mejor de nuestra juventud.

De igual manera, el libro también es testimonio de que el retorno a Exactas de esta generación en la mayoría de los casos no fue posible ni estimulado. Salvo en lo declamatorio, con variadas experiencias y excepciones, y a cuentagotas, ninguna administración de la Facultad dio los pasos precisos y necesarios para incorporar a la generación producto de los “años dorados”.

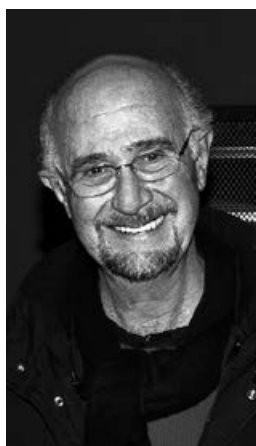
En el breve período de 1973-1974, algunos profesores y varios de los que fuimos estudiantes volvimos a ser contratados. Pero no duró más que una corta temporada, tras de la cual la Facultad retornó a las penumbras.

Hubo oportunidades que se desperdiciaron. Con el advenimiento de la democracia, en 1983, existió la gran expectativa de que se declaran nulos los amañados concursos docentes que se realizaron en 1982, en los que no se permitieron presentaciones de residentes en el extranjero y se daba gran puntaje a la antigüedad en el cargo. Esto, sumado a cláusulas discriminatorias, demostraba que habían sido diseñados para dejar enquistada la mediocridad reinante en la dictadura. Aunque la FUBA impulsó la impugnación de la totalidad de los concursos y una comisión destacada de la Facultad analizó y concluyó que la mayoría de los nombramientos debían ser anulados, finalmente en 1985 se dio por terminado el asunto y los casi doscientos docentes cuestionados nunca fueron removidos.

Después de 18 años de la Noche de los Bastones Largos, luego de 1983, fue contratada una cierta cantidad de profesores de renombre, la mayoría residentes en el exterior; muchos de los graduados que comenzaron a

acceder a cargos docentes en esa época, y a conformar en gran medida la Facultad que hoy conocemos, lo hicieron prácticamente sin contacto con los “años dorados” ni con la mayoría de nosotros, su producto, aunque hubo alguna cooperación puntual con colegas que continuaron residiendo en el extranjero. Pero ese agujero negro generacional se nota y es uno de los rasgos que resaltan en la composición etaria de la Exactas de estos años.

Este libro intenta así recuperar en algo la memoria y presencia de los “borrados”, para que las presentes y venideras generaciones sepan que no les dimos lo mejor de nosotros no porque no hayamos querido, sino porque ni nosotros ni ellos tuvimos la oportunidad de conocernos.



Pablo E. Penchaszadeh

Biólogo marino. Licenciado en Biología (1966) y doctor en Biología (1975), ambos por la UBA. Fue investigador en el Instituto de Biología Marina de Mar del Plata (1967-1975). Es investigador superior del Conicet en el Museo Argentino de Ciencias Naturales donde recibió el “Primer Premio a la Producción Científica” en 2001, 2003 y 2009. Fue profesor en las universidades Simón Bolívar (Venezuela), de la República (Uruguay), del Quebec (Canadá), de Mar del Plata y de Buenos Aires. Autor de unos doscientos artículos y cinco libros, recibió varios premios, entre los cuales se encuentran: “Estímulo a la Investigación Científica” (UBA, 1969); “Andrés Bello” (1987) y “José Francisco Torrealba” (1992), ambos de la USB, Venezuela; “Orden de las Palmas Académicas” (Francia, 2006) y “Consagración” en “Ciencias Biológicas” (Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Buenos Aires, 2015). Desde 2012 es director de la revista de divulgación científica y tecnológica *Ciencia Hoy*.

Prólogo

La Noche de los Bastones Largos: violencia, exilio, nostalgia, resurrección

Mario N. Bronfman

Cuando Pablo me invitó a que escribiera el prólogo a este libro me resultó muy fácil contestar inmediatamente de manera afirmativa. Fue una irresponsabilidad. Aún no estaban las contribuciones que forman el cuerpo de este volumen y yo no sabía cuál sería su contenido. Tampoco sabía quiénes serían los autores, aunque sospechaba que varios de ellos eran amigos míos. Al ver luego la lista y habiendo leído lo que escribieron confirmé la hipótesis: conozco a casi todos, fui muy cercano de varios, incluso “aparezco” –sin ser identificado por mi nombre– en alguno de los relatos.

En realidad, yo no era “de Exactas” y no había estado allí durante el siniestro episodio. En ese tiempo era estudiante de Sociología en la UBA y estaba haciendo el servicio militar. Recuerdo el terror que viví el 27 de junio de 1966 cuando un cabo primero llamó a mi casa por la noche para decir que debía presentarme en mi Comando del Distrito Militar Buenos Aires, en la calle Balcarce, a dos cuadras de la Casa Rosada. Según la mecánica que me había sido ordenada, yo debía llamar a cinco soldados que pertenecían a mi misma unidad para convocarlos. Confieso, con un poco de vergüenza, que tuve que pedirle a mi madre que discara los números –¿recuerdan que los teléfonos tenían un disco, que uno ponía el dedo en el número y debía girar el disco hasta componer los seis números que los teléfonos tenían en aquel entonces?– porque el temblor que yo tenía me impedía hacerlo. Tomé el colectivo 203, luego el subte y crucé una desierta Plaza de Mayo en dirección a mi destino. Daba la sensación de que no estaba ocurriendo nada, pero un nuevo golpe militar ya estaba en marcha. A las 5.30 de la madrugada el presidente Arturo Humberto Illia fue “desalojado” de la Casa Rosada por un escuadrón de Gendarmería, para hacer así más humillante

el procedimiento. Parecería ser que la voz de orden era humillar en todos los frentes y la Universidad no escapó a ello. Escribe Luis Alberto Romero en *La Nación* el 25 de junio del 2006: “El golpe más fuerte cayó sobre las universidades. Desde 1955 estas se encontraban en plena transformación, buscando a la vez renovación científica y compromiso con los problemas de la sociedad, discutidos con ardor en las aulas y en la calle. Los sectores tradicionales solo vieron en esto la negación de las jerarquías, la difusión de ideologías disolventes y una práctica política subversiva. Para torcer el rumbo se recurrió a un acto de gran violencia simbólica: algunos de los mejores profesores de la Universidad de Buenos Aires fueron apaleados, en la célebre ‘noche de los bastones largos’”.

Eso fue la Noche de los Bastones Largos: un acto de violencia física, pero sobre todo de extrema violencia simbólica. En términos de Foucault se trató de un castigo ejemplar, un castigo que debía servir de ejemplo. Si los universitarios –alumnos y profesores– pudieron ser golpeados cualquiera puede ser golpeado. Fue el establecimiento de una regla, de un estándar.

Lo que siguió fue la renuncia masiva, la desbandada. Los profesores y graduados que pudieron rehicieron sus proyectos académicos en otras latitudes. Los que aún no se habían graduado intentaron terminar sus carreras universitarias de la manera más digna posible en un ambiente enrarecido y persecutorio. Se inició entonces un exilio masivo que culminó en la década de 1970 cuando, después de un breve intervalo democrático, otra dictadura vino a completar lo que la Revolución Argentina había dejado incompleto.

De los que se fueron en los sesenta muchos no regresaron. Otros lo hicieron y volvieron a irse en los setenta. Es la historia contada en diversos testimonios de este libro. Yo pertenezco al exilio de los setenta. Me fui a Venezuela y luego de cinco años seguí a México, donde resido actualmente. En Venezuela tuve la oportunidad –el privilegio– de trabajar en un cubículo junto al de Manuel Sadosky en el CENDES de la Universidad Central de Venezuela. Pude disfrutar cotidianamente de su sabiduría y bonhomía. Manuel era un ser humano bondadoso, siempre listo para ayudar sin preguntar, siempre tejiendo redes de apoyo solidario. En México pude conocer a Rolando García, pero sobre todo pude conocer al equipo que él formó y coordinó, y que abrió rumbos en cuanto a investigación multidisciplinaria se refiere. Ambos representaron con dignidad, excelencia y calidad humana a una Argentina de la que se tuvieron que ir golpeados, humillados y amenazados. Prescindir de ellos, expulsarlos, es un lujo que ningún país se puede

ni se debe permitir. Elijo mencionar esos dos casos porque en la Noche de los Bastones Largos, siendo vicedecano y decano de Exactas, respectivamente, dieron ejemplo de valentía y dignidad. Seguramente ese fue el caso de muchos, entre ellos los que dan su testimonio en este libro.

Los textos fueron escritos, evidentemente, sin que el compilador diera mayores indicaciones de contenido, excepto que no se trataba de escribir acerca de una historia de “hechos”, sino de los sentimientos y de los afectos. Así, unos eligen contar su experiencia de esa noche, otros prefieren describir el largo viaje que entonces iniciaron, hay quienes relatan cómo debieron reinventarse, algunos cuentan sus esfuerzos por integrarse a sus nuevas sociedades y sus resultados signados por el éxito, las pérdidas o la hibridez. En todo ello reside parte de la riqueza de este libro: los testimonios salen más del corazón y de las vísceras que del intelecto y la razón.

Sin embargo, leyendo “de un tirón” todas las historias encuentro un trasfondo que hace honor al estereotipo que existe sobre los argentinos: la nostalgia; nostalgia ante la lejanía o la pérdida de un lugar, de una situación o de una época pasada. Como lo dice mejor que nadie Homero Manzi: “Nostalgia de las cosas que han pasado / arenas que la vida se llevó / pesadumbre de barrios que han cambiado / y amargura del sueño que murió”.

No obstante, las historias de cada uno sumadas muestran que además de muertes hubo resurrecciones. Lo que los bastones largos quisieron eliminar siguió vivo. En los casi cincuenta años que han pasado desde entonces la historia no ha sido lineal. Ni siquiera para la Argentina, que conoció épocas mucho peores pero también mucho mejores. Hoy es más que nunca necesario mantener viva la certeza de que la historia se caracteriza por ser cíclica. Es por eso que quiero terminar estas palabras que, como confesé al comienzo, escribo como consecuencia de un acto de irresponsabilidad, con una frase de *Juan Cristóbal*, el libro de Romain Rolland que seguramente hoy nadie lee pero que fue una de las biblias de nuestra generación: “La vida es una sucesión de muertes y resurrecciones; muramos Cristóbal para renacer”.



Mario N. Bronfman

Licenciado en Sociología por la UBA y doctor en Salud Pública por la Fundação Oswaldo Cruz (Río de Janeiro, Brasil). Fue Director de Investigación de la UBA (1973-1974). Vivió en Venezuela entre 1975 y 1980 donde fue investigador del CENDES-UCV. Desde 1980 vive en México. Fue investigador en el Colegio de México, director del Centro de Investigaciones en Sistemas de Salud y representante de la Fundación Ford para México y Centroamérica. Actualmente es investigador en el Colegio de México y consultor de la Fundación Ford a cargo del portafolio de Cuba. Publicó más de diez libros y más de sesenta artículos científicos.

Entrevista a Pablo E. Penchaszadeh

Sebastián E. Barbosa

Soy biólogo de la UBA. Recuerdo muchas cosas de la carrera, pero sobre todo a los profesores. Cada materia era conocida por sus docentes, cuyos nombres circulaban entre todos los alumnos. Ahí me llegó el de Pablo Penchaszadeh. Se decía que era muy enriquecedor cursar con él y año tras año Invertebrados recibía una gran cantidad de inscriptos. Lamentablemente no tuve la oportunidad de cursarla y, por ende, de presenciar sus clases, pero más adelante el tiempo me dio revancha. Me anoté en Geología y Ecología de Áreas Costeras, “Costas” para los alumnos. Me llamó mucho la atención que fuera una materia interdisciplinaria. Estudiaba los aspectos físicos, geológicos y biológicos de las costas marinas y el encargado de la parte biológica era nada más y nada menos que Pablo. Fue una gran cursada donde el factor humano resultó ser lo más trascendental, todos disfrutábamos mucho de nuestras clases. Posteriormente egresé y no lo vi más, hasta 2013. Ya trabajando en el MinCyT, asistí a una reunión por el proyecto Pampa Azul y al sentarme noté que Pablo estaba frente a mí. Recuerdo claramente que me miró y me dijo: “Vos fuiste alumno mío”. Grata sorpresa el encuentro y la conversación que mantuvimos a posteriori sobre las actividades de cada uno. Días después, lo contacté para proponerle retratar sus vivencias en una entrevista gráfica. Se trataba de contar su rica historia personal y su aporte a la biología argentina que lo llevó a constituirse en un referente principal en el campo de la Biología Marina. Pablo aceptó gustosamente y en el mes de noviembre del mismo año nos recibió en su casa. Durante tres horas conversamos sobre los hechos que marcaron su vida, desde su infancia hasta su actualidad. La entrevista fue tan rica que pensamos un segundo encuentro, esta vez en su laboratorio junto a su grupo de trabajo. A las dos semanas allí estuvimos; Pablo, rodeado de toda

su gente, mostró lo que era el ejemplo vivo de una enorme capacidad y solidaridad. No solo contagió conocimientos sino también ganas de hacer, ganas de producir, ganas... y de eso se trata finalmente la vida.¹

—Pablo, si tuvieras que presentarte, ¿cómo lo harías?

—Me presentaría como un típico pibe de los sesenta, que tuvo mucha suerte de ser joven en los sesenta y que la sigue teniendo, dando gracias a la vida...

—Naciste en el año 1944.

—Sí, en Buenos Aires, Barrio Norte.

—¿Qué recuerdos tenés de tu niñez?

—Mirá, nosotros somos primera generación en el país. O sea que mi primera niñez no la recuerdo muy feliz porque mis viejos vinieron de Francia por la guerra y la verdad que no la pasaron bien ya que en el camino falleció quien hubiera sido mi hermana mayor. Éramos una familia un poco metida para adentro, como encerrada sobre sí misma. Mi gran apertura siento que fue en la secundaria, y luego en la Universidad.

—¿Y cuándo comenzó en vos tu pasión por la Biología?

—A mí desde chico me encantaban los bichos. Me acuerdo de que agarraba renacuajos, los traía a casa, mi papá me decía: “¿Qué hacés con eso?”. La familia pasaba los meses de verano en Mar del Plata, y eso para mí fue el encuentro con la naturaleza, porque yo acá en Buenos Aires vivía en un departamento y Mar del Plata fue para mí el encuentro con el mar, con el verde, con el cielo, con las estrellas, y con los colores y olores del Atlántico. O sea que para mí, Mar del Plata está muy en el origen del despertar de mi sensibilidad por la naturaleza, sí. Y especialmente por el mar.

—O sea que ahí comenzó todo.

—Sí, y en el secundario se acentuó. Yo iba al colegio Sarmiento, sobre la calle Libertad. Fue muy importante ese colegio, y esto lo digo a pesar de que soy muy crítico de mi secundaria. Aunque sobre todo, el colegio fue para mí

1. El texto que sigue es una adaptación de la entrevista que le realizó Sebastián E. Barbosa a Pablo E. Penchaszadeh para TECtv, ajustada a los objetivos del libro.

el marco de mi formación, por ejemplo, la gran lucha estudiantil por la educación laica. Eso fue en la época de Frondizi, cuando se polarizó la sociedad entre lo que se llamó la educación libre, que era fundamentalmente que el Estado reconociera títulos privados, sobre todo de instituciones religiosas, y la educación pública, laica y gratuita, es decir, cumplir la Ley 1420.

Lo de la laica y la libre fue algo muy formador de mi generación, de lo que pasaba a fines de los cincuenta. Las concentraciones enormes como aquella tan memorable en Congreso del 19 de septiembre del 1958 con, yo diría, medio millón de adolescentes, no se habían visto nunca acá (*La Nación* dijo 160.000).

—¿Y a la Universidad cuándo entraste?

—A los 16 años. Y a los 22 me recibí, en el 66. En 1962 empecé a trabajar en la facultad como ayudante de 2º... Todo era bastante rápido en los sesenta, y diferente: yo pintaba, hacía escultura en el taller del español José María Lanús, estaba en el coro de la Facultad de Ingeniería, de la cual salieron músicos como Jorge Suscheim, Horacio López, los *I Musichisti*, *Les Luthiers*. Fue una adolescencia muy efervescente. Estábamos con el grupo del Di Tella, iba al Campamento Químico, al de Farmacia, al de Ciencias Naturales. La ciudad era un club, maravilloso, gigantesco, pasaba de todo. Cine Club Núcleo en el desaparecido cine Lorraine de la calle Corrientes. En Perú 222, donde estaba Exactas, teníamos el Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales, editábamos la revista *Holmbergia*, en 1962 era ayudante de Renata Wulff en la secretaría de la revista, estaba a cargo de la cartelera en el pasillo de entrada a la facultad, “El Amonite”, y hacíamos el ciclo de cine los sábados por la tarde, con Bergman, De Sica, Antonioni...

Imaginate lo que me representa a mí y a los que allí estudiábamos, lo que significó el quiebre de Exactas en el 66. La Universidad nunca volvió a ser la misma, era todo muy distinto en esa época para un estudiante.

—¿Cómo era cursar en esa época?

—En esa época cursar las materias de Biología era tener más o menos unos veinte-treinta compañeros y en general los que nos daban las clases eran también jóvenes. En Exactas, en el año 1958 o 1959, las autoridades decidieron que iban a contratar gente joven, sobre todo que venía de afuera, que nadie conocía, y que aunque no tuviera mayor currículum, en cambio tenía ganas, ideas novedosas y energía de cambio. Y eso le dio aire a todo. Al

mismo tiempo trajeron unos fantásticos profesores extranjeros, y yo tuve al mejor posible.

—¿De dónde?, ¿quién era?

—Era un profesor de Ecología increíble, que falleció hace muy poco, Oliver P. Pearson. Pearson era de California y cuando hicieron el anuncio para trabajar acá él dijo “yo quiero”. ¡Y no hablaba una papa de español! Había estado antes en Perú en la alta montaña estudiando ecología de vicuñas. El profesor y la persona más amorosa, el docente dedicado, el investigador nato, construía aparatitos simples con latitas, con la mano, que medían cualquier cosa. Fue el único que en toda la carrera nos dijo: “Ustedes son un grupo de estudiantes increíble. A mí nunca me pasó. Yo di clases en California y nunca vi chicos tan interesados como ustedes”. Oliver nos estimulaba. De cualquier modo era muy distinto en esos años, y es imposible explicar a los chicos de ahora lo que fue en realidad porque eso no está en su imaginario, en la percepción actual de la gente joven. Todos los que estaban acá, con los que yo tenía contacto, contacto-contacto, se fueron, todos, salvo algunos pocos. Y no hablemos ya de nuestros profesores. Hablo de los que fuimos estudiantes en los sesenta en Exactas. Y nadie hizo nada para que volviéramos. Carlos Bernstein ahora vive en Lyon, Francia, Silvia Braslavsky se fue al Max Planck en Alemania, Eugenia Kalnay está en Estados Unidos desde los años sesenta... Tomi Gergely trabaja también en Washington. A Epstein le acaban de dar acá el premio de Raíces porque está en vinculación, pero vive en Lyon, Francia. Rubén Pasmarter, ¿dónde vive? en Amsterdam. Claudio Benski, que falleció, estaba en Francia también. Tónica Muñoz, coordinadora de Biotecnología de la ORT en Río de Janeiro. Hugo Malajovich, director de la organización ORT en Brasil, tampoco volvió. ¡Toda gente que descolló afuera pero de una manera tremenda y que nunca volvió! ¡Qué tremendo desperdicio! Nosotros fuimos formados en una escuela de erudición increíble pero no nos dábamos cuenta. Y aunque digan lo que digan, que el que no volvió es porque no quiso, yo la historia esa no me la creo. La gente mía no está en la Facultad. Porque además, la que se quedó en el país se tuvo que ir de Exactas. Yo me acuerdo de todos mis compañeros, puedo hacerte una lista de memoria. Marta Sierra, botánica que trabajaba en el INTA cuando fue secuestrada, torturada y desaparecida en los setenta. Su hijo hizo una película, “M”, sobre ella.

—¿Por qué?

— Porque no les dieron nunca más un cargo, hasta dieciocho años después y a cuenta gotas, ¿entendés? Hacia 1973 hubo un amago de regreso de alguna gente, pero en general el sectarismo prevalecía en quiénes sí y quiénes no, y duró apenas un año, en que regresó lo peor del fascismo a nivel nacional (Ivanissevich, Ottalagano) y nuevamente Zardini a la Facultad... Este personaje había sido el Secretario de la Facultad de la intervención en el 66. De allí en adelante los grupos que dirigieron la Facultad nunca más dejaron que entrara de nuevo masivamente la gente que había renunciado en el 66 ni los que se graduaron en aquellas épocas. Hubo un momento en que podría haberse hecho algo. Fue con el advenimiento de la democracia, hace treinta años. Pero la tremenda e injusta decisión en Exactas fue la de convalidar unos amañados concursos apresurados realizados a finales de la dictadura..., con lo cual no hubo posibilidad de recambio. La mayoría de la gente que en los sesenta se fue al exterior, si regresó lo hizo en otras instituciones, no a Exactas, salvo por algunos profesores de renombre. Lo mismo con aquellos que quedaron en el país, debieron buscar otros lugares de trabajo.

Beatriz Goldstein, por ejemplo, que en los años sesenta, setenta, puso la primera escuela-taller de Ciencias en la Argentina, que se llamó Eureka, quedó vedada y vetada para cualquier concurso. Nené Di Pace se fue y tampoco consiguió cargos cuando volvió. Héctor Terenzi era mi profesor de Zoología, nunca más volvió porque acá no conseguía nada. La cantidad de geólogos con Félix Bonorino a la cabeza, y Marcelo Lipmann, y Mabel Costa, y Rubén Cucchi, y Rogelio Clayton, y Romeo Greco, y los Calvelo y Pedro Ulbricht y... La gente me dice: Ah, Pablo, no te podés quedar con el pasado. No me quedo en el pasado, pero nunca más Exactas volvió a ser lo que era. Todo lo que pasó, y que me pasó a mí también, isoy una muestra viva!

—¿Vos cuándo te recibiste?

—Yo me recibí en el 66 con la última materia, posterior a la Noche de los Bastones Largos. Siempre me preguntan: “¿Vos estuviste en la Noche de los Bastones Largos?”. Sí, estuve esa Noche de los Bastones Largos en Perú 222. Estaba la asamblea y allí estaba todo el mundo; con una amiga, Aída Colma, dijimos: “Che, ¿vamos a comernos un sándwich?”. Eran como las 12 de la noche, un hambre, un ragú, y nos fuimos ahí a avenida de Mayo, comimos unas pizzas, cervecita, charlamos, y cuando volvimos ya había pasado todo lo que pasó. ¡No lo podíamos creer! Estaban las puertas batientes de Perú 222, alguna

poca gente afuera que nos contaba lo que había pasado y con Aída nos volvimos a la misma cervecería de avenida de Mayo a hacer las listas de toda la gente que recordábamos que estaba adentro de la Facu, porque luego de golpear a todos salvajemente se los habían llevado en cana. Y empezar entonces a hacer las cadenas de teléfonos para que los papás o familiares supieran que a su hijo se lo habían llevado, averiguando a qué comisarías, que esto y que lo otro. A Rubén le partieron la cara, y ahora está en Amsterdam. Estaba Guillermo Bomchil, químico que vive en Francia. A la hermana, a Alicia, le habían partido la frente con un tubo de una escopeta lanzagases, Y los que nos salvamos de esa, nos ocupamos de la gente. A mí particularmente me tocó ocuparme de Carlitos Bernstein. Esa noche habían tirado gases lacrimógenos sobre la gente, él no se dio cuenta y una le cayó encima, y el líquido se le fue evaporando hacia los ojos. Estuvo toda la noche en cana con ese líquido en la ropa y se le quemaron las córneas; salió ciego. Y después la debacle completa: la mayoría de los profesores y docentes renunciados o echados. Imaginate: me falta una materia, la Facultad cerrada, 22 años, ¿qué hago? Entonces me dijeron que lo fuera a ver a Manuel Sadosky, que era el vicedecano, a su departamento de la calle Paraguay, donde oficiaba casi una secretaría paralela. Yo había cursado una materia con él, junto con doscientos alumnos, y pensé que no se iba a acordar. Pero me atendió, me escuchó y me hizo una carta manuscrita para la embajada de Francia dando testimonio de mi rendimiento. La carta decía: “Este joven va a ser algún día un gran biólogo marino de la Argentina...”.

—Eso te ayudó mucho, me imagino.

—Sí, me dieron una beca de asistencia técnica para hacer un posgrado en Marsella. Al final, igual antes pude obtener mi licenciatura en Biología. Abrieron las puertas de la Facultad a los tres meses de clausurada. Me faltaba cursar una única materia, Fisiología Animal, pero el profesor Héctor Maldonado había renunciado. El doctor Víctor Angelescu, con quien había hecho trabajo voluntario en el Instituto de Biología Marina de Mar del Plata en 1962, que permaneció en el cargo, me dijo: “Si cambia la materia, yo le tomo”, y nos tomó libres a cuatro de nosotros la materia Biología Pesquera y nos pudimos recibir.

—¿Y te fuiste a Francia?

—No, me fui a Dinamarca. Obtuve una beca de Unesco para hacer una pasantía de seis meses en la Universidad de Copenhague y me fui allá, donde

tuve el privilegio increíble de estudiar con Gunnar Thorson, especialista absoluto en la reproducción de caracoles. Luego volví porque me había salido la beca de iniciación del Conicet para ir a trabajar a Mar del Plata, al Instituto de Biología Marina, que más tarde la segunda, tercera o cuarta dictadura disolvió. El IBM era interuniversitario, fue uno de los más importantes centros de investigación marina en Latinoamérica en la época; e imagínate que íbamos a hacer investigación pibes de todos lados, allí hice a mis amigos de La Plata, de Bahía, de Uruguay, de Brasil, chilenos, venezolanos...

—¿Y vos de ahí cuándo te vas?

—Yo me quedo en Mar del Plata desde el 67 hasta el 75, cuando me prohíben la entrada al IBM. Apasionado por lo que hacía, iapasionado! En el 73 Cámpora asume de presidente y hubo una gran efervescencia. Yo daba clases de Biología en la Universidad Católica de Mar del Plata y en el 73 siendo el jefe del Departamento de Biología había comenzado a armar una carrera de Biología orientada a la Biología Pesquera. Paralelamente una banda de la Triple A, armada con ametralladoras, irrumpe, toma y se instala en el IBM. Desde Buenos Aires, Zardini, con la *ayuda* de algunos del IBM, arma una lista de investigadores para ser echados. Al mismo tiempo el Conicet, que estaba intervenido, me rechaza el último informe anual de actividades, el que contenía el manuscrito de mi tesis doctoral (con dos informes desaprobados consecutivos, te echaban...). Era como que todo se me iba cerrando...

Un día de mayo de 1975 secuestran a mi decana en la Universidad Católica, Coca (María del Carmen) Maggi, que a pocos días del golpe del 76 la encuentran con dos balazos en la cabeza por el lado de Chapadmalal... El Aula Magna de la Universidad Nacional de Mar del Plata lleva hoy su nombre. Y ese mismo día a los jefes de departamento nos vienen a ver los chicos de la facultad. Me dijeron: “Pablo, te tenés que ir”. ¿Y adónde me iba a ir? Yo tenía 30 años, dos hijas, y una más en camino. Pero en dos horas nos fuimos.

—¿En dos horas?

—Sí. Yo tenía entonces un Fiat 1500 donde metimos todo lo que pudimos. Le di al vecino mi gata, al otro vecino el canario, y nos fuimos, mis hijas y mi mujer con la panza de siete meses, a Buenos Aires. Y allá, un querido amigo mío de esa época y de antes y de todas, Mario Bronfman me dice: “A ver Pablo, ¿entendés que te tenés que ir del país?”; y me prestó plata para viajar a buscar trabajo. Te estoy hablando de un año antes del golpe, porque

acá pareciera que pasa todo desde el golpe, pero no fue así. Es difícil de explicar que las personas quedábamos atrapadas en los fuegos cruzados de las tendencias en pugna en ese momento, de las que no teníamos arte ni parte.

—¿Dónde se ubicaron en Buenos Aires?

—Primero en lo de mi suegra unos días, pero ahí no entrábamos con las chicas e íbamos a tener otra. Además, yo tenía que tener un lugar donde trabajar, porque si no, no cobraba. Yo había entrado a la carrera de Investigador del Conicet en 1971. Así que me fui al Museo Argentino de Ciencias Naturales a pedir lugar de trabajo, y me lo dieron por tres meses. Así entré al Museo, terminé varios *papers* en tres meses y después nos fuimos a Venezuela.

—¿Cómo produjiste así, en ese tiempo y en esas condiciones?

—No sé, sería por necesidad ante el dolor de haber tenido que dejar, luego de nueve años, mi Instituto, mi ciudad, mis amigos, mis bichos... y para no volverme loco. Todas mis cosas quedaron en mi pequeño laboratorio de Mar del Plata, y dos colegas y amigos pudieron sacar algunas carpetas con datos de varios trabajos que estaba haciendo. Lo que no fue salvado, es decir todo lo demás, incluyendo muestras en préstamo de museos extranjeros, colecciones biológicas en estudio, documentos, fotografías de trabajo, todo, fue a parar a la basura... En el Museo encontré excelentes colecciones, y me las puse a estudiar y terminar esos trabajos. Y el 1 de septiembre del 75 me fui para Caracas, y para mí fue un oasis maravilloso. Amo a la gente venezolana, amo Venezuela. Cuando en los años 82, 83, 84, los argentinos, que había muchísimos, empezaron a volver para acá, yo me quedé en Caracas.

—¿Por qué Venezuela?

—Porque fue el primer lugar donde conseguí trabajo, en una de las universidades nuevas. Me tocó la más espectacular y de mayor excelencia, la Universidad Simón Bolívar: un campus verde a quince minutos de Caracas, un valle hermoso con gente súper. Así que yo me afiqué, armé un laboratorio, participé en la creación de la carrera de Biología, daba clases, armamos una Estación de Ciencias Marinas en un lugar paradisíaco y crecí mucho como persona y profesionalmente. Me tocó hacer de jefe de Departamento, director de Instituto, delegado al Consejo Directivo, mi grupo ganaba premios de investigación... Fue un período muy fecundo, donde me sentí no tolerado en mis diferencias sino estimulado al máximo

en mis capacidades... ¡Y me encantaba el clima!

—¿Y cómo volviste?

—En el 85 me había divorciado y en el 89 mi ex regresó con mis tres hijas a Buenos Aires, así que ese año yo me vine también para acá con un año sabático pero me agarró la debacle del alfonsinismo, y... Carlos Saúl, ¡ni loco! Me volví para Caracas. Claro que viajaba muchísimo y me llevaba a mis hijas para allá cada vez que podía. Y en el año 95 volví a tener un año sabático, y también me vine para acá y pedí reingresar al Conicet.

—Entonces volviste y te quedaste. ¿Cómo fue?

— Toda una saga. Mandé mis papeles para reinsertarme al Conicet a través de un programa de repatriación que se llamaba Procitec. Cuando me fui de Mar del Plata, en Conicet me dieron una licencia sin goce de sueldo por un año. Pero después, cuando vino el golpe en el 76 me metieron en una lista de noventa científicos, y me echaron por “razones de seguridad”, estando ya afuera, pero no acepté la indemnización para no convalidar mi despido. Pero eso no me sirvió para nada. Me admiten en la carrera de Investigador, pero como nuevo. Había que pedir ingreso, no reingreso. Imposible volver a tomar mi cargo en Carrera...

—Investigador sin trayectoria.

—Alguna sí, pero casi en la misma categoría de la que me habían echado. Había hecho investigación afuera todo ese tiempo, profesor titular en Venezuela, en la Universidad de Mar del Plata y Grado 5 en Montevideo, donde ayudé a armar lo que luego fue el Departamento de Oceanografía en el 85. Muy lindo trabajar con los uruguayos. Cuando retorna la democracia en el Uruguay, reponen al rector de la Universidad de la República, a los decanos y profesores cesanteados en los setenta (¡igualito que aquí...!) y con ellos a muchos amigos míos del exilio, entre ellos a Mario Otero y Mario Wschebor, que me piden que los ayude con el PEDECIBA y a armar algo en Ciencias del Mar.

—¿Y, cómo terminó la saga del Conicet?

—Tuve que elevar pedidos por reconocimiento de categoría, por antigüedad, por labor de formación de recursos humanos... A ver, fácil no fue. Finalmente una comisión *ad hoc* evaluó por todo lo que mandé, y entonces

sí, me pusieron en la categoría de investigador principal, y me fueron convocando para participar en cuanta comisión asesora y de evaluación había... Ahora ya hace más de diez años que soy investigador superior. Nunca me otorgaron la antigüedad por los años pasados afuera... ¡y mirá que la peleé!

—¿Y a dónde pediste volver?

—¡Al Museo Argentino de Ciencias Naturales! A la Facultad no la pisé nunca más desde el año 66, salvo para rendir mi tesis de doctorado en el 75. Y en el Museo lo primero que me pidieron fue que rehiciera la sala de los caracoles. Solicité dinero a la Fundación Antorchas, y es la primera sala renovada del Museo en tiempos modernos. Y al poco tiempo me vinculé con la gente de la revista *Ciencia Hoy*, así que también empecé a colaborar ahí... y ahora soy el director, con un grupo de editores bárbaro... Esto es de lo mejor que me ha ocurrido, entre tantas cosas buenas.

—Y luego volviste a la Facultad después de tanto tiempo...

—Sí. Después de más de treinta años de la Noche de los Bastones Largos... Cuando fue la inauguración de la nueva Sala de Malacología del Museo vino una antigua compañera mía de la facultad, que era en ese momento jefa del Departamento de Biología en Exactas, y me dijo que por qué no dictaba la materia Invertebrados, que tenían un montón de alumnos y no tenían profesor desde hacía tres años... Y ahí volví. Me contrataron a dedicación exclusiva y me dieron un laboratorio bellissimo frente al río. Salí jubilado a los 65 años. Y en los trece años que estuve, en el “famoso” laboratorio 19 del 4º piso produjimos unos cien *papers*, cinco libros y diez tesis doctorales.

—Sos conocido como un gran formador de biólogos.

—Es que a mí me encanta esto. Yo te voy a decir algo de corazón, los bichos marinos de Venezuela son maravillosos, están entre los caracoles más lindos del mundo, los arrecifes de coral, dar clase en un arrecife es increíble, no lo podés creer. El agua calentita, transparente... Pero, la nostalgia por mis bichos de acá, eso tampoco se puede creer. Porque a mí me echaron cuando estaba en lo mejor de mi carrera de investigador, había descubierto, por la primera vez en el Hemisferio Sur a nivel mundial, el *phylum* de Diciémidos (unos parásitos del pulpo), modalidades de reproducción de caracoles nunca antes registradas... muchas cosas..., y me cortaron en lo mejor, a los treinta años.

Pero a mi manera yo me vengué, porque tuve la posibilidad de volver a esos bichos míos, ¡especies que en veinticinco años nadie tocó! Esos caracoles que te ponés en la oreja y escuchás el mar, los de Mar del Plata y los que están en nuestro libro, *Patagonia submarina*. Yo me saqué el gusto, ¿entendés? Dirigí una docena de tesis doctorales desde que volví, hicimos investigación de punta que fue publicada en revistas de primera... Yo por lo menos a eso ya lo tengo cicatrizado. Pude reencontrarme con mis bichos..., y ahora vamos por más, corrimos la frontera del conocimiento estudiando los animales abisales, que viven a tres mil metros de profundidad...

—En realidad ese amor por los bichos fue lo que te impulsó desde el principio, pero luego tu carrera se vio...

—Y bueno, la vida. Yo en Venezuela me tuve que poner a trabajar en el impacto ambiental de una planta termoeléctrica, porque en la Universidad hicimos un proyecto y salió una millonada para trabajar ahí en la costa. Tuve que armar un grupo internacional de la nada, no conocía nada... Y en Venezuela hicimos también unos descubrimientos increíbles...

—Contanos uno...

—Te cuento. Yo llego el 1 de septiembre del 75 y el 16 de septiembre realicé mi primer muestreo frente a la estación biológica marina de la USB. Encontré unos caracolitos preciosos, y así empecé a estudiar su reproducción. Luego nos embarcamos en barcos de arrastre y aluciné con esas especies tropicales. A los tres años tengo la oportunidad de ir a los Estados Unidos a un congreso de Malacología y me llevo en una cajita un montón de caracoles para identificar, porque no me coincidían con los catálogos que yo tenía del Caribe y no podía publicar su biología sin saber sus nombres... Entonces fui al American Museum of Natural History, en Nueva York, donde me recibió el curador, el doctor William Old. Le muestro los caracoles, los examina y no encontramos en la colección de especies vivientes nada semejante. Me dice: “Pero, a ver, explíqueme ¿de qué depósito son estos caracoles?”, y entonces le vuelvo a explicar en mi pobre inglés: “No, de ningún depósito fósil. Yo trabajo en Venezuela y los recolectamos en el mar y los tenemos vivos en acuarios, donde yo estudio su biología”. Y ahí, sorprendido, me dice: “Venga conmigo. Yo le voy a mostrar dónde están sus bichos”. Entonces me lleva a una sala dentro del American Museum y me dice: “Mire, acá están sus caracoles”. Y yo miro y le digo: “Pero este es el Departamento

de Paleontología...”. ¡Habíamos descubierto, mirá que caí allí como Mary Poppins, como todo, por casualidad, un grupo de especies relictas dadas por extintas al terminar el mioceno, hace unos dos millones de años! ¡Y yo estudiando sus formas de reproducción! El Pacífico y el Caribe eran un mismo mar. Cuando se levanta el puente pleistocénico queda cerrada la comunicación y entonces empieza a calentarse el Caribe, unos grados por encima de la temperatura del Pacífico... y sobreviene una tremenda extinción de especies; casi el 80% de las especies de caracoles se extinguen... ¡Ja! Menos en algunos bolsones costeros del sur del Caribe donde la temperatura permaneció más fría, por fenómenos de surgencia de aguas profundas hacia la superficie. Y, ¿qué hay al sur del Caribe? ¡Venezuela!

—Sos de todo Penchaszadeh, has hecho de todo. Sos una especie de Paul McCartney de la Biología.

—No, no digas así, para nada... por eso yo te digo: soy una muestra de lo que éramos. A nosotros nos pasaron por encima con una aplanadora. Y tuvimos suerte, porque después además nos mataban.

—¿Y a vos qué es lo que te maravilla?

—Mirá, lo que más me maravilla es la evolución de la vida en el planeta Tierra. Pero no solo por haberla leído y estudiado, sino por reconocer los procesos al investigar la diversidad. Así, por verlos, darme cuenta y decir: “Pero claro, ¡qué bárbaro!”. La coevolución, los mecanismos de interacción ecológica, la diversidad de tipos, de colores, de formas. Nos visitó en Venezuela un maravilloso biólogo y mejor persona, el doctor Alan Ansell, que falleció hace unos años ya, un escocés con quien nos metíamos en la desembocadura de los ríos cenagosos y sacábamos berberechos de todos los colores, amarillos, violetas, púrpura, iblancos! Un alumno le preguntó: “¿Por qué, profesor, tantos colores en un ambiente donde no son visibles por el lodo?”. Y el tipo pensó un ratito y le respondió algo que me quedó para toda la vida: “*It must be for fun*” (debe ser por lo divertido). ¡Claro! Cosa más divertida que la naturaleza no hay. Nosotros habíamos escrito a la entrada del laboratorio 19 de la Facultad: “La ciencia es divertida o no es ciencia”. Y ahora tengo otra: “Investigador que no divulga lo que descubre, está equivocado”.



Sebastián E. Barbosa

Licenciado en Ciencias Biológicas por la FCEyN (UBA). Diploma en Comunicación de las Ciencias (FLACSO). Realizó tareas de investigación en el campo de la biodiversidad animal y luego se volcó a la divulgación, con más de diez años de experiencia en la disciplina y en el ámbito docente. Escribió casi un centenar de notas sobre noticias científicas y entrevistó a personalidades del ámbito de la ciencia argentina. Supervisor de contenidos en TECTv, el canal del MINCyT.

Vendavales

María A. Muñoz-Malajovich

“Tened cuidado, no sea que acabéis con manta y plato”, me advirtió mi padre¹ cuando le conté que ocuparíamos la Facultad. Esa misma noche nos sacaron de Perú 222 a patadas y bastonazos, después de un simulacro de fusilamiento en el patio central frente al Aula Magna de Ciencias Exactas y Naturales. Nos cargaron en los camiones celulares y nos llevaron detenidos. Fui parte del lote de la Comisaría 2° y me liberaron al día siguiente; Hugo, que estaba en la 1°, salió más tarde.

Pero no voy a hablar de lo que pasó esa noche, sino del vendaval que representó en mi vida. En julio de 1966 estaba terminando la carrera de Biología, era ayudante segunda de Genética de Bacterias, había ganado un concurso de ayudante primera de Genética y daba clases de Biología en el Collège Français, donde cursé mis estudios primarios y secundarios. Mis padres, que eran republicanos españoles exilados en Buenos Aires, pensaban que esa educación nos facilitaría la vida cuando muriera Franco y regresáramos a España. Nunca regresamos.

Volvamos al 66. Es difícil explicar el hervidero intelectual que era la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, donde ingresé a los 17 años. Además del altísimo nivel de los estudios, vivíamos en un ambiente intelectual y científico muy estimulante. En el Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales se discutían temas científicos, culturales y políticos relacionados con nuestra participación en el gobierno tripartito de la Facultad. En la Comisión de Cultura participé en la realización de un ciclo de cine que fue

1. El pintor y escenógrafo Gori Muñoz, republicano español exilado en Buenos Aires, adonde llegó en el barco *Massilia*, en 1939, con mi madre y mi hermana Carmen (Gorita) recién nacida.

uno de nuestros mayores éxitos; estuve algún tiempo en la comisión de la revista *Holmbergia* que penaba por falta de dinero para continuar su edición; integré la Comisión Directiva del Centro y viajé con mis compañeros a Neuquén, donde acampamos en los lagos Ruca Choroi y Ñorquincó. Dentro del movimiento estudiantil me identifiqué con los llamados “independientes”, un grupo de gente no afiliada a partidos políticos que reivindicaba el derecho a discutir y tomar partido sin interferencias externas.

Me fui por las ramas. El vendaval. La renuncia masiva de los profesores de Exactas después de la Noche de los Bastones Largos tuvo repercusión internacional. En los primeros tiempos los estudiantes participábamos en todas las asambleas clandestinas y actos relámpagos. Yo también colaboraba con el doctor Julio B. Simón, ex secretario de la Facultad, quien desde el primer momento tomó a su cargo la comunicación entre los diferentes grupos de renunciantes. Una de mis funciones era dar charla a los que entraban por una puerta hasta que salieran por la otra los visitantes previos, de modo de evitar encuentros de gente que no siempre se llevaba bien entre sí.

Al cabo de un tiempo los interventores nos permitieron entrar en la Facultad a retirar nuestras pertenencias. Con dos compañeros aprovechamos la ocasión para transferir a un lugar seguro más de doscientas cepas bacterianas del laboratorio. Sin autorización, claro. Como a los demás renunciantes, me convocaron para retirar la renuncia; el profesor que me entrevistó me recibió diciendo: “Los llamamos a todos, pero usted Muñoz me imagino que no la va a retirar”. Claro que no.

Al “normalizarse” la facultad era imperativo recibirme. Solo tenía que rendir tres materias, pero resultó un hueso duro de roer debido a la mala voluntad de los profesores que permanecieron en la Facultad, con la única excepción en mi caso de la doctora Sacerdote de Lustig, con quien había cursado Biología Celular. Los profesores renunciantes se fueron dispersando, en pocos meses no quedaba nadie. Cuando me recibí en enero de 1967, todos mis proyectos profesionales se habían volatilizado. ¡Plásmidos, adiós!

En abril de 1967 me casé con Hugo, que se iba a Chile con el grupo de Televisión Educativa. Durante un tiempo seguimos colaborando con García, Simón y Sadosky, que trataban de mantener la cohesión de los renunciantes distribuyendo información sobre dónde estaba y qué hacía cada uno. Imprimíamos el boletín en un mimeógrafo que teníamos en nuestra casa, en Santiago. Me integré al equipo de Televisión Educativa y participé en el montaje de un circuito cerrado de televisión para el Ministerio de Educación

de Chile. Cuando en 1969, a raíz de un muy confuso episodio, catorce de los profesores argentinos radicados en Chile fueron expulsados del país, decidimos regresar con nuestro hijo Gregorio recién nacido a la Argentina.

A buscar trabajo. Hugo entró como director de Estudios en ORT Argentina. Yo volví a la Biología como profesora en el Liceo Franco Argentino Jean Mermoz, una escuela con biblioteca y laboratorio que ofrecía buenas condiciones de trabajo. El estímulo a la realización de actividades prácticas siempre me pareció importante y, más tarde, esa experiencia me fue muy útil. Entre las profesoras más jóvenes algunas habían sido alumnas mías en el antiguo Collège Français y establecimos lazos de amistad duraderos. Tanto Gregorio como Nuria, mi hija menor, nacida en la Argentina, estudiaron allí. Desde ese punto de vista, fueron buenos años.

¿Que si extrañaba la investigación? Seguro, pero en la enseñanza había enfoques nuevos muy interesantes que planteaban la modernización de la enseñanza de la Biología mediante la introducción de conceptos de Ecología y la realización de actividades prácticas. Estudié, discutí y testé las versiones del Biological Science Curriculum Study (BSCS) y los experimentos de la Nuffield Foundation, retomando contacto con varios ex integrantes de la Facultad que habían regresado del exterior. De esa gente, algunos se integraron en el peronismo, otros se esfumaron en la militancia y muchos emprenderían otra vez el camino de la expatriación.

Entretanto, mudaban los tiempos. En 1973, en ocasión de la muerte de Allende muchos de los remanentes de Exactas y Naturales nos encontramos en el acto de la plaza del Congreso. En una calle lateral un grupo de pibes con zapatillas y la cara tapada se preparaba para entrar en la plaza. Otra generación, otras formas de lucha. Con el Rodrigazo y la Triple A comenzó a formarse la tempestad perfecta. En los 74-75 los Ford Falcon aterrorizaban las calles, estallaban bombas y gente conocida nuestra, con o sin militancia política, era secuestrada. Varios de mis antiguos compañeros de estudio que habían vuelto a trabajar en la Universidad fueron expulsados sumariamente de sus laboratorios.

Personalmente, existía el antecedente de que unos años antes la policía había caído en casa buscándolo a Hugo. No estábamos entonces en Buenos Aires y siguiendo el consejo de abogados amigos ligados a la defensa de los derechos humanos decidimos que no se presentaría a la policía. Nos mudamos de departamento y así quedó. Pero cuando, a fines del 75, el director de ORT para América Latina, Bernard WandPolack, le ofreció a Hugo la dirección de ORT Brasil, aceptamos sin pensarlo dos veces.

La inseguridad existente era tal que en diciembre a la única persona del Liceo a quien conté que me estaba yendo del país fue al rector, quien me dio una buena carta de recomendación. Me despedí de mis alumnos y de mis compañeros de trabajo con un “hasta marzo”, sabiendo ya que no volvería a verlos. Cortar las amarras y separarnos otra vez de nuestras familias fue muy doloroso.

Y así fue como en febrero de 1976 aterricé con Hugo y nuestros dos hijos en Río de Janeiro. Los chicos se encantaron con la televisión en colores, que les parecía de primer mundo, y con poder ir a la playa todos los fines de semana. Entendimos relativamente rápido que *bastante* significa “mucho” y *demais*, “muchísimo”; que *pois não* quiere decir “sí”, que a la pregunta *tudo bem?* se responde *tudo bom*, y a *tudo bom*, *tudo bem*. A las nenas hay que vestir las de *caipira* para las fiestas juninas. Como no tenía la menor idea de lo que eran las fiestas juninas o los *caipiras*, consultaba a mis vecinas que con mucha buena voluntad trataban de explicarme algo que les resultaba inexplicable de tan obvio. No es lo mismo ser turista que residente, y aunque tuvimos nuestros tropezones para adaptarnos al idioma y a los nuevos códigos, la amabilidad y simpatía de los cariocas fueron una gran ayuda.

Al cabo de seis meses, con los chicos en la escuela y la vida diaria organizada comencé a buscar trabajo. Descartada la escuela francesa, donde no había espacio para mí en ese momento, y sin relaciones que pudieran orientarme, llegué no me acuerdo bien cómo al Instituto de Biología de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) donde el profesor doctor Antonio Rodrigues Cordeiro, uno de los discípulos brasileños del gran genetista Theodosius Dobzhansky, estaba montando el curso de postgrado en Genética.

El ingreso al curso dependía de una prueba de admisión, de modo que diez años después de salir de Exactas reuní la bibliografía y volví a estudiar Genética. No solo aprobé el examen sino que obtuve becas del Conselho Nacional de Pesquisas Científicas (CNPq) durante toda la maestría y el doctorado, becas por las cuales soy inmensamente agradecida al Brasil. Mis orientadores fueron el propio doctor Cordeiro y más tarde el doctor Marcos Palatnik, un profesor argentino que llegó con el mismo vendaval, en temas ligados a la Genética de Poblaciones, primero en drosófilas y luego en grupos sanguíneos.

Durante los seis años siguientes frecuenté el Instituto de Biología y el Hospital Universitario de la UFRJ llevando la típica vida académica, entre

laboratorios, informes, publicaciones, seminarios, plazos, congresos y cursos. Con el retorno de las democracias en América Latina la tormenta parecía haber quedado atrás dejando terribles destrozos. Desde el punto de vista personal, estaba contenta por haber retomado la senda de la investigación científica. Sin embargo, al concluir el doctorado no se vislumbraba un cargo o un concurso en el horizonte y se me habían terminado las becas. Una lluvia de granizo.

En la década de 1980, la actividad profesional del biólogo todavía oscilaba entre dos polos: investigación y docencia. Regresé pues a la docencia como profesora suplente en la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ) y, también, como profesora de Biología en el Lycée Molière, donde mis hijos continuaban sus estudios. Allí la informática llegó como un tornado y nos pusieron a todos los profesores a usar las computadoras, dentro del marco del programa “Informatique pour tous”. También fui becada a París, al seminario sobre “Nouvelles tendances de l’Enseignement de la Biologie” en el Centro Internacional de Estudios Pedagógicos de Sèvres. Era evidente que las nuevas tecnologías tendrían que ser introducidas en la enseñanza de la Biología.

El clic me lo dio Hugo, de regreso de una reunión de World ORT en Israel, en la cual el presidente del Consejo Académico, Efraim Katzir, destacó a la Biotecnología como un área promisoría en la que la institución debía invertir esfuerzos. ORT Brasil asumió la delantera e inició las actividades de Biotecnología con la elaboración de material didáctico para docentes de Química y Biología de la enseñanza secundaria, un proyecto asesorado por profesores de la Universidad de San Pablo y de la UFRJ. No tuvo continuidad, pero fue el punto de partida para la preparación de los programas y las actividades prácticas del Curso Técnico de Biotecnología, que iniciamos en 1992 en el Instituto de Tecnología ORT de Río de Janeiro y del cual fui profesora y coordinadora hasta agosto de 2015.

A comienzos de la década de 1990, en el medio científico se postulaba que la Química sería el camino de acceso a la Biotecnología. Sin embargo, mi formación y experiencia decían que para un estudiante secundario o terciario es mucho más fácil hacerlo desde la Biología. También me parecía que los grandes avances vendrían del área biológica, y especialmente de la Genética. A contrapelo de la opinión generalizada, adopté ese criterio en la formulación del curso. El tiempo me dio la razón ya que actualmente en Brasil los cursos de Biotecnología adoptan esa tendencia.

Desde entonces mi trabajo se centró en dos líneas: ¿qué enseñar?, ¿cómo enseñar? En la primera busqué determinar cuáles son los conocimientos científicos y tecnológicos indispensables para entender la Biotecnología, con sus alcances y limitaciones, dentro del contexto denominado Ciencia, Tecnología, Sociedad y Ambiente (CTSA). La llegada de Internet fue providencial, al facilitar la obtención de información.

En la segunda me propuse encontrar diferentes formas de transmitir y divulgar esos conocimientos. Conté con la colaboración de los profesores y técnicos que integraron mi equipo de trabajo en ORT Brasil a lo largo de más de veinticinco años y la participación crítica, estimulante y productiva de los alumnos en más de cien trabajos de finalización del curso.

En la sede de Río de Janeiro monté y puse en funcionamiento cinco buenos laboratorios didácticos y una cámara de cultivos vegetales. También participé en el diseño de otro laboratorio en Petrópolis, el Núcleo Experimental de Estudios Ambientales (NEDEA), donde hacíamos trabajos de campo. Formé veintiuna generaciones de técnicos en Biotecnología que saben trabajar en un laboratorio y cuentan con una estructura sólida de conocimientos. La mayoría sigue estudios universitarios en carreras afines, varios son doctores o postdoc, otros se dedicaron a otras áreas. Algunos se incorporaron a mi equipo en ORT.

Durante esos veinticinco años, además de mis actividades de coordinadora y profesora, dicté cursos de Biotecnología en varios países latinoamericanos (Argentina, Brasil, Perú, Uruguay y Venezuela). Soy profesora visitante en la graduación de Biotecnología de la Universidad ORT Uruguay, recibí el premio Beatrice Wand Polak, otorgado por World ORT a los profesores que se destacan en el desarrollo de nuevos programas, materiales y tecnologías educativas, y fui homenajeada por la Asamblea Legislativa de Río de Janeiro en reconocimiento a mi dedicación en defensa de la biodiversidad y el medio ambiente. Integro la dirección científica de la Associação Nacional de Biossegurança (ANBIO) y la Comisión Técnica de Biotecnología del Consejo Federal de Biología (CFBio). El medio académico me considera pionera y referencia en la enseñanza de Biotecnología. En 2003, por recomendación de un ex alumno, una editora brasileña me solicitó un libro sobre Biotecnología. Entregué el texto nueve meses después y en 2004 salió la primera edición en portugués de *Biotecnologia*, que además de tener buena aceptación es adoptado como bibliografía para concursos públicos. Dedicado a “*minha mãe que aos 80 anos aprendeu a surfar na Internet, a*

meus filhos que enveredaram por caminhos polinômicos e lacanianos, e a minha neta C. que por ser bebê só diz brbr".² Lamentablemente, la editora quebró y *Biotechnologia* no fue reeditado en Brasil. Pero los libros tienen vida propia y encuentran su propio camino. Este llegó a Buenos Aires y, por manos amigas de ex compañeros de Exactas, a la Editorial de la Universidad de Quilmes que lo publicó en versión española, con el apoyo de Argenio, en 2006. Dedicado "a todos los que participaron de la experiencia de ciencia y ciudadanía que fue la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, donde tuve el privilegio de estudiar entre 1960 y 1966". Y también "a Hugo", mi compañero desde entonces y mi cable a tierra.

La presentación de *Biotechnologia* en Buenos Aires fue un momento mágico. Inolvidable. Comentarios ponderados y elogiosos. El cariño de mis amigos de infancia y facultad. Una emoción inmensa, sin espacio para humillaciones, frustraciones, rencores o revanchismos. Treinta años después sentí que había vuelto a casa y que estaba rodeada por mi gente. Los bastonazos quedaron atrás. Al recordar la alegría que sentí, resuena en mi cabeza una canción de mi infancia: "Aunque me quiten el puente y también la pasarela, habré de cruzar el Ebro en mi barquito de vela". Lo crucé. Mi padre lo hubiera disfrutado.

¿Proyectos profesionales? Básicamente, acompañar el impacto de la Biotechnología en la sociedad, actualizar el texto de *Biotechnologia* y seguir trabajando en mi *site* "Biotechnología: enseñanza y divulgación", una página web en portugués y español donde cuelgo mis conferencias, artículos, fotografías, láminas y más de una centena de guías de actividades de Biotechnología, documentadas y comentadas. En este momento, el *site* es mi proyecto de mayor envergadura, porque atraviesa las barreras corporativas, institucionales y físicas. Son miles los profesores y estudiantes secundarios y universitarios que buscan allí un material didáctico novedoso y confiable. Es mi contribución para la formación de una cultura científico-tecnológica y mi retribución a la sociedad.

No todo es trabajo, también tengo proyectos personales. Arriesgar unos pasitos en el campo del bioarte. Charlar con mis amigos. Reunir a mis hijos

2. "A mi madre que a los 80 años aprendió a surfar en la Internet, a mis hijos que siguieron senderos polinômicos y lacanianos, y a mi nieta C. que por ser bebé solo dice brbr" (Traducción de la autora).

alrededor de una buena paella. Ver crecer a mi nieta. Viajar con Hugo y disfrutar de su compañía. Encontrarme con mi hermana. Continuar con el Pilates. Acompañar en las redes sociales casamientos, nacimientos, doctorados, empleos y otras actividades de mis antiguos alumnos.

Durante muchos años mi vida profesional transcurrió en un vaivén entre la investigación científica y la educación, en función de las oportunidades existentes. Encontraba satisfacción en el trabajo de mesada del laboratorio, pero me sentía un poco aislada del mundo. A pesar de gustarme mucho la docencia, la encontraba algo repetitiva y acababa diseñando experimentos que trajeran un poco de frescor a la clase, a veces en detrimento de la transmisión rigurosa de los conceptos programáticos que también me eran exigidos.

Tuve la suerte, o la perspicacia, de encontrar una línea de trabajo original donde además de integrar esas dos facetas puedo utilizar tanto los conocimientos acumulados durante décadas como la experiencia vivida en los diferentes laboratorios por donde pasé. Algunos puntos de mi personalidad son el gusto por el estudio y el desafío, la independencia de opinión, la disciplina de trabajo y cierta dosis de creatividad. A veces me jugaron malas pasadas, pero en general me ayudaron.

¿Las averías del vendaval de 1966 cuando la intervención en la UBA? No me resultó nada fácil repararlas, tuve que abandonar la mayoría de mis ambiciones juveniles. Pero seamos francos, hubo otros vendavales y lo que tal vez haya sido fundamental en mi vida es la diversidad de mis raíces: la española de mis orígenes, la argentina de mi infancia y juventud, la francesa de mi formación intelectual, la brasileña de mi vida adulta. Y por supuesto la de mi formación científica en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Todas me nutren y dan fuerza. Pasados los 70 años hago más las palabras del biólogo y escritor mozambicano Mia Couto: *“A vida é demasiado preciosa para ser esbanjada num mundo desencantado”*.



María A. Muñoz-Malajovich

Licenciada en Ciencias Biológicas por la FCEyN (UBA), en 1967; magister y doctora en Ciencias Biológicas (Genética) por la UFRJ (Brasil). Coordinadora de Ciencias y Biotecnología (ORT Brasil, 1990-2015). Premio Beatrice Wand Polak (World ORT), Homenaje de la Asamblea Legislativa (Río de Janeiro). Integra la Dirección Científica de la Associação Nacional de Biossegurança y la Comisión de Biotecnología del Conselho Federal de Biologia. Profesora visitante de la U. ORT Uruguay; directora científica de ACTE- Educación y Entrenamiento; editora del *site* Biotecnología: enseñanza y divulgación (<http://bteduc.com>).

“¿Qué ocurre?”

Alberto Díaz

“¿Qué ocurre? ¡Soy el decano de esta Facultad!”, gritó Rolando,¹ cuando llegó al patio de Perú 222 desde el Decanato, al encontrarse con la policía. Inmediatamente, “el palito de abollar ideologías” que tanto preocupaba a Mafalda golpeó en su cabeza. Veníamos del Decanato, de la última reunión del Consejo Directivo de la Facultad.

Me encontraba pegado a su espalda pensando que estaría protegido: no fue el caso. Traté de escapar por las escaleras hacia el techo pero ya no se podía, y entre gases, corridas y gritos acabé en el patio con el resto de los estudiantes, profesores y autoridades que estábamos en la Facultad. Nos hicieron formar en filas donde, muy “amablemente”, nos pegaban patadas o golpes con los machetes y nos avisaban que de esta no salíamos (con simulacros de fusilamientos inclusive); luego nos hicieron pasar por una doble fila en la que nos siguieron pegando en la cabeza y los cuerpos. Yo era petiso en esa época (lo sigo siendo) y flaquito (ya no tanto), lo que me permitió ir esquivando golpes hasta que choqué contra un policía-pared que, además de darle varias vueltas a mi dedo pulgar, me pegaba con su machete en la espalda. Mucho peor lo pasó mi amigo Horacio, a quien el famoso palito que mencionaba Mafalda le provocó un corte importante en la frente con una fuerte sangría (su foto fue tapa de revistas, diarios y está en los documentos históricos de ese día). Gentilezas policiales, seguramente para que olvidáramos todas esas “ideas extrañas” que nos habían introducido en esos años.

Claro que la Noche de los Bastones Largos no fue nada respecto de la barbarie que sufrimos desde marzo de 1976 o desde 1975.

1. Se refiere al Doctor Rolando García.

Después de aquella gentileza policial, al camión celular y a la comisaría. Allí pudimos respirar un poco, contarnos lo que habíamos vivido y las dudas que, aunque éramos muchos, todos teníamos sobre lo que nos pasaría.

Los “canas” de la comisaría eran otra cosa, casi como los que nos corrían cuando de pibes jugábamos a la pelota en la calle. Escuchamos el partido de fútbol de la Selección Nacional y luego tratamos de dormir en esa noche fría, lluviosa, dolorosa... ¿Saldríamos? ¿Cuándo? A la mañana siguiente, algunos comenzamos a recibir la visita de nuestros familiares. Recuerdo que vinieron mis padres y uno de mis hermanos; mi padre estaba emocionado porque su hijo (o sea, yo) estaba preso por una causa justa y noble (creo que me homologaba con sus amigos anarquistas españoles: lo mío era casi un juego comparado con lo de ellos). Al otro día nos fueron liberando a casi todos, salvo dos o tres compañeros a quienes por sus antecedentes de dirigentes estudiantiles los retuvieron unos días más. Fue emocionante para mí la muy buena recepción, con felicitaciones inclusive, que me hicieron mis jefes y el resto de investigadores del Instituto Nacional de Microbiología Carlos Malbrán (INM) por haber pasado por la comisaría y soportado golpes por defender nuestra Universidad. Creo que ellos revivían lo que habían pasado un tiempo antes cuando había sido intervenido el INM, destituido su director, el doctor Ignacio Pirotsky, cesanteados varios investigadores e impulsados muchos otros a renunciar, entre ellos César Milstein. ¡*Altri tempi!*

Este comienzo por el final de la experiencia UBA 1956-1966, más específicamente Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de Perú 222 de los sesenta, es para remarcar que se necesitaban “tantos palos y golpes para apagar tanto fuego”, es decir, “el fuego” significaba creatividad, libertad, democracia, educación, investigación, discusiones abiertas... Como recordaría Rolando a sus 90 años, cuando en Ciudad Universitaria se puso su nombre al Pabellón I, “la Facultad en esas épocas era como un teatro, un escenario, donde todo se discutía, desde ciencia, cultura, política, enseñanza”.

En esos años yo era, al igual que varias corrientes estudiantiles y políticas, crítico del cientificismo reinante que permitía que la Universidad fuera “una isla democrática” dentro de un país con fuertes complicaciones sociales y económicas, con el peronismo proscrito, con los golpes de Estado como algo conocido y repetido. Entre varias acciones que hoy llamaríamos “ultras”, tratamos de impedir la visita del embajador de Estados Unidos a la Facultad para inaugurar una exposición científica tirando huevos, agua y harina; o la más conocida, cuando le tiramos moneditas a los militares

que hacían un homenaje a Roca desde los laboratorios de “Cuali” (Química Analítica Cualitativa), ubicados en el primer piso de la ochava de Perú y Alsina.

Pero cuando comencé a trabajar como asistente de investigación en el laboratorio de Inmunología de la Liga Argentina-Israelita contra la Tuberculosis y, posteriormente, en el Departamento de Virus “Nuevo” del INM, me di cuenta y agradecí haberme formado (aunque de manera rebelde) en esa Facultad “cientificista”: teníamos metodología para encarar problemas, para ir a la bibliografía, para discutir, para plantearnos preguntas. Y eso que los químicos, si bien mayoritarios en la Facultad en esas épocas, no pertenecíamos a las carreras top de entonces como eran Física, Matemática y Meteorología. En las materias de Física, sobre todo Física I, si sacábamos 4 o 5 en los parciales hacíamos una fiesta. Pero qué manera de hacernos pensar y discutir; con el doctor Juan Roederer, profesor de Física I, o con el doctor Enrique Belocopitow, “Belo”, ¡aprendimos hasta cuando dábamos examen! Fueron muchos los muy buenos profesores, jefes de trabajos prácticos, ayudantes (casi todos muy jóvenes) que tuvimos, pero el que resaltaba por su capacidad docente era Boris Spivacow: nadie faltaba a sus clases de Análisis I y II.

Siendo estudiante de Química (la carrera que en esos años tenía menos estudiantes era Biología, lo contrario de lo que sucede desde hace unos diez o quince años), tenía más amigos en Física y Matemática que entre los químicos. Creo que esto sucedía por compartir los mismo intereses culturales (cine, literatura: años en que descubría al gran cronopio Julio Cortázar), políticos, orientación de la ciencia (de nuestra formación) hacia la sociedad. Pero con los químicos me encontraba, además de para estudiar, para fiestas, salidas y muy especialmente para jugar al fútbol, pues integraba un equipo que tuvo su cierta gloria en esos años, *Los Cicutas*, denominado así porque a más de un equipo universitario consagrado le hicimos pasar malos ratos. Jugábamos primero en los bosques de Palermo o en la Costanera Norte y después nos bañábamos en el Río de la Plata: sí, ¡se podía hacer! Ya en los últimos años éramos más profesionales y lo hacíamos en Ciudad Universitaria, con vestuarios y duchas con agua caliente. A los biólogos (sobre todo a las biólogas) los ubicábamos en el local del Centro de Ciencias Naturales al que se subía por la escalera hacia el primer piso de Perú. Por esa escalera se solía ver a uno de los tantos personajes de la Facultad, al biólogo Pedro Cuello, bajando del Centro y saludando a los gritos: “Salud y pesetas, mucha fuerza en las... y mucha leche en las...”.

Exactas estaba en constante actividad y discusiones, como recordaba Rolando (creo que siempre lo llamamos así, no porque García fuera un apellido común, sino porque al usar su nombre lo hacíamos uno de los nuestros, un joven más, querido y respetado, de alguna manera un “ídolo” de 42 años). También, al decir Rolando incluíamos a todos los directivos y profesores-investigadores que lo acompañaron, como Manuel Sadosky, José Babini, Boris Spivacow, Raúl Trucco, el “Flaco” Comín, Marcelo Vernengo, el “Gordo” Levitus, etc., etc. Entre aquellas actividades recuerdo una famosa asamblea que hicimos cuando estábamos en primer año, en 1961, para tratar temas y problemas sobre apuntes, libros, horarios, pero que derivó en discutir acaloradamente el perfil de los científicos que se quería formar en la Facultad. Un estudiante brillante, más adelante consagrado matemático y economista, hizo una exposición sobre la energía nuclear, las bombas atómicas, el armamentismo, la guerra fría, etc., como ejemplos de la orientación que no se debería seguir, y sí ser investigadores, docentes y profesionales preparados para la paz y para nuestra sociedad. Fue aplaudido por todos, izquierdistas (había muchos), reformistas (había más), humanistas y los pocos que había de derecha. Discusiones y orientaciones todavía vigentes y necesarias a realizar. Va un recuerdo especial, como ejemplo del investigador y egresado a formar, de Federico Álvarez Rojas, físico, nacido en Mendoza y raptado en la CNEA luego de 1976 por trabajar para un país con ciencia y, sobre todo, tecnología propia. Modelo de profesional y de persona.

Esta vida que teníamos en Perú 222 y que comenzábamos, también, a tenerla en el Pabellón I de Ciudad Universitaria (dar parciales de Física I los sábados por la tarde allí, sobre todo en invierno, era mucho más que una aventura, cuando llegaba un solo colectivo, el tren nos dejaba lejos y estudiantes con autos eran más que raros), integrando nuestros estudios con lo social, político y cultural, fue muy intensa: esa era una formación interdisciplinaria real. De manera que, al producirse la intervención de junio de 1966, se rompió no solo una escuela universitaria de alta calidad científica y humana, sino también nuestra vida cotidiana, nuestro centro social. ¿Qué hacer en las horas que no había Facultad? Esta situación duró varios días y después, cuando recomenzaron las clases, la dedicación al estudio y “el estar en la Facultad” se redujo, no era lo mismo: el silencio, la falta de ideas, la baja calidad de la enseñanza de los profesores que vinieron de otras facultades, se sentía y mucho...

¡Pero eran los sesenta! A pesar de la dictadura, las actividades políticas y sobre todo culturales seguían; como ir a escuchar tangos en Caño 14 o a

un nuevo bandoneonista y su conjunto rechazado por los tangueros tradicionales que tocaba en la calle Tucumán 766 o 776, o algo parecido: obvio, me refiero a Astor Piazzolla. Posteriormente nos hicimos habitués del local SI, del barrio de Belgrano, donde escuchamos nuevamente a Piazzolla y sus conjuntos, al Mono Villegas al piano y conversando (igenial!), conjuntos de jazz, etc., pero para eso debíamos ayudar a Roberto y su compañera que ya tenían un chiquito (hoy un consagrado músico de rock) a que este se durmiera para llegar a las apuradas a SI, mientras una joven cuidaba al bebé.

Otro lugar más familiar, que comenzó a hacer escuela en música y arte en general en la bohemia de esos años fue Gotán, en la calle Talcahuano casi Corrientes. Era un sótano creado por los integrantes del Cuarteto Cedrón; uno de ellos era nuestro amigo, estudiante de Química en esa época y excelente músico, como se puede seguir comprobando actualmente, César “Cesio” Strocio. Pero además, en Gotán conocimos a Eduardo Rovira, la Porteña Jazz Band, los Dixielanders Jazz Band, a Osvaldo Manzi con un trío. Teatro de Tito Cossa, *La ñata contra el vidrio*, creo que con un muy joven Luis Brandoni. Incluso Piazzolla estuvo tocando algunos meses. Además de ir a escuchar música, ver teatro, era el lugar para pasar y encontrar amigos, tomar algo y seguir por la calle Corrientes hacia La Paz, el Lorraine, la Ópera, el Bar Ramos... o hacer tiempo para ir a alguno de los cineclubs, como Gente de Cine y, muy especialmente, al Cine Club Núcleo, que hacía sus funciones en el cine Dilecto de la calle Córdoba a una cuadra de Callao. Muchos de los estudiantes de Exactas, y docentes, no nos perdíamos las funciones de los lunes y también la de los domingos por la mañana (éramos menos los que madrugábamos, fanáticos cineclubistas) para ver, por ejemplo, por primera vez *La terra trema*, de Luchino Visconti, en versión completa y original, tan original que estaba hablada en siciliano (por suerte el Cine Club distribuyó el guion del film en castellano).

Si bien un día me recibí de licenciado en Química, como mencioné más arriba, siendo estudiante de tercer año comencé a trabajar en temas relacionados con biología, bioquímica, inmunología, biología molecular con especialidad en medicina, lo que hoy llamamos biomedicina. Salvo algunas excepciones, la orientación química-biológica de mi licenciatura no era muy atrayente, y con algunos amigos de Físico-Matemáticas comenzamos a hacer Filosofía de la Ciencia en Filosofía y Letras, en la calle Viamonte, con el ánimo de seguir Epistemología o algo parecido. Pero algo de sensatez nos hizo retornar a Perú 222 y terminar la carrera, por suerte.

Por todas estas razones mi relación con la Facultad fue intensa, porque era mi segunda casa, allí estaban mis amigos, mis profesores y mi formación, pero no tanto en la especialidad que había comenzado a desarrollar y que en el futuro me llevaría a la biotecnología aplicada a la medicina. En todos esos primeros años de egresado, siendo becario del Conicet, estuve más cerca de las facultades de Medicina, y Farmacia y Bioquímica, de los institutos Campomar e IBYME, de la Academia de Medicina y del Instituto de Investigaciones Médicas.

Varias veces me he preguntado, ya siendo un profesional especializado en la Biomedicina o la Biotecnología, por qué he seguido Ciencias Químicas. No tengo una respuesta concreta, pero sí algunas aproximaciones. En los últimos años del Colegio Nacional no tenía una vocación marcada hacia las ciencias como sí tenían varios de mis compañeros. ¿Por qué fui a Exactas? Posibles razones: de nuestra división, de unos treinta alumnos aproximadamente, unos diez seguimos Química en Exactas o Ingeniería Química (en la UBA), es decir que el profesor de Química nos había “ganado”; el veranear largos tiempos (dos meses) en Miramar, donde entre los grupos amigos y de jóvenes predominaban los estudiantes de Ciencias Exactas o Medicina pero con vocación hacia la investigación académica. De todas formas el imaginario que creaba Exactas era muy fuerte, ayudado, tal vez, por lo que pasaba en el mundo, sobre todo en las ciencias físicas, las exploraciones espaciales, los primeros satélites desde fines de los cincuenta, en fin, investigar, conocer, seguir investigando aparecía como algo muy atractivo, apasionaba, era un desafío intelectual para conocer el mundo, la naturaleza, mejorar el país...

Sí, estoy seguro de que volvería a cursar en esa Facultad, porque por sobre todo fue una escuela de vida, solo que ahora lo haría en Biología. Son muchos los amigos que conservo de esos años de Exactas, que eran mis compañeros de Química o de otras carreras, y también de varios que fueron nuestros profesores y docentes en general, con quienes compartimos las mismas miradas, valores, independientemente de a quien votemos. Ni que hablar de los que conocí, mayores que yo, en el exterior durante mis estudios de postgrado y luego en mis actividades profesionales.



Alberto Díaz

Licenciado en Química (1967, UBA), becario del Conicet Interno/Externo entre 1968 y 1973. Director de Desarrollo de Inmunoquemia S. A. Creador y director de BioSidus S. A. Director de la carrera Licenciatura en Biotecnología (UNQ). Profesor grado y posgrado. Caballero de las Palmas Académicas (Francia). Premios Innovación en Biotecnología (Banco de la Provincia de Buenos Aires) y A. Nocetti (Academia Nacional de Medicina).

Fragmentos

Raúl Gagliardi

La masacre al mediodía (Buenos Aires, 16 de junio de 1955)

Al mediodía oímos a un vecino que grita: “¡Caen bombas en Plaza de Mayo!”. Corremos al edificio más alto de la manzana. Desde la terraza vemos subir columnas de humo donde está la Plaza de Mayo, escuchamos el zumbido de los aviones. Van llegando las noticias: “Una bomba cayó en un ómnibus”. “Otras cayeron en la Plaza y sus alrededores”. El padre de una compañera de mi hermana muere ametrallado por los aviones en el Departamento de Policía.

Era un golpe militar organizado para asesinar al Presidente de la Nación, y se bombardeó y ametralló la Casa de Gobierno y las zonas cercanas en la hora de mayor actividad: fueron asesinadas 394 personas y hubo más de 700 heridos.

Los militares golpistas eran considerados héroes por los opositores al gobierno. A los 11 años comprendí que la vida tiene poco valor en la Argentina. Por primera vez pude entender que crímenes como asesinar a cientos de personas pueden ser aplaudidos por una parte de la población.

Mi formación en la Argentina (Buenos Aires, 1960-1967)

Comencé la carrera de Biología en 1960, a los 16 años, y desde el principio intervine en la política estudiantil, que incluía el análisis sobre la ciencia

necesaria para el país, los temas de investigación prioritarios y el rol de los científicos en el desarrollo de la Argentina, además de temas generales de política nacional.

Durante la dictadura de Onganía estuve a punto de perder la carrera porque me suspendieron en la Facultad por haber concurrido a una asamblea estudiantil. Pude dar mi última materia y recibirme gracias a un profesor que encontró injusta la medida.

Luego de trabajar varios años en el Proyecto de Desarrollo Pesquero de la FAO, en el ex Instituto de Biología Marina de Mar del Plata, decidí completar mi formación en Biología Molecular. Estudié en el Instituto Campomar y me formé con el profesor Hernán Charreau en el Instituto de Biología y Medicina Experimental, investigando los mecanismos de acción de hormonas sexuales en el sistema nervioso central y sobre la síntesis de ácidos nucleicos. Para entonces ya había comenzado a interesarme en los medios para transmitir al conjunto de la población los conocimientos científicos útiles para mejorar su calidad de vida. En el desarrollo de mi carrera esto se fue convirtiendo en mi objetivo fundamental. En función de ese interés comencé a participar en los grupos de estudio de Epistemología Genética en el IPSE, fundado por Rolando García y Emilia Ferreiro.

La Noche de los Bastones Largos (Buenos Aires, 29 de julio de 1966)

Agentes de la Policía Federal irrumpen gritando en la Facultad. A bastonazos, insultos y bombas de gas lacrimógeno obligan a cientos de docentes y estudiantes a ubicarse de cara a la pared del patio. Allí continúan los golpes. Un policía se ensaña con el profesor Gneri, que está a mi lado, mientras le dice “disculpe, profesor”, golpe tras golpe. Nos obligan a salir de la Facultad con los brazos en alto por un pasillo estrecho, entre una doble fila de policías que a bastonazos y patadas tratan de hacernos caer. Salimos y nos suben a camiones celulares que nos conducen a diferentes comisarías.

Al día siguiente nos liberan. Buscamos a los otros detenidos. Frente a las comisarías se agolpan estudiantes, familiares, amigos. Entre ellos, la madre de una estudiante que había debido escapar de su país, Polonia, durante la guerra. Nos cuenta: “Una amiga estuvo prisionera en un campo de concentración nazi. Todas las noches se lavaba con nieve –hace un gesto de frotarse la entrepierna–. Estar limpia era una forma de resistir, de mantener la dignidad.

Cuando el ejército soviético liberó el campo de concentración pesaba 35 kilos”. Al día siguiente, en las primeras manifestaciones por la autonomía universitaria todo el grupo estaba presente. Esa noche comencé a comprender la importancia de la resistencia a las dictaduras. Resistir cada día, como se pueda y donde se pueda.

Las dictaduras tratan de destruir la dignidad de los opositores. Mantener la dignidad es mantener el respeto por uno mismo. Si se pierde, o no se construye ese respeto, se empieza a aceptar lo que la dictadura quiere que hagamos, sus acciones nefastas. Por eso es importante resistir como se pueda, aunque sea con gestos mínimos: lavándose con nieve, no admitiendo la humillación.

Golpear, insultar, es también una forma de humillar. El mensaje que la dictadura enviaba esa noche a la población era muy simple: “Todos los que no piensan como nosotros no valen nada, podemos pegarles y detenerlos cuando lo decidimos”. Durante la dictadura entre 1976 y 1983, el ataque a la población llegó al extremo con las miles de desapariciones y asesinatos.

Las fuerzas de seguridad tenían derecho de vida o muerte sobre los secuestrados. Los militares se sentían todopoderosos. En la ESMA y en otros campos de exterminio algunos militares decían a los prisioneros: “Yo soy Dios, yo decido sobre tu vida o tu muerte”, seguros de su impunidad.

Secuestro, tortura y resistencia (24 de marzo de 1977)

En la noche del 24 de marzo de 1977, un grupo de hombres armados, vestidos de civil, invaden nuestro departamento. Dicen pertenecer a las “fuerzas conjuntas”. Nos vendan los ojos y nos atan las manos a la espalda. Saquean la casa, me separan de mi esposa Mariana y me llevan en el piso de un auto con una pistola apoyada en la cabeza, amenazándome con las torturas que vendrán. Me obligan a bajar del auto, a caminar, me tiran al piso. No sé dónde estoy ni dónde está Mariana. Escucho gritos terribles. Luego me llevan, me golpean, me obligan a acostarme, me atan pies y manos extendidos, y me torturan con electricidad.

Después de la tortura me encuentro tirado en el piso de una celda, quemado desde la cara hasta los pies por la electricidad, los ojos vendados y las manos atadas en la espalda. Trato de liberar las manos. Logro desatar los nudos. Vuelvo a atarme y desatarme. Me levanto un poco la venda. Veo

una celda pequeña, una puerta metálica. Me animo a mirar por la mirilla. En un pequeño patio veo dos mujeres tiradas en el suelo, los ojos vendados. Más tarde sabré que una de ellas es Mariana. Vuelvo a vendarme los ojos y a atarme las manos a la espalda. Sé que si me descubren es el final.

Me parece que me deslizo barranca abajo por una pendiente llena de cubos de vidrio de colores que parecen caramelos. Extiendo los brazos que hacen saltar los vidrios que brillan al sol. Es una escena con una luz muy intensa.

Me despierto. Estoy en el piso de la celda, las manos sueltas, extendidas, los ojos sin venda. Descansado. No sé cuánto dormí. Por suerte, no pasó ninguna guardia en ese momento, nadie me vio. En la inconsciencia del sueño, me había sentido libre.

Hoy creo que el haberme desatado y tratado de observar fue una forma de enfrentar el terror, una forma de resistencia.

No pudimos saber en dónde estuvimos secuestrados. En pocos días nos liberaron. Sin embargo, seguimos siendo prisioneros. Quien dirigía el grupo de tareas que nos secuestró, que se presentó como Mayor Peña, nos dio antes de liberarnos un número de teléfono “para que, si otro grupo militar nos secuestra, digamos que estamos bajo su control”.

La familia de Mariana nos llevó a su casa. Algunos amigos nuestros y de nuestros padres nos ayudaron a curarnos, nos visitaron a pesar del riesgo que eso significaba. En ese momento comprendí que la solidaridad no depende de una posición política.

Luego de dos meses de vivir aterrorizados, sabiendo que nos usaban para expandir el miedo y que esperaban anular nuestra dignidad y nuestra autonomía, conseguimos escaparnos. Llegamos a Río Grande del Sur, en Brasil, donde nos repusimos en casa de amigos argentinos. Después, en Río de Janeiro, otros amigos exiliados o conocidos brasileños nos apoyaron y nos ayudaron a buscar trabajo.

No nos sentíamos seguros. Uruguay y Brasil, Argentina, Paraguay y Chile eran dictaduras que podían colaborar entre sí. Decidimos partir a Europa. Años más tarde conocimos la existencia del Plan Cóndor de colaboración en la represión entre esas dictaduras, que comenzó antes del golpe militar en nuestro país.

Las desapariciones forzadas son un crimen contra la humanidad (Ginebra, 1977)

Llegamos a Ginebra con mil dólares y dos valijas. Los suizos nos alojaron sin conocernos y nos ayudaron a encontrar trabajo. Se inició nuestro exilio, que nos permitió seguir luchando contra la barbarie del golpe militar, y contribuir a la construcción colectiva y a la difusión de un nuevo concepto frente al tipo de represión que se iniciaba en la Argentina.

Desde nuestro arribo a Ginebra tratamos de continuar la lucha contra la dictadura argentina. En 1979 llegaron allí varias prisioneras liberadas de los campos de exterminio de la ESMA y La Perla. Sus testimonios describían el funcionamiento de los campos, nos dieron los nombres y apodosos de los responsables y ejecutantes del secuestro y tortura de miles de prisioneros. También, los nombres de prisioneros que pasaron por los mismos sufrimientos que ellas y que luego fueron trasladados sin que jamás se los volviera a ver. Describieron los partos en la ESMA, de secuestradas embarazadas que permanecían encadenadas a la cama. Nos contaron cómo los bebés recién nacidos eran separados de sus madres, las que después eran “trasladadas”. Ahora sabemos que muchas de ellas fueron asesinadas y que algunos de esos niños han recuperado su identidad.

Estas informaciones provocaron disensiones entre los exiliados políticos argentinos. Decidimos distribuir los testimonios a la prensa, a organismos de defensa de los derechos humanos y a todos los que pudieran estar interesados. Meses más tarde fundamos la organización Memoria por Hombres Libres en Argentina, con el objetivo de lograr que las desapariciones fueran consideradas un crimen contra la humanidad.

En marzo de 1982 varias organizaciones de derechos humanos hicieron una manifestación silenciosa para reclamar por los desaparecidos. Posteriormente decidimos continuar con las marchas y, siguiendo el ejemplo de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, comenzaron a hacerse el último jueves de cada mes.

Para coordinarlas formamos el colectivo *Jusqu'à ce 'on les retrouve* (Hasta encontrarlos), en el que participaban organizaciones de derechos humanos suizas –como la Liga Suiza de los Derechos Humanos, la Asociación Internacional Contra la Tortura, la Acción de Cristianos por la Abolición de la Tortura y la Parroquia Protestante de la Servette– junto con Memoria y otras asociaciones argentinas, chilenas y uruguayas.

Cada mes, la manifestación se dedicaba a un sector social o profesional diferente: personal de salud, abogados, periodistas, sindicalistas, científicos, niños, docentes, estudiantes, religiosos, artistas y defensores de los derechos humanos. Las marchas también se realizaron en otras ciudades suizas como Lausana y Neuchatel. Además, se comenzaron a enviar cartas a la Argentina y otros países reclamando por los desaparecidos y mencionando, cuando se sabían, los nombres de sus secuestradores y torturadores.

Estas manifestaciones mensuales se llevaron a cabo durante diez años gracias a la solidaridad de ciudadanos suizos y latinoamericanos. Cada mes sentía la misma emoción al reunirme con esas personas, convencidas de que cuando una acción es necesaria debían ser capaces de mantenerla mes a mes, año tras año. Allí aprendí la importancia de la persistencia: cuando se emprende una acción en defensa de un derecho esencial, es necesario continuarla y, eventualmente, modificarla hasta lograr el objetivo propuesto.

En febrero de 1992 presentamos a la Asamblea de Derechos Humanos de Naciones Unidas una petición con más de 22.000 firmas –entre ellas muchas de personalidades políticas o artísticas de diferentes países–, en la que se solicitaba que las desapariciones forzadas de personas fueran consideradas crímenes contra la humanidad.

Nuestro trabajo se sumó a las acciones de los organismos de derechos humanos argentinos y a la presión internacional, e hizo su aporte para que la Asamblea General de la ONU discutiera el tema y aprobara, el 18 de diciembre de 1992, la “Declaración sobre la protección de todas las personas contra las desapariciones forzadas”, que las considera un crimen contra la humanidad, es decir, imprescriptible y con jurisdicción universal.

La Argentina firmó el convenio correspondiente y lo incorporó en la legislación. En 2003 se declararon inconstitucionales las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y comenzaron los juicios basados en esa legislación. En el momento de escribir este texto quinientas veinte personas han sido condenadas y sesenta han sido absueltas.¹

Entre los condenados figuran algunos de los más conocidos responsables: Videla, Massera, Agosti, Lambruschini, Etchecolatz, Camps, Viola y otros miembros de las fuerzas armadas y de seguridad. A partir de 2012, según el

1. De acuerdo con un informe de la Procuraduría de Crímenes contra la Humanidad del 20 de diciembre de 2013, 114 represores y cómplices de violaciones a los derechos humanos cometidos durante la última dictadura cívico-militar tenían condena firme, en tanto que 1.135 estaban siendo procesados.

mismo informe, “se ha prestado especial atención a las investigaciones sobre la responsabilidad de actores civiles involucrados en el terrorismo de Estado, funcionarios de gobierno y judiciales, y empresarios y grupos económicos”.

Denunciamos en la ONU y en la Conadep nuestro secuestro y tortura, indicando que el jefe del grupo de torturadores era el autodenominado “Mayor Peña”, en realidad Carlos Españadero, quien fue condenado a prisión perpetua el 21 de febrero de 2014 por la desaparición del conscripto José Luis Rodríguez Diéguez.²

Epistemología y didáctica de Ciencias (Ginebra-Italia, 1982-2003)

Además del trabajo contra las desapariciones y por los derechos humanos, entre 1978 y 1985 proseguí mi carrera en Biología, trabajando en mi tesis de doctorado sobre Fisiología vegetal y Biología teórica. Investigué las relaciones entre organismos vegetales con el ambiente, en particular los mecanismos que desencadenan la floración. También desarrollé las teorías de autopoiesis y de sistemas jerárquicos de relaciones mutuas y múltiples. Asimismo, seguí cursos de ecología humana y de desarrollo económico y social, asistí a las reuniones multidisciplinarias del Centro Internacional de Epistemología Genética que dirigía Jean Piaget, y participé en los Archivos Jean Piaget.

En 1981 comencé a trabajar en el Laboratorio de Didáctica y Epistemología de Ciencias que fundó André Giordan en la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación de la Universidad de Ginebra, donde investigué sobre las dificultades de aprendizaje de las ciencias y los posibles métodos para resolverlas. Allí obtuve mi doctorado en Ciencias de la Educación. En 1986 me incorporé a la Facultad de Ciencia de la Universidad de Pavía, en la que fui nombrado profesor de Didáctica de Ciencias, en 1991.

Siempre traté de lograr una integración entre ciencia, desarrollo social y la defensa de los derechos humanos. Dos temas me parecen fundamentales: lograr que el conjunto de la población, y en particular los sectores en situación de extrema pobreza, se apropien de los conocimientos científicos

2. Carlos Españadero fue considerado partícipe necesario de homicidio calificado por alevosía y por la participación premeditada de dos o más personas, calificándose como delito de Lesa Humanidad.

útiles que resuelvan sus problemas concretos y mejoren su calidad de vida, y estimular su participación en la lucha por sus derechos y su integración social.

La lucha contra el sida (1988-1990)

En 1988 me incorporé al Programa Mundial de Lucha Contra el Sida de la OMS, como responsable de la formación en los programas nacionales. En ese momento no existía ningún tratamiento para la enfermedad. Los participantes en el programa trabajábamos día y noche, viajábamos continuamente para colaborar en la organización de los programas nacionales de lucha contra el sida, tratábamos de comprender cómo prevenir el contagio, cómo ayudar a modificar los comportamientos de riesgo, cómo convencer a los políticos de la importancia de la epidemia. Zaire (hoy República Democrática del Congo), Senegal, Costa de Marfil, Guinea Bissau, Tanzania, Indonesia, India, fueron países que visité para colaborar en la elaboración de los programas nacionales y provinciales de lucha contra el sida.

Algunas imágenes del sida quedaron grabadas en mi memoria: en el Hospital Mama Yemol de Kinshasa, cientos de personas yacen en el suelo en colchones sucios de sangre, vómitos y mierda. Chicos corren entre los colchones. Familias enteras acompañan a los moribundos, comen en el suelo, entre los enfermos. Una mujer con los huesos de la cara casi saliendo por la piel nos observa en la sala del hospital. Tiene la boca muy abierta y una expresión de terror.

Educación, formación profesional y desarrollo sustentable (1993-2004)

Entre 1993 y 1997 trabajé en la Oficina Internacional de Educación de la Unesco, en un proyecto destinado a la formación docente para la educación intercultural, la democracia y el desarrollo sustentable. Investigué y dicté cursos en Palestina, Eritrea, Senegal, China, Bolivia, Líbano, Jordania, Australia, Nueva Zelanda y África del Sur. Pude comprender que, a pesar de las grandes diferencias entre esos países, muchos de los problemas eran similares. Entre los más frecuentes estaban las diferencias lingüísticas,

la discriminación, incluso el racismo de los docentes hacia los alumnos. También la baja autoestima de los alumnos, su falta de confianza en la capacidad de aprendizaje y su falta de motivación para aprender temas que no les interesaban. El fracaso escolar era frecuente, lo que reducía la posibilidad de obtener buenos empleos y ayudaba a perpetuar el ciclo de la miseria.

Entre 2000 y 2003 trabajé en diferentes proyectos de desarrollo sustentable urbano y rural, y de mejora de la calidad de vida de sectores sociales muy pobres en Guinea Conakry, Congo Kinshasa, Burkina Faso y Kenia.

Durante todo 2004 trabajé en China formando directores y profesores de escuelas profesionales en la provincia de Sichuan.

Durante mi exilio conocí a científicos excelentes que en Mali, Burkina Faso, Guinea Conakry, Congo Kinshasa y otros países trataban de aplicar sus conocimientos para resolver los graves problemas de la población.

Retorno a la Argentina (Rosario, 2007-2013)

En 2007 fui seleccionado por concurso de oposición y antecedentes como director del Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias de la Educación del Conicet. Además de las tareas de gestión del Instituto, fui director de tesis de doctorado, investigué y dicté cursos de formación docente y realicé investigaciones en temas relacionados con la enseñanza de ciencias y la mejora de la calidad de vida. Trabajé en villas miseria, escuelas bilingües, escuelas primarias en zonas marginadas y rurales. Los problemas que aparecían eran similares a los que observé en otros países. Violencia, fracaso escolar, falta de motivación, cansancio de los docentes que deben enfrentar diariamente graves problemas. Las posibles soluciones requieren la mejora de la formación docente.

El ébola en África del Oeste (Ginebra, 2014...)

A partir de mayo de 2014 colaboro con el Centro Internacional para las Migraciones, la Salud y el Desarrollo, en Ginebra, elaborando guías de formación para trabajadores de la salud y analizando los problemas de aprendizaje de poblaciones marginadas y poblaciones migrantes. Otro tema en el que estoy trabajando es la comprensión de las múltiples interacciones entre

los sistemas ambientales, los sistemas sociales y culturales y las epidemias, en particular la del virus del ébola en África del Oeste.

En mi trabajo en treinta y dos países, vi la miseria extrema, la violencia social, la represión, la muerte, la indiferencia, la solidaridad, la lucha por la libertad y la dignidad.

Aprendí que la producción científica nunca es individual y que el conocimiento científico, cualquiera sea, no debe ser propiedad de ninguna persona o ninguna empresa. Sigo trabajando para que la población vulnerable sea capaz de apropiarse del conocimiento científico y pueda aplicarlo a la resolución de problemas concretos para la mejora de su calidad de vida.



Raúl Gagliardi

Doctor en Ciencias y doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Ginebra. Distinguished Fellow Universidad Flinders (Australia). Director del Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias Educación, del Conicet. Profesor de la Universidad de Pavia (Italia). Experto en OMS, FAO, Unesco, OIT, OECD, ICMHD. Actividades profesionales en Líbano, Palestina, Jordania, China, India, Indonesia, Burkina Faso, Congo, Costa de Marfil, Eritrea, Guinea Conakry, Guinea Bissau, Kenia, Mozambique, Senegal, Sudáfrica, Tanzania, Australia, Nueva Zelanda, Argentina, Bolivia, Venezuela, España, Italia, Francia y Suiza.

Mi Noche de los Bastones Largos

Carlos Bernstein

Desde la mañana sabíamos que ese día el gobierno dictatorial de Onganía declarararía la intervención de las universidades. A poco de llegar al viejo edificio de Perú 222 nos reunimos los miembros de mi agrupación política. Se trataba de decidir quién se quedaría para participar de la toma de la Facultad y quién quedaría afuera para mantener la continuidad de nuestra acción y dar el apoyo que se pudiera a los que cayeran *en cana*. Luego nos dedicamos a quemar todos los documentos que, nos parecía, podían comprometer al Centro de Estudiantes. Más tarde llegó un grupo de chicos del Colegio (es decir, el Nacional Buenos Aires, a la vuelta de la manzana) a darnos una mano. Entre ellos estaba mi *hermanita*, que fue remarcada por uno de mis compañeros: “Che, ¿quién es esa rubiecita?”. “¡Mi hermana, boludo!”.

El boludo en cuestión, que no es tal, era un amigo y compañero de agrupación. Hoy, casi 50 años después, sigue siendo mi cuñado.

Al atardecer llegaron noticias más precisas sobre la intervención. Rolando García, el decano, invitó a aquellos que preferían irse que lo hicieran en ese momento; el resto se quedaría para hacer efectiva la toma. Cerraron las puertas. Adentro quedábamos un grupo bien nutrido de estudiantes y docentes. Muchos eran amigos muy cercanos: Guillermo, Anita, mi famoso cuñado, Raúl, Susi y Claudio, y muchos más.

Todos nos dirigimos al aula 9. Un aula grande, en pendiente, adjunta al patio central (hoy un horrible estacionamiento) en la que tantas veces había dado clase. No recuerdo si simplemente esperamos a la cana o si hubo discursos e intervenciones. Lo que sí había era el convencimiento de cumplir con nuestra responsabilidad militante.

En un momento dado escuchamos gritos y golpes en el patio. Enseguida, con un ruido de vidrios rotos, cayeron dentro del aula varias bombas de gas lacrimógeno.

No sé cuántas cayeron, solo sé que una vino a aterrizar a mis pies. Las escenas que siguieron son bien conocidas: a golpes, patadas y gritos nos sacaron del aula. En el patio nos ordenaron ponernos de cara a la pared. Detrás escuchaba los gritos e insultos de la policía. No recuerdo haber tenido miedo. ¿Efecto de memoria selectiva? ¿Efecto de la adrenalina? Habría que preguntarle a un neurólogo.

Luego vino la célebre corrida entre los palazos de la cana. Delante de mí corría Raúl, un compañero de agrupación grandote y, físicamente, un poco torpe (perdón, Raúl). Yo creo que él recibió todos los palazos y que yo pasé en los segundos en los que los energúmenos levantaban sus garrotes.

Y luego vino el pasillo y la salida por Perú 222. Aterricé en un camión celular donde íbamos apiñados profesores y alumnos. Algunos estaban muy lastimados. Fuimos a parar a una comisaría. En esa época aún no era habitual ver caer en manos de la policía tantos profesores y alumnos universitarios en calidad de enemigos del régimen (luego se acostumbraron... a mucho más). No hubo más golpes. Nos *alojaron* en una gran celda.

Era evidente que pasaríamos por lo menos una noche allí. Algunos charlaban, otros trataban de dormir. En un momento dado noté que el humo casi impedía ver: “Che, paren de fumar, no se ve un carajo”. “Pero si nadie fuma, nos lo prohibieron”.

El humo no estaba en la celda, estaba en mis ojos. Veía cada vez menos. ¿Estaba perdiendo la vista? Solamente en ese momento me di cuenta de que algo me estaba quemando: el contenido de la bomba de gas lacrimógeno se había volcado sobre mi ropa y me quemaba la piel. Creo que ahí me asusté.

Alguien se debe haber ocupado de mi situación porque al poco rato vino un oficial a buscarme. Me presentaron un papel: toda una página escrita. “Firmá, pibe, y te vas”.

No tengo la menor idea de qué decía el papel. No podía leer. No fue una actitud muy valerosa de mi parte. Mirando como pude con el rabillo del ojo (se ve que en esa zona los ojos estaban menos dañados) firmé el papel y me largaron. Afuera había un montón de gente que yo no podía distinguir. Alguien, me imagino que Pablito (Pablo Penchaszadeh), se ocupó de mí y me llevó a mi casa.

Mi familia tomó las cosas sobriamente (o por lo menos eso parecía): ya en la época del secundario estaban bastante acostumbrados a verme llegar lastimado, alguna vez pasando previamente por el hospital.

A la mañana siguiente salimos mamá, Pablito y yo rumbo al oculista. Debería decir “otro oculista”, el primero se había negado a atenderme. El daño era superficial, en quince días estaría miope como nuevo. Solo que en ese tiempo debía permanecer con los ojos vendados. Durante dos semanas Pablito hizo de chofer, de lazarillo y de apoyo. Mi madre se acordaba de Pablo y de la ayuda que él había significado incluso en sus últimos años de vejez, cuando ya había olvidado casi todo.

La respuesta a la represión salvaje fue la renuncia de un gran número de docentes. Muchos otros fueron exonerados por los representantes del gobierno militar. Exactas se transformó en un desierto intelectual. Los estudiantes adelantados terminaron su carrera como mejor pudieron y emigraron. Comenzó un período oscuro para la Universidad.

Tres años después, el Cordobazo marcó el comienzo del fin de la dictadura. El ensayo general del golpe del 76 estaba terminando. Diez años después comenzó la dictadura más sangrienta de la historia argentina.



Carlos Bernstein

Licenciado en Ciencias Biológicas, en la FCEyN (UBA) en 1970. PhD por la Universidad de Oxford (Reino Unido) en 1981. Actuación en la Comisión Nacional de Energía Atómica, división agropecuaria. Profesor auxiliar Universidad Claude Bernard - Lyon 1 (Francia) de 1983 a 1986. CNRS (Chargé de recherches, directeur de recherches, directeur de recherches émérito) entre 1986 y 2014; responsable de equipo y de departamento del Laboratorio de Biometría y Biología Evolutiva de la Universidad de Lyon; miembro del Comité National de la Recherche Scientifique entre marzo de 1998 y agosto de 2000). Premio Raíces.

¿Cuándo?, ¿por qué? y ¿cómo? me tuve que reinventar como bióloga desde 1966...

Beatriz I. Goldstein

En 1966 yo aún era estudiante de Ciencias Biológicas en Exactas y me desempeñaba como ayudante de segunda (ayudante alumna) del Departamento de Ciencias Biológicas.

Como quería ser bióloga marina, hacía las prácticas y los trabajos de investigación en el Instituto de Biología Marina (IBM) de Mar del Plata durante los veranos.

Integraba también el Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales (CECEN), y participaba de la Comisión de Cultura donde organizábamos, entre otras cosas, una suerte de cine club que funcionaba los sábados en el Aula Magna de Perú 222 (hoy Manzana de las Luces). Pasábamos películas que nos prestaban diferentes embajadas (del neorrealismo italiano, Resnais, Eisenstein...). Lo integrábamos Tónica, Pablo, Raúl, Tomi, “Chanchín” y yo. Además era delegada en la Mesa Directiva de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA).

Muchos de los estudiantes de Exactas de aquella época cumplíamos varios de esos roles simultáneamente. El ambiente, la efervescencia, la *caldera* de ideas y posibilidades que habían generado el doctor Rolando García (decano de la FCEyN hasta el 66) y el doctor Manuel Sadosky, con la inclusión de jóvenes docentes e investigadores que habían completado sus doctorados afuera, nos proporcionaban todos esos estímulos y deseos de aprender, de formarnos, tanto en docencia como en investigación y militancia.

Pero... en el año 1966, alrededor de setecientos profesores y JTP renunciaron a sus respectivos cargos frente al avasallamiento ejercido por la naciente dictadura.

Se había decidido que los ayudantes de segunda no renunciaríamos sino que nos quedaríamos para “luchar desde adentro”, pero a mi primera

hablada en un curso (consistía en explicar lo que había pasado la Noche de los Bastones Largos y el porqué de las renunciaciones), el profesor de Entomología nos citó a Lidia y a mí para advertirnos que no podíamos tener más contacto con alumnos y que solo podíamos mantener la colección (agregar formol a los frascos con las especies animales utilizadas en los TP). Obviamente no lo aceptamos y renunciábamos al cargo.

Como estudiante tuve todos los problemas posibles para recibirme. Por un lado debía rendir exámenes con profesores *enemigos* que hacían todo lo posible por crear terror y plantear muchas dificultades (como en Química Orgánica y Biológica). Por otra parte, no se dictaban algunas de las materias que debía cursar. Por suerte, hubo profesores solidarios que aunque no habían renunciado nos facilitaron la cursada y nos permitieron cambiar materias de nuestro plan de estudios (como un profesor de Geología, que a los biólogos marinos nos tomaba “Costas”).

Finalmente, a principios del 68 logré recibirme y me fui a Francia con una beca otorgada por el gobierno francés para realizar el doctorado en Océanographie Biologique. Trabajaba parte del tiempo en París, en la Faculté de Sciences, y parte en Banyuls-sur-Mer, una Estación de Biología Marina de la Cataluña francesa, en el Mediterráneo. En París era un momento de gran efervescencia en el medio académico y pude participar de las discusiones y cambios que siguieron al Mayo del 68. Allí, además, nació mi hija (sabía que los bebés eran traídos por cigüeñas desde París).

Regresé a la Argentina en 1972. Pude entrar a la carrera de Investigador Científico del Conicet, siempre en relación con el IBM de Mar del Plata. Mi lugar de trabajo era el Departamento de Biología de la FCEyN. Investigaba, viajaba muy seguido a Mar del Plata para la recolección de material vivo, y pensaba, tenía ideas..., era progresista, de izquierda, y no era peronista, como muchos de mis compañeros renunciados en el 66 o *echados* de sus cargos.

En los años 73 y 74 hubo mucha ebullición en el Departamento de Biología. A Laura Lucchini, a Pablo Penchaszadeh y a mí nos encargaron el diseño de un proyecto para estudiar el estuario del Río de la Plata. Además, me habían contratado como JTP para coordinar un taller sobre esta temática.

En septiembre del 75 me llegó, igual que a muchos docentes de la UBA, un telegrama de despido de la Facultad. Al principio no sabíamos bien qué estaba pasando; creímos que podía ser algo similar a la Noche de los Bastones

Largos del 66, cuando todos éramos aún estudiantes y en la que, fundamentalmente, no estaba en riesgo nuestra integridad física. Por eso fuimos demasiado audaces: discutíamos con la policía porque no nos dejaba entrar en la Facu y nos pedía documentos de identidad... Nosotros le contestábamos que la Universidad era autónoma! Queríamos entrar “sí o sí”; era nuestro derecho y además algunos no solo éramos docentes sino investigadores. Apareció un docente, hasta entonces teóricamente amigo, y nos dijo que no podíamos entrar más a los laboratorios. Nos echaron. Nos tuvimos que ir.

La Triple A había comenzado a actuar. Los Ford Falcon con sus sirenas estridentes usurpaban las calles. Comenzaba la más devastadora y sangrienta de las dictaduras de nuestro país.

Casi un mes después nos avisaron que podíamos pasar a retirar nuestros equipos personales. Desde ya que mis experiencias, con bichos vivos, habían sido cuidadosamente interrumpidas, pero *científicamente*: habían hecho vasos comunicantes, con tubos de PVC, que enviaban agua salada a los acuarios con animales de agua dulce y viceversa. Así, me llevé los acuarios y el resto de mi material pero los trabajos se habían ido al tacho de basura.

No nos dejaron entrar más a la Facultad a trabajar

Con dos de mis amigas fuimos a Mar del Plata, al IBM, pero tampoco pudimos entrar. En la puerta nos recibió uno de los investigadores (que suponíamos nuestro amigo) con una nota que nos invitaba a firmar y donde decía que fulana y mengana: “son personas no gratas en este Instituto y que no pueden entrar a partir del día...”. Por supuesto, nos miramos, dijimos “de ninguna manera” y nos quedamos duras, detrás de la puerta.

El Conicet nos envió un telegrama a los investigadores que teníamos el lugar de trabajo en la Facultad dándonos cuatro meses para conseguir otro. Laura conocía al doctor Gallardo, entonces director del Museo de Historia Natural, y le fue a solicitar lugar de trabajo para las dos. A Laura sí le dio un espacio pero a mí no porque, le dijo, yo era “como los camarones cuando se hierven” (se ponen rojos). Conseguí otro lugar en Costanera Sur, pero el Conicet me dejó afuera aduciendo que no era un lugar apropiado (aclaremos que sí trabajaban ahí otros investigadores del Conicet).

De cómo me reinventé en 1976...

Se me ocurrió armar un Taller de Ciencias para chicos y chicas en Buenos Aires. Convoqué a una pedagoga y a un bioquímico amigos, igualmente despedidos de la UBA, y más tarde incorporamos a un matemático devenido en físico.

El bioquímico, desde chico, había hecho experimentos y provocaba explosiones en el galpón del fondo de su casa. Por mi parte, fui y soy muy bichera. También era buena acuarista.

Así nació el Taller de Ciencias Eureka. Alquilamos una casa chorizo en Palermo, actualmente Palermo Viejo, entonces barrio desconocido, y a puro pulmón armamos tres laboratorios: uno de Biología, otro de Química y el tercero de Física. Estaba diseñado para chicos y chicas de 7 a 12 años.

Cada uno empezó por equipar su laboratorio. Para el de Biología yo salí a buscar cuanto bicho caminara, volara o nadara para intentar mantenerlos vivos en Eureka. Iba con mis hijos a la Feria de Pájaros de Pompeya y me surtía de tortugas de agua y de tierra, de axolotes (crías de salamandra). “Mami... ¿podemos llevar una paloma de cola parada en abanico?”. “Sí”, decía yo. “¿Y hámsters?”. “También”. Felices seguíamos explorando todo el bicherío que ofrecía ese lugar... cobayos, peces, otras aves.

En Eureka los instalaba sobre mesadas previamente armadas contra cada pared. Así, en una mesada tenía los axolotes al lado de los sapos y de las tortuguitas de agua. En otra, las “ratitas”, los cobayos, los hámsters. Yo aprendí con los alumnos, ya que nunca había criado semejante diversidad de animales.

Asimismo, tenía acuarios marinos con estrellas de mar, anémonas, canchales y algún hipocampo. En esa misma mesada ubicaba los acuarios de peces, camarones y caracoles de agua dulce. Incluso armábamos terrarios con arañas y bichos bolita, entre otros animales recolectados con los chicos. La paloma de cola en abanico y otras aves quedaban en jaulones muy grandes en el patio techado.

Así, el laboratorio de Biología quedó *vestido*, pero ¿qué enseñaba o aprendía con los chicos? Fui adaptando los TP de la Facultad, en especial todos los realizados con el doctor Pearson, increíble ecólogo estadounidense que tuvimos como profe, y obviamente lo que había hecho en Biología Marina, así como las experiencias de mis compañeros del IBM y de Francia. Por suerte siempre fui (y soy) curiosa y conocía las preguntas que le habían formulado mis compañeros sobre cada bicho.

El entusiasmo y el placer eran compartidos con los chicos y con sus padres

Estudiábamos el comportamiento de los animales, cómo se reproducían, cómo alimentarlos en cautiverio. No era lo mismo suministrarles lechuga, fruta o carne, que cazar moscas con una red y ponérselas al yacaré (nuestro Margarito Tereré) en su acuario con tapa de rejilla ¡porque cazaba animales voladores vivos! Hacíamos carreras de tortugas y mirábamos cómo los caracoles se pegaban al vidrio de la ventana y se desplazaban.

En el laboratorio de Química a los chicos les fascinaba la posibilidad de *legalizar* y explicar científicamente los famosos mejunjes. Investigaban los cambios; mezclaban y separaban.

En Física armaban caleidoscopios, periscopios, teléfonos con auriculares de lata y tantas cosas más.

Fue una de las épocas más importantes de mi vida en el aspecto profesional. Me divertí mucho. Además, no podía creer que pudiera compartir con los chicos ese mundo que tanto me fascinaba.

Me sorprendía mucho el interés de las mamás y papás: cuando iban a buscar a sus hijos entraban al laboratorio de Biología y me hacían mil preguntas: “¿Me mostrás las estrellas de mar?” o “¿ya tuvieron cría las ratitas?”. ¡Pensar que en un tiempo yo no podía compartir lo que hacía en las reuniones sociales ya que se burlaban y me recomendaban trabajar con personas y no con cangrejos y camarones! Aún hoy, cuando me encuentro con jóvenes y con adultos que me reconocen de Eureka, me comentan sus recuerdos con gran admiración. Todos la pasábamos muy bien.

Comenzamos incluso a dar cursos de capacitación docente y a asesorar a escuelas privadas en el área de ciencias. La ciencia era considerada “terrorista”, por eso no podíamos *entrar* con esta temática a escuelas públicas. Eureka me permitió un desarrollo profesional único: desde aprender formalmente cognitivismo y cursar la Escuela de Coordinación de Grupos de Pichon-Riviere, hasta participar de congresos y actividades de Tiempo Libre y Creatividad y Enseñanza de las Ciencias, entre otras cosas.

Fueron años increíbles, si bien al mismo tiempo en el país pasaban otras cuestiones muy serias y dramáticas: nacía la dictadura más sangrienta, desaparecían personas... varios papás de Eureka desaparecieron por un tiempo o los mataron (como el doctor Abrales). Llegamos a tener un *fichero volante*, ya que era peligroso tanto para nosotros como para los padres. Los chicos seguían

viniedo, y entre padres y docentes se intercambiaban todos los datos. ¡Qué clima de horror! Es la otra cara de lo que nos pasaba y ocurría en el país.

Eureka duró siete años pero hoy sigue funcionando en mi casa, con mis nietos, con las mismas tortugas, que ya tienen ¡43 años!

Pensar que el Taller de Ciencias comenzó siendo un refugio y también un espacio de libertad y terminó siendo EUREKA, un maravilloso lugar que encontré, que descubrí.

Con la llegada de la democracia, en 1983, cerramos el taller y volví a la vida académica. Coordiné el Curso de Ingreso de Biología de la FCEyN. Era muy numeroso. Fue el primer año sin cupos. El decano era el doctor Gregorio Klimovsky, y se formó un grupo de coordinadores y de investigadores increíble con Eduardo Flichman, Haydée Mittelman, Guillermo Boido y Agustín Rela, entre otros.

Al año siguiente se creó el Ciclo Básico Común (CBC) en la UBA y me solicitaron hacerme cargo como profesora titular de una de las cuatro cátedras de Biología. Fue una tarea ardua. Nos tocó capacitar a más de cincuenta docentes de Biología por cátedra, al mismo tiempo que nos actualizábamos en los contenidos teóricos.

Simultáneamente, el doctor Sadosky, secretario de Ciencia y Técnica de la Nación, y la doctora Rebeca Guber me ofrecieron la posibilidad de integrar un grupo para la creación del primer museo interactivo de ciencia y técnica, Puerto Curioso. Trabajamos mucho pero no nos alcanzó el tiempo para ponerlo en funcionamiento.

No obstante, sí logré un convenio de dicha Secretaría con la entonces Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires para instalar talleres de ciencia y técnica para chicos dentro del Programa de Barrios. Llegamos a poner en marcha cincuenta talleres (cincuenta Eureka) en barrios de diferente nivel socio-económico: Villa Soldati, Saavedra, San Telmo y otros. Cada uno coordinado por dos estudiantes de Ciencias Exactas (o sea, cien). Tenían mucho éxito. En todos los barrios había lista de espera. Pero cuando subió, Menem nombró a Cersósimo en Ciencia y Técnica, que nos rescindió el contrato a todos.

Nuevamente... a reinventarme

El doctor Juan Azcoaga, a través de sus colaboradores, me ofreció presentarme a un concurso de profesor adjunto en la carrera de Ciencias de

la Educación, en la FFyL de la UBA, para la materia Bases Biológicas del Comportamiento y del Aprendizaje. El objetivo era desplazar a los docentes nombrados en la dictadura. Bueno... gané el concurso y renuncié al cargo de profe en el CBC.

¡A aprender Neurobiología!

El Departamento de Educación me permitió desarrollarme también como investigadora. Diseñé y coordiné desde 1997 hasta 2012 los primeros Talleres de Investigación/Intervención sobre Prevención de VIH/sida, y sobre Educación Ambiental. Se anotaban muchos estudiantes. De igual modo pudimos realizar algunos proyectos de extensión. Siempre entendí que debía relacionar la docencia con la investigación y la extensión. Formamos muchas camadas de “multiplicadores de salud sexual”, así como de “educadores ambientales”. De a poco pudimos transformar los Talleres de Prevención de Sida en Talleres de Educación Sexual. Estas dos temáticas nos dieron la posibilidad de concretar muchas publicaciones en revistas científicas y de divulgación, así como publicar varios libros. También hice un máster en Educación Ambiental (España y México).

Paralelamente, seguí desarrollando la temática de museos interactivos de ciencia y técnica. Así, participé en la creación de los módulos de la sección de Biología del Museo Abremate, de la Universidad de Lanús, e intervine en la planificación y selección de los módulos del Museo El Imaginario, de la Universidad General Sarmiento.

Mis proyectos profesionales actuales siguen relacionados con Salud, Ambiente y Educación (en la Universidad de Tres de Febrero) así como en enseñanza de ciencia y técnica desde la investigación/intervención. Continué dictando cursos dirigidos a docentes a distancia, *on line* y escribiendo libros de capacitación docente y de divulgación científica.

En mi vida como bióloga sucesivamente reinventada pude tejer tramas entre profesionales de diferentes áreas, entre ciencia y técnica, medioambiente, educación sexual y la comunidad, facilitando esta telaraña con guías de trabajo y libros para poder brindar la posibilidad de multiplicar la experiencia.

¿Qué provocó lo perdido a partir de la Noche de los Bastones Largos? La necesidad de reinventarme, de aprender en cada crisis, de ser parte de

los científicos resilientes de nuestro país, de perder uno de mis sueños (ser bióloga marina), y también de generar y generarme nuevas posibilidades, renaciendo de las cenizas que dejó sus huellas en cada crisis.



Beatriz I. Goldstein

Licenciada en Biología en 1968 en la FCEyN (UBA). Doctora en Océanographie Biologique, Paris V en 1974. Creadora y directora del Taller de Ciencias Eureka entre 1976 y 1982. Master en Educación Ambiental en la Universidad de Málaga (España) en 2001. Profesora e investigadora en la FFyL (UBA) de 1985 a 2009. Profesora en maestrías de Gestión Ambiental y Salud, desde 1985 a la actualidad. Asesora de museos interactivos de ciencia y técnica. Autora de libros y trabajos científicos sobre sexualidad, prevención de VIH/sida, educación ambiental, dirigidos a docentes y a la comunidad.

Avatares

Tomás Esteban Gergely

Llegué con mis padres a la Argentina en julio de 1957, poco antes de cumplir los 14 años, habiendo ya terminado la escuela primaria en Hungría. Mi vocabulario en castellano era reducido, consistía en algunas expresiones adquiridas en unas clases privadas antes del viaje. Recuerdo entre ellas “el arca de Noé” y “el atizador de fuego”, ambas aparentemente usadas con frecuencia por la mítica familia López alrededor de cuya existencia giraba mi libro. En marzo de 1958 ingresé al Colegio Nacional N° 4 Nicolás Avellaneda. Allí seguí aprendiendo el castellano, e igualmente importante, hice un amigo entrañable para toda la vida en la persona de Claudio Benski, quien desgraciadamente falleció en 1997. En el año 1961 aprobé el ingreso a la Facultad de Medicina, pero Claudio me convenció de que la física era más interesante que la medicina y que el futuro, en particular el mío, estaba en la ciencia. Pedí la admisión a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA y, habiendo aprobado con buenas notas el ingreso a Medicina, me dieron el pase sin obligarme a hacer el curso de ingreso propio de Exactas. Así, en marzo de 1962 ingresé a la carrera de Física. En la Facultad terminé mi proceso de adaptación a la Argentina y empecé a sentirme totalmente en casa.

En 1966 estaba cursando las materias de quinto año. Habíamos iniciado el primer año en el edificio de Perú 222, pero a partir del segundo cuatrimestre ya comenzamos a cursar en el Pabellón N° 1 de la recién inaugurada Ciudad Universitaria, en el barrio de Núñez. A partir del segundo año todas las materias de Física y de Matemáticas se dictaban allí. Volvíamos a la vieja sede de Perú 222 de vez en cuando, en general por las tardes, para participar de asambleas y reuniones estudiantiles. También íbamos para encontrarnos con los amigos y las amigas, ya que las carreras de Química, Biología y

Geología, así como el Decanato y la Secretaría Académica seguían funcionando allí. Nos sentíamos muy cómodos, nos parecía que la Facultad era algo nuestro, algo de lo que formábamos parte. Hablábamos de “la Facu” o de “la Facultad” sin necesidad de aclarar que nos referíamos a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. ¡Para nosotros no había otra posible!

Muchas veces estudiábamos en grupitos de dos, tres o cuatro; yo lo hacía sobre todo con Claudio y algún compañero más. Pasábamos gran parte del día en la biblioteca, el comedor u otro lugar de la Facultad. Entre clase y clase resolvíamos problemas, consultábamos a ayudantes, discutíamos sobre política o jugábamos al truco o al ping-pong (se había instalado una mesa frente al local del Centro de Estudiantes). Nuestra vida social y amorosa giraba alrededor de la Facultad; las chicas con las que estábamos en proceso de salir o que queríamos conquistar generalmente eran también de Exactas. Éramos amigos de los ayudantes y jefes de trabajos prácticos, y a veces nos convertíamos en sus ayudantes *ad honorem* ni bien aprobábamos la materia. A medida que fuimos avanzando en la carrera empezamos a ser conscientes de que estábamos próximos a recibirnos pero no teníamos idea de qué íbamos a hacer después de que eso sucediera. Los mayores nos preguntaban: “¿Qué vas a hacer cuándo te recibas?”, a lo que Claudio invariablemente respondía, “una fiesta”. El chiste escondía un grano de realidad.

Yo tenía expectativas de entrar a trabajar en el laboratorio de Física Nuclear, posiblemente *ad honorem*, al menos al comienzo. Comencé a ir todos los días, a ayudar y al mismo tiempo a aprender. Había apalabrado a un padrino para el trabajo de seminario, una especie de pequeña tesis que era un requerimiento para recibirse de licenciado en Física. Era consciente de que las posibilidades de empleo en la Facultad eran pocas y que había escasas alternativas para un físico en la Argentina. Una posibilidad era entrar a trabajar en la CNEA, pero los puestos eran limitados. A pesar de eso, creo que ni a mí ni a la mayoría de mis compañeros se nos ocurría pensar en irnos del país más que por algunos años de perfeccionamiento.

No recuerdo cómo comenzó el día 29 de julio de 1966, que cambió mi vida. Me acuerdo, sí, que por la tarde fui a escuchar una clase, la primera de un curso en un lugar que quedaba cerca de la plaza San Martín. Era un curso de Lógica Matemática que prometía ser interesante, y Claudio y yo nos anotamos sin pensarlo mucho. La clase me interesó, el profesor parecía didáctico y ameno. Pero lo único que recuerdo ahora de esa clase es que

cuando estaba por terminar entró alguien para decirle al profesor que el gobierno del general Onganía, quien se había encaramado en el poder mediante un golpe de Estado un mes antes, acababa de decretar la intervención a la UBA. El profesor dio por terminada la clase y se despidió, diciendo: “Hasta la próxima vez... si es que habrá una próxima vez”. ¡No hubo próxima vez, pero todavía no lo sabíamos!

Recorrimos Florida hasta llegar al edificio de Perú 222. Soplaban viento y hacía mucho frío, oscurecía y todo parecía igual que siempre. Al llegar a la Facultad notamos nerviosismo; alguien nos dijo que el Consejo Directivo estaba sesionando en la sala del Decanato. Claudio fue a encontrarse con su novia (y después esposa) Susi, yo fui directamente al Decanato a escuchar la sesión del Consejo. Allí estaban debatiendo la respuesta de la Facultad de Ciencias Exactas al decreto de intervención. Un par de semanas antes el Consejo Superior de la UBA y su rector, el ingeniero Hilario Fernández Long, habían repudiado el golpe en declaraciones públicas, en lo que fue una de las pocas expresiones de condena al golpe y de apoyo al gobierno electo. No había dudas de que el Consejo Directivo de Exactas iba a pronunciarse en el mismo sentido, lo que se discutía eran los términos de la declaración. La sala de reuniones estaba repleta, hacía calor, estábamos todos hacinados. Yo estaba parado al lado de Cora Ratto de Sadosky, esposa del vicedecano Manuel Sadosky y miembro *ex officio* del Consejo Directivo. Alrededor de las diez de la noche vi que la secretaria del decano Rolando García se acercaba a Cora y le susurraba al oído algo que alcancé a escuchar: “Ya entraron en Filosofía y Letras”. ¡No me cabía duda de a qué se refería!

Algunos de mis amigos habían sido detenidos en manifestaciones y pasado algunas noches en comisarías. A varios, antes de dejarlos en libertad, les dieron alguna bofetada. Aunque la perspectiva de caer *en cana* no era agradable, en esa época no temíamos sufrir daño físico permanente, mucho menos perder la vida en esas circunstancias. Lo que me preocupaba personalmente era que, aunque yo me sentía un argentino más, no tenía la ciudadanía. Entonces, si iba preso quizás nunca podría adquirirla o, peor aún, podían expulsarme del país. En ese momento tuve que tomar la decisión de salir de la Facultad. Crucé el patio desierto y salí a la calle Perú donde esperaban, alineados, los carros de asalto de la Guardia de Infantería. ¡Algunos guardias estaban charlando entre ellos! Nos miramos pero no dijeron nada, ¡me dejaron ir! A la media cuadra me di vuelta, a ver si me seguían, pero no, nada. Fui caminando hasta la estación del subte, llegué a mi casa y me puse

a escuchar la radio. Tocaban música, no pasaba nada, hasta que, a eso de la una de la mañana, escuché decir que “la Guardia de Infantería había desalojado a los estudiantes que tenían ocupadas varias facultades y restableció el orden”. Y también que había detenidos, alojados en varias comisarías. ¡Pero de violencia, ni una palabra!

Lo que sucedió en la Noche de los Bastones Largos es bien conocido. Profesores y estudiantes, hombres, mujeres, jóvenes o viejos apaleados, algunos hasta quedar ensangrentados. Tanto estudiantes como profesores, incluso varios extranjeros, fueron obligados a salir de la Facultad entre una doble fila de guardias de Infantería que los golpeaban con sus bastones. Algunos fueron sometidos a simulacros de fusilamiento. Una vez fuera del edificio fueron introducidos en los carros de asalto y trasladados a distintas comisarías, donde quedaron detenidos. La brutalidad con que actuó la Guardia de Infantería ha quedado ampliamente documentada en las publicaciones de la época. Las fotos recorrieron el mundo y fueron reproducidas muchas veces, a veces incluso ilustrando eventos que nada tenían que ver con esa noche. Años después, en un libro comprado en México, titulado *El fascismo en América*, encontré la foto de mi esposa Ana con las manos en alto, reproducción de una de las fotos que salieron en la primera plana de las revistas del momento. Pero en ese libro debajo de la foto se leía: ¡“Represión de estudiantes en República Dominicana”!

Durante los dos años anteriores había sido ayudante en el Curso de Ingreso de Física de Exactas. Dirigido por Eduardo Flichman, el curso era innovador: fue uno de los primeros intentos de introducción de la televisión en la educación universitaria. Los candidatos a ser ayudantes de ese curso en el año 66 íbamos a reunirnos el 30 de julio en el patio del edificio de Perú. A la hora convenida me dirigí hacia allá, pensando que posiblemente no iba a poder entrar pero que iba a ver algo de lo que había ocurrido. ¡En lo de no poder entrar estaba equivocado! Junto a la entrada había un policía que me dejó pasar, sin preguntarme nada. Nos reunimos en el patio, había un fuerte olor a gases lacrimógenos y se veían bancos destrozados. Allí empecé a saber quiénes de mis amigos y amigas habían sido detenidos y dónde estaban. Por la mañana había tratado de hacer contacto con Claudio, pero sin éxito. Después me enteré de que estaba durmiendo. Se había escondido con su novia en el armario de un gabinete de química, y desde allí presenciaron el asalto de la Guardia. Por la mañana salieron pasando frente a los policías sin que nadie los tocara.

Lo que siguió es también conocido. En Exactas hubo renunciadas masivas: la presentaron dieciocho de los veinte profesores con dedicación exclusiva del Departamento de Física, posiblemente el porcentaje más alto de renunciados entre todos los de la Facultad. La gran mayoría finalmente encontró trabajo fuera del país. Los estudiantes avanzados empezamos a organizarnos de forma inmediata. Hubo reuniones donde se discutía qué hacer y cómo enfrentar a la intervención. Los que íbamos a ser ayudantes de ingreso dábamos clase en forma clandestina en iglesias, casas y locales prestados por organizaciones, por cierto que corriendo un riesgo puesto que las reuniones estaban prohibidas. Y los que estábamos próximos a terminar los estudios nos empezamos a plantear no ya la conveniencia sino la necesidad de irnos del país.

Al comenzar 1967 mi objetivo era recibirme y marcharme al exterior para hacer un doctorado, lo antes posible. El clima era opresivo. Me faltaba cursar dos o tres materias, dar algunos exámenes finales y el trabajo de seminario. Entre las materias que me faltaban estaba Mecánica Estadística, dictada por Félix Cernuschi, profesor en la Facultad de Ingeniería. Cernuschi era uno de los primeros físicos argentinos de reconocido nivel internacional, tenía más de 60 años (que me parecía entonces una edad muy avanzada) y no renunció pero se negaba a entrar a Exactas. Teníamos que ir a verlo a la Facultad de Ingeniería. Fui a consultarlo un par de veces con preguntas, estudié el texto y aprobé la materia. Resultó mucho más difícil hacer el trabajo de seminario porque hacía falta un padrino o una madrina de seminario, alguien que me pudiera dirigir. En la Facultad no quedaba casi nadie capacitado para asumir tal papel, me veía obligado a pedirle a alguien de otra institución, por ejemplo de la CNEA. Un padrino externo no era inusual antes de la intervención, pero en ese momento la mayoría de los físicos se negaban a pisar la Facultad y rehusaban tomar examen allá, un acto que llevaba implícito el reconocimiento de las nuevas autoridades. Tras intentar en varios lugares sin éxito, di con Juan Flegenhaimer, quien dirigía la planta de reprocesamiento de la CNEA, en Ezeiza. Era un excelente científico y muy buen director de seminario, y aceptó dirigirme con la condición de no tener que pisar la Facultad ni tomarme examen. Cuando terminé el trabajo revisé mis resultados, aprobé la carpeta, y me deseó mucha suerte. Me tomó examen "Pipo" Westerkamp, uno de los dos profesores de Física que se habían quedado en la Facultad y de quien se sabía que apoyaba a los militares. Lo habían nombrado jefe del Departamento, y andaba con un manojo enorme

de las llaves de todos los laboratorios abandonados, por lo que lo apodábamos “San Pedro”. Años más tarde nos volvimos a encontrar en circunstancias muy diferentes. Uno de sus hijos estuvo preso durante varios años durante la dictadura del 76 y Pipo se volvió no solo opositor de los militares, sino también un defensor incansable y muy valiente de los derechos humanos durante las épocas más difíciles de la dictadura.

Mientras cursaba las últimas materias y rendía exámenes, enviaba solicitudes de ingreso a cuanta escuela de graduados con programas de Física Nuclear había descubierto. No me acuerdo de cómo me enteré de la existencia de la mayoría de estas universidades, ino era tarea trivial en esas épocas anteriores a Internet! No recuerdo tampoco haber enviado notas similares a universidades fuera de EE.UU. Algunos de mis compañeros también indagaban en Europa. Esperaba ansiosamente al cartero, sabiendo que en el correo las cartas podían perderse con facilidad. Fue de gran ayuda que algunos de nuestros profesores retomaran contactos con la Academia de Ciencias de EE.UU. y consiguieran un compromiso de colocar a unos cincuenta estudiantes de física argentinos en escuelas de graduados de universidades de ese país. Un día llegó un sobre más abultado de lo habitual: había recibido una respuesta afirmativa de una universidad con un buen programa de Física Nuclear, la Western Reserve University (hoy Case-Western Reserve) en la ciudad de Cleveland. Lo aceptaron también a Claudio y empezamos la correspondencia con la persona a cargo de los estudiantes extranjeros. De repente me llegó otra aceptación, de la Universidad de Maryland. ¿Cómo elegir entre las dos? No tenía idea de qué manera funcionaban las universidades estadounidenses, y mucho menos su sociedad. Lo resolví basándome en una ojeada rápida al mapa. La de Maryland quedaba al lado de la ciudad de Washington y pensé que debía ser más interesante vivir cerca de la capital del país que en Cleveland, que parecía alejado de todo. Llevo más de cuarenta años en EE.UU., nunca visité Cleveland a ver qué es lo que me perdí, ipero estoy convencido de que mi intuición fue acertada! Claudio terminó haciendo el doctorado en la Universidad de Brandeis, cerca de Boston, y mis amigos Enrique Caponi y Marylin Zales, quienes se casaron mientras estudiábamos, y yo lo hicimos en la de Maryland.

Por entonces, luego de ocho años en la Argentina, mis padres tenían muchas ganas de visitar el país donde habían pasado la mayor parte de sus vidas y de volver a ver a sus amigos. Un afloje general del régimen comunista en Hungría, acompañado por cierto acercamiento con los países de

Occidente, hizo factible una visita que no hubiera sido posible pocos años antes. En enero del 67 partieron a visitar Hungría y a sus amigos que seguían en Europa. Mi padre había adelgazado mucho antes del viaje, pero no le dio gran importancia y pudo disfrutar de los reencuentros. Al regresar, el médico inicialmente le diagnosticó cálculos de vesícula pero encontró un cáncer de páncreas, inoperable en ese momento. Falleció el 26 de agosto de 1967, el mismo día en que yo debía abordar el avión para EE.UU. a fin de empezar mis estudios de doctorado.

Recuerdo esa época como de gran tristeza. La partida de muchos de mis amigos se sumaba al fallecimiento de mi padre, inesperado por la relativamente joven edad de 62 años. Para llegar a tiempo a comenzar el semestre en Maryland hubiera tenido que viajar pocos días después de su muerte, pero mi ánimo no estaba como para comenzar una nueva vida en un lugar desconocido apenas transcurrido tan poco tiempo. Y como era hijo único, sentía que tampoco podía dejar sola a mi madre, quien acababa de perder a su pareja de toda la vida. Decidí postergar el comienzo de los estudios por un semestre.

Me encontré con un título, sin trabajo y sin nada que hacer. Un amigo me consiguió un trabajito de encuestador, pero dos semanas más tarde encontré algo mejor. Uno de mis compañeros había hecho su trabajo de seminario en el Instituto Argentino de Radioastronomía (IAR), trabajando con el radiotelescopio que había sido instalado poco antes en el Parque Pereyra Iraola, cerca de La Plata. Hice contacto con Carlos Varsavsky, uno de los profesores renunciando de Exactas, quien había originado el proyecto del telescopio y que era el director del IAR, que funcionaba bajo el Conicet. Le expliqué mi situación y Varsavsky me empleó, a condición de que me encargara de hacer las observaciones astronómicas de los fines de semana y que cambiara mi orientación: en vez de Física Nuclear debía estudiar Astronomía. Su última condición fue algo que de todos modos era mi intención: que luego de obtenido mi doctorado volviera a trabajar a la Argentina.

Viajé a mitad de enero de 1968, haciendo una parada primero en Chile para visitar amigos emigrados y después en Boston para pasar unos días con Claudio y Susi, ya casados. La elección de la Universidad de Maryland resultó acertada por un motivo que no podía anticipar cuando tomé la decisión de estudiar allí. Empecé mis estudios del doctorado en Astronomía en febrero; me enteré luego de que el programa de Astronomía de la Universidad de Maryland era considerado uno de los mejores de EE.UU. en esa especialidad.

Mientras estudiábamos me casé con Ana Lajmanovich, la chica que aparece con las manos en alto en las fotos de la Noche de los Bastones Largos. Nuestra hija Gabriela nació al año siguiente. Concluimos el doctorado, Ana en Matemáticas y yo en Astronomía, a principios del 74 y, de acuerdo a mi compromiso con Carlos Varsavsky, volvimos a la Argentina un par de meses después. Vivimos en la Argentina de mayo de 1974 a febrero de 1976, menos de dos años pero llenos de acontecimientos dramáticos. Uno de los pocos momentos buenos de nuestra estadía en el país fue el del nacimiento de nuestro hijo Esteban. La familia se completó posteriormente en EE.UU. con Daniel, nuestro hijo menor.

A principios del 76, unas seis semanas antes del golpe militar, volvimos a EE.UU., donde la Universidad de Maryland me había ofrecido un puesto de postdoc. La estadía, que en principio iba a ser de un año, se extendió primero a dos por la situación política de la Argentina, y luego, a raíz del secuestro y desaparición de mi cuñada Teresa, se hizo indefinida. Durante la segunda mitad de la década de 1970, Ana trabajaba en el Banco Interamericano de Desarrollo y yo en la Universidad de Maryland, pero la parte más intensa de nuestra vida giraba alrededor del apoyo que tratamos de dar a la campaña por los derechos humanos en la Argentina. En 1984, con la llegada de la democracia, consideramos regresar a la Argentina, pero para ese entonces los dos teníamos trabajo, hijos en la escuela y una vida organizada en EE.UU. El regreso involucraba demasiada incerteza para una familia con tres hijos en edad escolar y decidimos seguir allá. Desde entonces visitamos la Argentina frecuentemente (dos y hasta tres veces al año en los últimos tiempos), con nuestros hijos cuando es posible, y ahora también con nuestros nietos.

A veces me pregunté cómo hubiera sido mi vida si no hubiera habido una Noche de los Bastones Largos. En uno de sus cuentos más conocidos, *El jardín de los senderos que se bifurcan*, Borges describe al Universo como una serie de tiempos que se bifurcan y que a través de esas divisiones presenta infinitas posibilidades. Es posible que en el Universo de Borges exista una bifurcación en la historia argentina en la cual el presidente Illia termina su mandato, entrega el poder al próximo presidente electo y nadie jamás escucha hablar de la Noche de los Bastones Largos. En esa versión de la historia de la Argentina posiblemente me hubiera ido al exterior para perfeccionarme y a los pocos años hubiese vuelto, para vivir el resto de mi vida en el país. Pero en la realidad los humanos tenemos una sola vida y no podemos saber qué sucede en los universos paralelos de esas bifurcaciones,

si las hay. Tal como se dio, la Noche de los Bastones Largos provocó una bifurcación fundamental en mi vida y en la de muchos de mis compañeros. Existe un antes y un después, y no existe continuidad entre los dos. Lo que pasó esa noche me lanzó en una dirección que no había anticipado, y que ni siquiera me hubiera imaginado antes. Y creo que lo mismo le sucedió al país. La Argentina no volvió a ser la misma luego de esa noche, que fue presagio de un período mucho más nefasto.



Tomás Esteban Gergely

Licenciado en Física (UBA) en 1967. Ph. D. en Astronomía por la Universidad de Maryland (EE.UU.) en 1974. Investigador del Conicet; investigador asociado de la Universidad de Maryland. Vicedirector, Investigaciones Solares (NASA). Director del Programa de Gestión del Espectro de Radio (NSF). Delegado en ocho Conferencias Mundiales de Radio de la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) entre 1987 y 2012. Premios por Servicio Sobresaliente y al Servicio Meritorio de la NSF.

Después de la Noche de los Bastones Largos

Hugo Alberto Malajovich

Cuando se produjo la Noche de los Bastones Largos estaba terminando mis estudios en Exactas. Me faltaban tres exámenes y presentar mi tesis para recibirme de licenciado en Ciencias Geológicas. Y también trabajaba en el Departamento de Televisión Educativa.

Había entrado en la Facultad en 1960, después de finalizar mis estudios secundarios en el Colegio Nacional Sarmiento, donde participé activamente en el movimiento estudiantil y fui presidente del Centro de Estudiantes, representante en la Federación Metropolitana de Estudiantes Secundarios (en 1958, durante las luchas de laica y libre), y secretario de prensa y propaganda de la Confederación Argentina de Estudiantes Secundarios.

En 1959 organizamos un seminario de Orientación Vocacional para estudiantes del colegio y convidé a profesores de diferentes carreras de la UBA: Manuel Sadosky, Florencio Escardó y Juan Cuatrecasas, entre otros. A partir de esos contactos, y probablemente también por influencia de mi hermano Mario, estudiante universitario de Matemáticas, decidí hacer el Curso de Ingreso para la Facultad de Ciencias.

Resolví estudiar Geología, y al poco tiempo entré en el Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales. Ayudé a formar un grupo reformista independiente (de los partidos políticos) por el cual fui electo secretario general en 1962. El Centro de Estudiantes en esa época era un hervidero de ideas, debates y análisis. Se editaba la revista científica *Holmbergia*, se hacían campamentos en el sur del país, festivales de cine, música, y se discutían temas universitarios y nacionales. Y allí conocí a Tonica (María Antonia Muñoz), estudiante de Biología y desde entonces mi constante amiga, compañera y esposa.

Paralelamente a mis estudios, comencé a trabajar en 1964 en el recién creado Departamento de Televisión Educativa, que preparaba y transmitía clases del Curso de Ingreso a la Facultad, como asistente técnico del curso de Geología y después instructor de Medios Audiovisuales, productor-director de cursos y jefe de producción.

El Consejo Directivo de la Facultad tenía una composición tripartita-paritaria (ocho profesores, cuatro graduados y cuatro estudiantes). En las elecciones de 1965 fui electo uno de los tres representantes de los estudiantes por la mayoría reformista. Participé de los organismos de gobierno de la Facultad, de su Comisión de Enseñanza, de las elecciones para el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, y como delegado estudiantil en concursos de profesores.

El Consejo Directivo de la Facultad estaba reunido la noche del 28 de junio de 1966, fecha en que se produjo el golpe militar del general Onganía que derrocó al gobierno constitucional del presidente Illia. Cuando un estudiante me avisó que había movimiento de tropas en la ciudad, interrumpí la reunión y propuse que el Consejo se declarase en sesión permanente y nos preparásemos para defender la autonomía universitaria.

Recuerdo que esa misma semana salimos una noche de la Facultad con Tónica (ya era mi novia), fuimos caminando por la avenida 9 de Julio y entramos a cenar en el restaurante Los 3 Patitos, en una especie de despedida de nuestra vida universitaria que pensábamos terminaría en poco tiempo. Sabíamos que nos esperaban momentos difíciles si se producía la intervención a la Universidad y discutimos, mientras comíamos un pato asado (muy bueno, pero con sabor de triste), cuál sería nuestro futuro inmediato. ¿Podríamos recibirnos rápidamente ya que estábamos los dos en el último año de nuestras carreras? En poco tiempo sabríamos la respuesta.

Como delegado estudiantil, yo participaba en las reuniones que se realizaban para discutir la situación, estudiar la mejor estrategia a seguir para defender la Facultad y mantener un sistema de movilización estudiantil de emergencia.

El 29 de julio ya se sabía que el gobierno de facto preparaba la intervención y ocupación de la Universidad. Como en otras facultades, los estudiantes de Ciencias Exactas resolvimos tomar la Facultad y organizar su resistencia. El Consejo Directivo se constituyó en sesión de emergencia, y la gran mayoría de sus integrantes (con la excepción del delegado estudiantil por la minoría humanista, que se abstuvo) apoyaron la actitud del decano Rolando García de

no aceptar ni reconocer la intervención. Profesores, graduados y estudiantes se concentraron en la Facultad. Después de dejar salir a los que quisieron, se cerraron las puertas y se analizó qué actitud tomar.

Los estudiantes hicieron una asamblea en el Aula Magna, que yo presidí. Se discutió largamente cómo actuar frente a una eventual invasión del ejército y la policía. Muchos proponíamos resistir pacíficamente para mostrar nuestra decisión de defender las conquistas universitarias y oponernos a la intervención. No todos estaban de acuerdo y se debatió mucho, hasta que llegó la información de que el Centro de Estudiantes de Medicina había decidido desocupar su Facultad, otras estaban haciendo lo mismo, y solo Exactas y Filosofía permanecían ocupadas. En ese momento comenzó a ganar fuerza la opinión de desocupar también Exactas. Se resolvió, por último, que se transmitiera esta información a los profesores y graduados que estaban reunidos en el Decanato e invitarlos a salir también.

Junto con los otros dos delegados estudiantiles, fui a comunicar a Rolando García la propuesta de los estudiantes. “¡Yo me quedo!”, dijo Rolando. “¡Yo también!”, le respondí. Y los otros delegados dijeron que harían lo mismo.

Cuando comunicamos a la asamblea que todo el Consejo Directivo, profesores, graduados y los tres delegados estudiantiles habíamos decidido permanecer en la Facultad ocupada, se resolvió por abrumadora mayoría tomar la misma actitud. A partir de ese momento, los integrantes del Consejo Directivo nos mantuvimos reunidos en el Decanato junto con diversos profesores mientras los estudiantes permanecían en varias aulas de la planta baja (el Aula Magna, con grandes ventanales, estaba muy expuesta a ataques externos).

A eso de las 10 de la noche se escucharon sirenas de los carros de asalto que cercaban la Facultad y algunas explosiones. Junto con otros estudiantes, Tónica entró en el decanato con sus largos cabellos empapados de gas lacrimógeno y me abrazó. Al poco tiempo estábamos todos llorando.

Fuimos para el patio para ver lo que pasaba. La Guardia de Infantería había quebrado las puertas de Perú 222 y estaba entrando. Resolvimos que todos teníamos que salir con las manos en alto y no resistir.

El resto de lo que sucedió esa noche es conocido y fue relatado muchas veces: nos hicieron bajar a todos al patio frente al Aula Magna, nos colocaron contra la pared y mientras nos gritaban “asesinos”, como borrachos o drogados, hicieron un simulacro de fusilamiento y después tuvimos que

pasar entre una doble fila de agentes que golpeaban salvajemente con sus bastones largos o a patadas a todos, mujeres, profesores y estudiantes, para entrar en el Aula Magna, atravesarla y embarcarnos en los camiones celulares para ser conducidos a distintas comisarías.

Yo fui llevado a la Comisaría 1º, en la calle Lavalle. Después de identificarnos a todos, fueron liberando a los profesores y graduados. A los estudiantes nos llevaron a una celda colectiva donde resolvimos organizarnos para controlar si después todos éramos puestos en libertad. Hicimos listas y decidimos que cuando cada uno saliese, llamaría a un teléfono para confirmar su liberación. Se resolvió que llamarían a mi casa. Pero todos fueron saliendo y yo fui el único que permaneció detenido por más tiempo. Me pusieron en un calabozo individual hasta que vino un juez, y luego me interrogaron sobre mi militancia estudiantil.

Cuando al día siguiente llegué a mi casa, mi hermano menor me dijo que un grupo de más de veinte locos había estado llamando y dejando sus nombres. Comenzó entonces un intenso período de manifestaciones callejeras y asambleas estudiantiles en diversos lugares de la ciudad (generalmente en iglesias); organizamos una campaña para que se reabriese la Facultad y se reiniciasen las clases.

Como consecuencia de la Noche de los Bastones Largos, gran cantidad de profesores y docentes de la Universidad renunciaron, sobre todo en Exactas, con gran repercusión internacional. Tonica y yo también renunciamos a nuestros cargos docentes.

Los profesores y graduados renunciantes procuraban un trabajo en otros países. No fue fácil para nadie abandonar sus carreras e intentar reconstruirlas en el extranjero. Gran parte emigró para países vecinos, pensando en poder volver cuando se acabase la dictadura militar. Pero los estudiantes que estábamos terminando nuestra graduación, especialmente los que habíamos tenido actuación destacada en la Universidad democrática ahora en proceso de destrucción, nos encontramos en una situación muy complicada.

Una vez reiniciadas las clases, Tonica tuvo que vencer situaciones difíciles para dar sus últimas materias: le postergaban repetidamente los exámenes y tuvo que enfrentar la mala voluntad de la mayoría de los profesores. Finalmente consiguió recibirse en enero de 1967.

En mi caso la situación era más ardua: estaba considerado uno de los líderes del período anterior y en el Departamento de Geología no me

perdonaban mi actuación crítica hacia los profesores mediocres, que ahora estaban en el gobierno de la Facultad. El decano y el vicedecano interventores (Quartino y Zardini) eran de Geología y me había enfrentado violentamente con ellos. Y había regresado como jefe del Departamento un profesor que tuvo que irse de la Facultad al no ser aprobada la renovación de su cargo de titular de Petrografía en un concurso en el cual actué como representante estudiantil.

Fue el primer caso en la Universidad de Buenos Aires que no se renovaba un cargo de profesor titular, y atribuyeron a mi participación ese desenlace.

Conseguí aprobar una de las materias que debía, Física II, en enero de 1967. Cuando en marzo me presenté a rendir otra materia, Química Inorgánica II, noté que algo raro pasaba en la sala en la cual se daba el examen: venían repetidas veces a observarme mientras hacía mi prueba y pude reconocer a un estudiante con el que me había enfrentado en el pasado y que sospechábamos colaboraba con la policía. Finalmente trajo al profesor de la disciplina y me señaló ostensiblemente. No me quedaron dudas sobre el resultado de ese examen.

Pero lo peor vendría poco después. Fui a Geología para fijar la fecha de otro examen, y cuando intentaba llamar por el teléfono desde la secretaría al profesor de la materia, escuché que en el laboratorio contiguo se llevaba a cabo una reunión de profesores que mencionaban mi nombre y preguntaban entre risas al jefe del Departamento si ya había conseguido ajustarme las cuentas. En ese momento entré en el laboratorio, para gran sorpresa de los presentes, y lo atravesé hasta la salida.

Mi otro problema era la tesis de licenciatura, cuyo trabajo de campo había realizado en Uspallata, Mendoza, antes de la intervención, bajo la orientación del profesor Félix González Bonorino, uno de los geólogos más destacados de la Argentina y anterior jefe del Departamento de Geología. Bonorino se había ido a Chile junto con un grupo de cerca de setenta profesores renunciando de Exactas.

Las muestras (rocas) de mi tesis las había dejado clasificadas en dos cajones en el laboratorio de Cristalografía para hacer el estudio microscópico. Un día descubrí que mis muestras estaban siendo trasladadas y colocadas cerca de la salida, atrás de una puerta. Por precaución, pensando que podrían hacerlas desaparecer, las llevé a la antigua sala de Rubén Cucchi, uno de los docentes renunciando, y las escondí debajo de su mesa. Pocos

días después, una alumna que estudiaba en esa sala me comentó que en el Departamento habían estado buscando frenéticamente mis muestras. Le preguntaron si las había visto, a lo que respondió negativamente sin saber que estaban cerca de sus pies.

Quedó muy claro para mí que no conseguiría recibirme en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

El grupo de Televisión Educativa de Exactas había renunciado en pleno después de la intervención, y una parte estaba siendo contratada por el Ministerio de Educación Pública de Chile para desarrollar un proyecto de perfeccionamiento de profesores de Ciencias. Manolo Calvelo, el director del grupo, me había invitado insistentemente a ir con ellos a Chile. Como yo quería y tenía esperanzas de poder recibirme en la Argentina había decidido quedarme.

Pero en marzo de 1967, viendo que no me permitirían concluir mis estudios en la Facultad, resolvimos con Tonica irnos para Chile. Mis planes eran trabajar en TV Educativa mientras terminaba mi carrera en la Facultad de Ingeniería y Ciencias de la Universidad de Chile, donde ya estaban Bonorino, Romero, Herrera y otros profesores argentinos. Tonica se incorporaría como bióloga en el mismo equipo de TVE.

En abril nos casamos y partimos para Chile. En mayo comencé a trabajar como experto en medios audiovisuales en el Ministerio de Educación, y después como productor/director en el futuro canal de Televisión Nacional de Chile.

Solicité la reválida de mis estudios de Geología en la Universidad de Chile. Tuve que presentarme ante un jurado de ocho profesores y pasar por un examen general de todas las materias que había cursado en la Argentina. Me aceptaron con concepto sobresaliente y comencé a cursar (nuevamente) las últimas materias de la carrera. Aprobé Geofísica y Petrología, me faltaba ahora Geología Económica y la tesis, que había decidido hacerla sobre la enseñanza de Geología con Bonorino como orientador. Como extranjero, ya no intervenía en la política estudiantil.

Los profesores argentinos renunciando de Exactas participaban activamente de la vida académica, y por su nivel científico y experiencia comenzaron a ocupar posiciones destacadas en la Universidad de Chile (lo que no les gustaba mucho a algunos profesores chilenos).

Nosotros, que estábamos en el Ministerio de Educación, teníamos con el grupo universitario argentino relaciones de amistad y sociales. Se había

creado una mutual de salud, y se realizaban muchas reuniones y fiestas. Manteníamos contacto con los ex profesores y docentes de la Universidad de Buenos Aires a través de un canal de comunicación coordinado por Julio B. Simón (ex secretario de Exactas y nuestro padrino de casamiento) e imprimíamos en un mimeógrafo manual en nuestra casa un boletín informativo que enviábamos por correo a los diferentes países donde se habían establecido los renunciantes.

Periódicamente recibíamos la visita en Santiago del ex decano Rolando García, con el cual llegamos a establecer una relación de amistad que se mantuvo también en las diversas ciudades donde coincidimos para vivir: Santiago de Chile, Buenos Aires, Ginebra, Ciudad de México, Río de Janeiro.

En septiembre de 1968 nació nuestro hijo Gregorio. En enero de 1969 el gobierno chileno, presionado por el ejército y grupos universitarios de derecha, expulsó del país a catorce de los setenta profesores argentinos acusándolos de espías de Onganía y de agentes comunistas (?). Nos solidarizamos con ellos, los ayudamos a levantar sus casas y resolvimos volver a la Argentina.

Fui a comunicar esto al director del Canal de Televisión de Chile (dirigente demócrata cristiano y ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile) y a decirle que preferíamos volver donde, si recibíamos golpes, sabíamos por qué y cómo defendernos. Trató de disuadirme: "Aquí no pasan esas cosas, detrás de cada fusil hay un soldadito chileno para defender la democracia". Respondí que esas cosas no pasan hasta que comienzan a pasar. Pocos años más tarde vimos cómo en Chile pasaron cosas peores.

En febrero regresamos a Buenos Aires. Comencé a buscar trabajo en algún área relacionada con educación y utilización de medios audiovisuales. La Geología se había acabado para mí.

Por indicación de Manuel Sadosky llegué a ORT Argentina, que formaba parte de World ORT, una organización filantrópica internacional de escuelas técnicas de origen judío, que estaba en un proceso de renovación y en la que ya trabajaban algunos renunciantes de la UBA.

El director de World ORT para América Latina, Bernard Wand Polak, me contrató en marzo de 1969 como director de Estudios, Programas y Métodos Educativos de la Escuela Técnica ORT de Buenos Aires (una especie de director pedagógico y vicedirector). Ayudé a elevar el nivel de los estudios de la escuela, especialmente en Ciencias, donde tuve la posibilidad

de trabajar con otros ex docentes de Exactas, Isabel Norscini, Juan Carlos Frenkel, Rebeca Muller, Agustín Rela y Sarita Rietti, entre otros.

En diciembre de 1972 nació nuestra hija Nuria.

En 1974 fui designado director del Instituto de Tecnología Educativa de ORT Argentina. Dirigí la instalación de un circuito cerrado de televisión en la escuela, dicté cursos y seminarios sobre medios audiovisuales para profesores de ORT y de otras escuelas, y representé a ORT Argentina en diversas reuniones y congresos internacionales. Viajé a Israel varias veces para acompañar grupos de estudiantes y también para participar de seminarios científicos y educativos.

También tuve la oportunidad de acompañar a Daniel Mayer, presidente de World ORT y de la Liga Internacional de los Derechos del Hombre, miembro de la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, cuando visitó Buenos Aires.

La situación en la Argentina se deterioraba cada vez más y se producían atentados, persecuciones políticas y secuestros. En enero de 1975, la policía llevó a cabo allanamientos para encontrar a algunos de los que, diez años antes, habíamos sido detenidos durante la Noche de los Bastones Largos. Un grupo armado con ametralladoras me estuvo buscando en casa de mis padres y después en nuestra casa. Afortunadamente, estábamos de vacaciones en Valeria del Mar y no nos encontraron. De vuelta a Buenos Aires, no me presenté a la policía.

A fines del mismo año, World ORT me ofreció el cargo de director de la escuela ORT en Brasil. Resolvimos aceptar y otra vez nos fuimos del país (Bernard Wand Polak contaba después que me sacó de Buenos Aires salvándome de ser secuestrado. No sé si fue verdad, pero cada vez los secuestros llegaban más cerca de nosotros).

En febrero de 1976 asumí la dirección del Instituto de Tecnología ORT de Río de Janeiro. Nuevamente enfrentábamos, ahora con dos hijos pequeños, el desafío de instalarnos y adaptarnos a otro país.

En 1978 fui designado director de ORT Brasil, función en la cual me dediqué desde entonces a reestructurar, modernizar y expandir la escuela de Río, construir un nuevo edificio, instalar su primer Centro de Informática, elaborar e implementar nuevos cursos y proyectos, y transformar el Instituto de Tecnología ORT en un Colegio de Ciencia y Tecnología, considerado actualmente uno de los mejores de Río de Janeiro.

Impulsé la creación de nuevas carreras técnicas de Informática,



Biotecnología y Comunicación Social, cursos libres de Programación, Hardware y Robótica, cursos de Introducción a la Tecnología en la enseñanza primaria y la instalación del Núcleo Experimental de Educación Ambiental, un campus avanzado de ORT en la sierra de Petrópolis.

Fui responsable de la implantación del Sistema Abierto de Educación a Distancia que entrenó, entre 1980 y 1992, más de treinta mil personas de bajo nivel de escolaridad de sectores carentes de la población, a través de cursos gratuitos de calificación profesional en doce Estados de Brasil. Efectué los contactos y gestiones para obtener el apoyo financiero de la Fundación Van Leer de Holanda, del Ministerio de Cooperación Económica de Alemania, de la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional y de la Comunidad Económica Europea, y viajé por casi todo Brasil para firmar convenios con los ministerios de Educación y de Trabajo y con las diferentes secretarías estaduais de educación. Este sistema de educación a distancia fue más adelante adaptado y adoptado por las ORT de México, Chile y Uruguay.

Dirigí proyectos de entrenamiento en operación y mantenimiento de terminales de trigo y soja en el puerto de Río Grande en Río Grande del Sur y de contenedores en el puerto de Sepetiba en Río de Janeiro.

Coordiné las negociaciones para volver a crear en 1985 ORT en San Pablo, e instalar laboratorios de informática en nueve escuelas de San Pablo y Porto Alegre.

Fui profesor de numerosos cursos sobre medios audiovisuales en la enseñanza, tecnología educacional y educación técnica y de ciencias en la Argentina, Chile, Brasil y Uruguay. Produje audiovisuales, películas y programas de televisión educativa, publiqué artículos especializados y actué como consultor en gestión y planeamiento educacional y en diseño de laboratorios escolares.

Soy coautor del libro *História da ORT Brasil, 60 Anos Educando para a vida*, publicado en 2005.

Representé a ORT Brasil en reuniones internacionales en Israel, Inglaterra, Suiza, Holanda, Estados Unidos, Argentina, Chile, Uruguay, México y Francia. Mantuve inspiradores contactos con personalidades internacionales, como el biofísico Efraím Katzir, cuarto presidente de Israel y científico jefe del Instituto Weitzman, que fue quien nos recomendó introducir Biotecnología en ORT; el físico mexicano Marcos Moshinsky, el filósofo inglés Isaiah Berlin, el físico brasileño Moysés Nussenzveig, el biofísico

francés Jean de Gunzburg, la química inglesa Lady Anne Chain, y recientemente los israelíes Dan Shechtman y Ada Yonath, ambos premios Nobel de Química (en 2012 y 2015, respectivamente). Cuando visitaron el Instituto de Tecnología ORT de Río de Janeiro, elogiaron el colegio y su organización, y afirmaron que “la enseñanza de ciencias está en el nivel de los mejores colegios del mundo y de muchos cursos universitarios”.

Integré el Fórum de Directores Nacionales de World ORT que se reunía anualmente en diferentes países y colaboré activamente con la Universidad ORT Uruguay con cuya directora general, profesora Charlotte de Grunberg, compartimos frecuentemente experiencias e intercambiamos informaciones.

Fui pionero en World ORT al proponer, en los años noventa, convertir sus escuelas técnicas en colegios de Ciencia y Tecnología, tendencia que recientemente comenzó a consolidarse en todo el mundo con la denominación de STEM, Science, Technology Engineering and Mathematics.

Formé parte del Vaad Hajinuj, Consejo Central de Educación Judía de la Federación Israelita de Río de Janeiro. En agosto de 2013 fui uno de los homenajeados por la comunidad judía en la Hebraica de Río de Janeiro, con el trofeo “Homens de Ação, Homens de Valor”.

Después de treinta y ocho años, dejé en agosto de 2015 mi función de director de ORT Brasil, y pasé a integrar su Consejo Científico. Para todo eso conté siempre con la ayuda y el valioso apoyo de mi esposa Tónica, que coordinó las áreas de Ciencias y Biotecnología en ORT y que me estimula y nunca me deja desistir de mis proyectos.

Como muchos de los estudiantes de Exactas cuyas carreras fueron interrumpidas después de la Noche de los Bastones Largos, tuvimos que emigrar y construir y reconstruir nuestras vidas en otros países. Fue difícil pero no imposible, especialmente para los que conseguimos conservar los valores de democracia, dignidad y búsqueda constante del progreso científico que aprendimos allí.



Hugo Alberto Malajovich

Estudió Geología en la FCEyN de la UBA de 1960-1966. Fue productor de TV Educativa en la FCEyN de 1963 a 1966, director de Estudios de ORT Argentina de 1969 a 1975, y director ejecutivo de ORT Brasil de 1976 a 2015. Actualmente es el director ejecutivo de ACTE Educación y Entrenamiento en Río de Janeiro, Brasil.

Un punto de inflexión en nuestras vidas: la Noche de los Bastones Largos

Rubén J. Cucchi y Susana E. Sommer

Confieso que he vivido.
Pablo Neruda

Falta muy poco para que se cumpla medio siglo de lo que la historia conoce como la Noche de los Bastones Largos, llamada así por la longitud de los bastones que usó la policía para reprimir y escarmentar a aquellos que manifestaban su oposición a la política iniciada justo un mes antes.¹ Creemos necesario antes de abordar el tema, ubicarnos en la historia de la Universidad de Buenos Aires.

Algo de historia

En los casi doscientos años desde su fundación, la UBA pasó por diversas etapas de características muy diversas y contradictorias.² Tan diversas y contradictorias como los gobiernos que tuvo la República a lo largo de todos estos años.

En esta ocasión nos circunscribiremos a dos momentos que nos parecen pertinentes al tema que nos convoca; por una parte nos referiremos a la

1. Así fue nombrada por Sergio Morero en su libro *La noche de los bastones largos* (Biblioteca Página/12, 1996).

2. La Universidad de Buenos Aires fue fundada el 12 de agosto de 1821 y oficialmente inaugurada el 26 de agosto de 1821, en la ciudad de Buenos Aires, por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, brigadier general Martín Rodríguez, y su ministro de gobierno, Bernardino Rivadavia.

Reforma Universitaria y su importancia para el desarrollo de la etapa de la Universidad que comienza en 1955, y en segundo lugar narraremos lo que ocurrió a partir de esa fecha.

Un hito fundamental, no solo en la historia de la UBA sino en la historia de las luchas democráticas latinoamericanas, lo constituyó la Reforma Universitaria de 1918.³ Esta se inició en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina, y se extendió rápidamente a las universidades de Buenos Aires, La Plata y Tucumán, en ese momento las únicas en el país, además de la de Córdoba (la del Litoral fue elevada a Universidad Nacional en 1919), y luego por toda América Latina.

La Reforma Universitaria dio origen a una amplia tendencia en el activismo estudiantil integrado por agrupaciones de diversas vertientes ideológicas que se definían como *reformistas*. Entre sus principios se encuentran la autonomía universitaria, el cogobierno, la extensión universitaria, la periodicidad de las cátedras y los concursos de oposición.⁴

Como expresamos anteriormente, para situarnos en los antecedentes que desembocaron en la Noche de los Bastones Largos nos referiremos a lo que sucedió en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales a partir de 1955.

La figura destacada en ese momento era el ingeniero José Babini, que estuvo al frente de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales entre 1955 y 1957, y cuya designación fue promovida por la acción de un importante grupo de universitarios, profesores, graduados y estudiantes. Fue un período breve, pero no por eso menos fecundo, pues echó las bases fundacionales

3. Tulio Halperín Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires* (Eudeba, 1962).

4. Autonomía universitaria: se refiere a la capacidad de cada institución universitaria para dictar sus propios estatutos y reglamentos, diseñar, aprobar y organizar carreras, disponer y administrar sus bienes y rentas, organizar sus servicios, nombrar y remover a su personal docente y administrativo con sujeción a normas legales y reglamentarias pertinentes. Todo ello asegura cierto grado de independencia ante las presiones ejercidas por la sociedad civil y los grupos de poder. Ingreso irrestricto: garantiza el derecho a la educación y permite, a todo ciudadano que así lo desea, acceder a la formación superior, restringiendo el examen de ingreso eliminatorio. Acceso de los docentes a sus cargos por concurso público de antecedentes y oposición por un período establecido. Reconocimiento de los centros de estudiantes elegidos democráticamente: esta representación de los estudiantes permite su participación directa en la vida académica. Cogobierno de la institución, constituido por todos los claustros (estudiantes, docentes y graduados): tiende primordialmente a asegurar la participación activa de los estudiantes en la enseñanza y su específica representación, con voz y voto, en los órganos de gobierno. La participación de los tres claustros o estamentos es una conquista de la Reforma que promueve el diálogo entre los distintos actores, el debate de ideas y el consenso en reemplazo del autoritarismo por la democratización de la vida académica.

para el desarrollo de la ciencia argentina e introdujo una visión innovadora en la organización académico-administrativa de la Universidad.⁵

Así, en el año 1956 se realizan las primeras elecciones internas para designar consejeros en sus tres niveles: profesores, graduados y estudiantes, quienes compondrán la primera Junta Consultiva de la Facultad. En palabras de Babini, esa Junta constituyó un hecho totalmente nuevo pues era la primera vez que los egresados formaban parte de un gobierno universitario. Además, subrayó que esta colaboración significaba un verdadero ensayo a tener en cuenta en la redacción del próximo Estatuto Universitario.

En efecto, se instituye la organización departamental de las actividades de la Facultad, se establece la duración por semestres del dictado de las materias, se organizan los departamentos de Extensión Universitaria y de Graduados, se llama a concurso de profesores y se designan las comisiones asesoras para dichos concursos, y se crean nuevos departamentos como los enunciados más los de Matemática, Física, Geología; en fin, una verdadera revolución.

La institución de los cursos de ingreso no solo fue una necesidad por la deficiencia de la enseñanza secundaria sino que además contribuía a promover las actividades que desarrollaba la Facultad a través de visitas a los colegios nacionales. Todo ello con el apoyo consistente y el respaldo de la juventud estudiantil consustanciada con los cambios que ocurrían en el país en aquellos años, sin perder de vista su propia concepción libre y democrática que la llevó a proceder sin caer en revanchismos y respetando las libertades académicas. Por ello se la puede considerar como la Segunda Reforma Universitaria.⁶

La época de Rolando García

Los años del decanato de José Babini fueron sumamente fructíferos y, al finalizar su ciclo, se hizo cargo del decanato de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales el doctor Rolando V. García a través de las elecciones realizadas el 13 de noviembre de 1957.⁷

5. José Babini (Buenos Aires, 10 de mayo de 1897-18 de mayo de 1984) fue un historiador de la ciencia, ingeniero y matemático, un demócrata cabal y un luchador incansable por las libertades republicanas.

6. Rubén J. Cucchi, *Los años del decanato de José Babini* (Inédito).

7. Rolando García (Azul, provincia de Buenos Aires, 20 de febrero de 1919-15 de noviembre de 2012) fue un científico referente de la historia de la ciencia argentina.

Rolando, como todo el mundo lo llamaba, tenía una gran capacidad ejecutiva y a sus cualidades de análisis y síntesis se unía un gran manejo de la información; de ahí que uno de sus mayores méritos haya sido la pericia con que pudo superar la oposición que venía de sectores considerados de la derecha, en especial de algunos grupos vinculados a la Química Orgánica y Analítica.

Cuando los estudiantes presentaban, en ejercicio de sus derechos, alguna posición en disidencia, luego de escucharlos les preguntaba: “¿Y cuál es la solución que proponen?”. Es decir, que si se planteaban críticas había que formular alguna salida para superar la situación planteada.

Otro enorme desafío eran los inconvenientes que ocasionaba la llamada Ley de Contabilidad, según la cual los fondos estaban atados a rígidas restricciones y que todo lo que se hiciera sin seguir esas pautas era considerado malversación. Al respecto, circulan dos anécdotas ligadas al grupo de TV Educativa, en la que el físico Eduardo Flichman y el estudiante de Geología Manuel Calvelo Ríos, entre otros, tuvieron un desempeño destacado: el de designar las mesas como “soportes antigravitatorios” y a los grabadores o máquinas de escribir como “transcriptores de fonemas” de manera de salvar inconvenientes derivados de aquella ley.

Por supuesto que la ejecutividad de Rolando contó con el apoyo no solo de profesores, graduados y estudiantes, especialmente en las actividades académicas, sino con el de versadísimos asesores en el campo del manejo administrativo contable, experticia que ayudó muchísimo en esa tarea específica del gerenciamiento universitario.

Las críticas provenían tanto de la derecha como de la izquierda: esta imputó a los que dirigían la Facultad de “cientificistas”, pero fueron los ataques de la derecha los que más daño hicieron, sobre todo a continuación de la Noche de los Bastones Largos, cuando los grupos que tomaron el control de la Facultad se destacaron por su adhesión y participación en la persecución subsiguiente a aquel lamentable suceso.

También desataron grandes críticas las cuestiones relacionadas con la aceptación de subsidios, tanto de organismos nacionales como extranjeros, para el reequipamiento de la Facultad. Sin embargo, quienes hacían los cuestionamientos desconocían que las especificaciones técnicas eran preparadas por gente de la misma Facultad y dentro de cada Departamento, gente que además era responsable por la correcta adjudicación de las diferentes propuestas. No podemos desconocer que mucho de este reequipamiento recién llegó a la Facultad mucho tiempo después de la Noche de los Bastones Largos.

Por esto creemos conveniente una pequeña digresión. Es interesante recordar que varios años atrás, Oscar Varsavsky, en tanto miembro de la Junta Consultiva de la Facultad, había señalado que en reiteradas ocasiones no se aprovechaban las ofertas provenientes del exterior –derivadas en algún caso de una ley de ayuda técnica aprobada en 1957 por el Congreso de Estados Unidos–, algunas veces por ignorancia, otras por falta de información. Así como indicaba que no se podía dejar de aprovechar esta ayuda, Varsavsky también proponía la constitución de una comisión o asociación de amigos de la Facultad que se ocupara de conseguir ayuda financiera en los casos necesarios y sugería la idea de constituir un Banco de Préstamos de Honor.⁸

Volvamos a la época de Rolando. En esos años, que muchos recuerdan como la “época de oro” de la Universidad argentina, era llamativo el compromiso de los estudiantes con la Universidad y su desarrollo. Ser consejero estudiantil era una tarea honrosa, y además, en general, eran votados y elegidos los mejores alumnos, lo cual implicaba que eran respetados en tanto estudiantes por los profesores.

Esa Facultad donde nos conocimos, en la que todos participábamos, era el lugar donde estudiábamos, compartíamos aulas, laboratorios, libros y salidas al cine o al teatro. Prácticamente vivíamos en ella salvo cuando nos íbamos a nuestras casas a dormir.

Y allí nos recibimos y logramos nuestros primeros cargos hasta que el 28 de junio de 1966 una junta militar derrocó al presidente Illia y asumió el poder el general Juan Carlos Onganía.

En ese momento, una de las pocas instituciones que condenó el golpe militar fue la Universidad. Y la comunidad universitaria no dudaba que más temprano que tarde las universidades serían intervenidas. Efectivamente, el 29 de julio de 1966 se emitió el decreto 16.912, que anulaba la autonomía universitaria por lo que las autoridades universitarias, decanos y rectores, pasaban a depender del Ministerio de Educación.

Esa misma noche la Guardia de Infantería entra en las facultades de Filosofía y Letras, Ingeniería, Arquitectura y Ciencias Exactas y Naturales.

8. Oscar Varsavsky (Buenos Aires, 18 de enero de 1920-17 de diciembre de 1976). Se lo puede definir como un científico “latinoamericano” por la inserción y trascendencia que alcanzó en varios países e instituciones, consecuencia de la estrategia de difusión que implementó, consistente en crear grupos interdisciplinarios en distintos puntos de América Latina. Había reemplazado a Pedro Cattaneo por renuncia de este como consejero en la Junta Consultiva de 1956, cargo elegido directamente por Babini.

En Exactas la policía entra con sus bastones en alto e insultando, golpea a todos sin discriminar entre mujeres y varones, profesores o estudiantes, que salieron, atravesando el Aula Magna, con los brazos en alto entre una doble fila de policías que los golpeaban.

La Noche de los Bastones Largos

Era el 29 de julio de 1966, había reunión de Consejo Directivo en “la Facultad” (y sí, la de Ciencias) cuando llegó la Guardia de Infantería de la policía. La policía entró en la Facultad e hizo salir a todos a la calle. A unos les pegaron más que a otros, empezando por el decano.⁹ Luego, estudiantes y docentes fueron sacados por la puerta de Perú 222 entre una doble fila de policías y llevados a distintas comisarías de la ciudad de Buenos Aires.

Lo que cuenta Susana

A Rubén, como a otros, le pegaron en la cabeza y en la espalda, descubrimos después que tenía una costilla fisurada.

Mientras tanto, yo estaba en casa: como Adriana, nuestra hija, tenía solamente un año, solo podía ir uno de los dos a la reunión de la Facultad. Pasaban las horas y, como Rubén no volvía (no existían los celulares), traté de averiguar algo en la radio, pero era difícil saber qué pasaba así que decidí esperar que amaneciera. A las cinco de la mañana llamé a mis padres, y mientras mi mamá se quedaba con Adriana empezamos a buscar en qué comisaría se hallaba Rubén. La información era imprecisa pero finalmente lo encontramos en la comisaría 1º, donde también estaba detenido Hugo Malajovich (sus padres también indagaban sobre los trámites a realizar). Durante años evité pasar por esa cuadra de Lavalle al 400.

La policía dilataba la liberación, cada vez pedía otras referencias: que el nombramiento de la Facultad, que otro certificado, que otro papel, mientras pasaba el tiempo y ellos seguían encarcelados. Y continuaba el juego perverso, cada tanto anunciaban que ya salían y luego lo desmentían.

9. Como consecuencia, Rolando estuvo un tiempo con la mano derecha lastimada por el bastonazo que le propinó un policía.

Hoy, Rubén recuerda que mientras estaba en esa comisaría ubicada en Lavalle y San Martín se retrotrajo a lo ocurrido algunos años antes, más específicamente en 1954, cuando había sido detenido durante seis meses, desde octubre de ese año hasta marzo de 1955, en su calidad de secretario del Centro de Estudiantes de Ciencias Naturales. Que pensaba “otra vez medio año preso”, lo afligía la idea de no ver el crecimiento y la evolución de Adriana. Y eso lo desesperaba. Aunque ha transcurrido casi medio siglo desde aquel momento, jamás pudo olvidar esa angustia. La tensión en que vivió ese par de días fue tanta que no sentía el dolor de los golpes recibidos, que recién afloraría más tarde. Lo que no pudo dejar de sentir es el tratamiento avieso del poder al asegurar que la mera presentación del nombramiento de jefe de Trabajos Prácticos, que avalaba su condición de docente, le aseguraba la liberación, una situación que parecía colocar a los estudiantes que compartían el arresto en una condición desventajosa como “culpables de infracciones”, norma que les negaba el derecho ciudadano a manifestarse.

Y todo cambió...

Renunciamos a nuestros cargos, como la mayoría de nuestros colegas y amigos, y fue la primera vez que aparecimos en letras de molde en los periódicos. Y aunque nuestros padres, asustados al ver que nos quedábamos los dos sin trabajo, nos pedían que lo pensáramos, estábamos ambos de acuerdo que era inadmisibles aceptar quedarse. Mantener las renuncias nos pareció que fue mantener en pie y viva nuestra dignidad.

Y las *nuevas autoridades*, antes de aceptar nuestras renuncias, nos entrevistaron y en una parodia de comportamiento democrático nos preguntaban si deseábamos ratificar o rectificar nuestra postura. No obstante, en nuestro caso, decidieron que nuestra única opción era ratificar la renuncia, lo cual coincidía plenamente con nuestra posición y sentimientos.

Esa noche fue un punto de inflexión en nuestras vidas, en nuestros proyectos, en nuestro futuro. Y la importancia que este acontecimiento tuvo para el país, la Universidad, la ciencia, ha sido destacada por diversos autores y desde diversas fuentes como inconmensurable.

Volviendo a nuestras historias personales, estábamos por viajar al exterior a perfeccionarnos. Tanto Rubén como yo teníamos lugares acordados para seguir nuestros estudios, en Londres o en Berkeley. Pero ese año todas

las becas de la Universidad fueron suspendidas y nos quedamos en Buenos Aires, donde como renunciantes no podíamos acceder a ningún empleo público, lo cual limitaba notoriamente el acceso al trabajo, en especial para un geólogo y una bióloga.

Los caminos seguidos por los renunciantes fueron diversos y más o menos exitosos en el largo plazo. Algunos fueron rápidamente reubicados en grupos de trabajo que se trasladaron a Chile y Venezuela, otros se fueron a distintos países a continuar su formación mediante arreglos diversos, y los que quedaron en la Argentina se reinsertaron con mayor o menor éxito en lugares variados.

Nosotros fuimos a Puerto La Cruz, una ciudad a 300 km al este de Caracas (Venezuela), a la Universidad de Oriente. Un enclave petrolero en el mar Caribe conocido en el cine porque en Playa Colorada se filmó una exitosa película argentina dirigida por Armando Bó, con Isabel Sarli.

El puesto de profesor para Rubén en la Escuela de Ingeniería de Petróleo de la Universidad de Oriente lo consiguió la gestión de nuestra amiga Renata Wulff, a la sazón en Caracas en la Universidad Central, cuya carta con sus buenas noticias tardó tanto tiempo en llegar.

En Puerto La Cruz, donde nació nuestro hijo Alejandro, nos llamó la atención la actitud respetuosa hacia los profesores universitarios; bastaba mencionar esto para facilitar los trámites bancarios; teníamos crédito para comprar desde el mobiliario de una casa hasta un auto. También nos asombraba que ciertos actos académicos requerían que los profesores usaran togas y birretes al mejor estilo de las películas yanquis. Dada la temperatura reinante, esto era un acto de heroísmo y, además, por la estatura de Rubén siempre le quedaban un poco cortas.

Igualmente sorprendente eran las *alcabalas*¹⁰ que surgían en medio de la ruta para ejercer un control policial o militar: estábamos en 1968, las pos-trimerías de la guerrilla y principio de la democracia en Venezuela. Además nos llamaba la atención la vigilancia armada privada que tenían los supermercados de la zona.

Ni que decir cómo nos sorprendía vivir de un solo sueldo. Mis posibilidades de trabajo nunca llegaron a concretarse, las pocas veces que aparecía un eventual proyecto se truncaba antes de empezar. Esto se debía a la rápida

10. Es una palabra de origen árabe que denominaba así a un impuesto concertado con el fisco, pero que luego se transformó en puntos de control móviles.

circulación de los profesionales, que ni bien conseguían un cargo en un lugar más distinguido o en ciudades más grandes se iban. Y sucedió que al año de vivir allí, el director de la Escuela debió viajar y su subrogante debía ser el profesor más antiguo, que era... Rubén.

Volvimos a la Argentina. Rubén consiguió trabajo en el INTA en el grupo de Morello y posteriormente pasó al Servicio Geológico Nacional, hoy Segemar, donde realizó numerosos trabajos en la Patagonia como parte del relevamiento geológico de la Argentina. En tanto, yo entré al recientemente creado Instituto de Farmacología y Bromatología.

A fines de los años sesenta descubrí los estudios de género y posteriormente me conecté con mujeres que trabajaban en los enfoques feministas de la bioética (Feminist Approaches to Bioethics, FAB) que me invitaron a participar del Comité Consultivo y así encontré mi camino: la ética de la ciencia. Obtuve una beca ELSI (Ethical, Legal and Social Issues, los aspectos éticos del Proyecto Genoma Humano) para realizar un curso en Dartmouth College. En 1994, publiqué mi primer libro, *De la cigüeña a la probeta*. Los últimos años participé en la comisión mundial de ética en ciencia y tecnología (COMEST) de la Unesco y en 2013 publiqué *Según pasan los años*, que no tiene que ver con esta historia sino con los desafíos que presenta la vejez.

La medida de los cambios en nuestras vidas la puede dar una visita a la Manzana de la Luces que, para la población en general, son las ruinas de una manzana histórica desde donde les tiraron aceite a los ingleses.

Para nosotros es recorrer el lugar donde antes estaba el Aula Magna, donde en otra época íbamos a clase, los laboratorios en los que nos formamos, los lugares como el Centro de Estudiantes donde nos reuníamos, la biblioteca... Todo eso ha desaparecido, solo perdura en nuestras memorias. También persiste nuestro irrenunciable compromiso con la búsqueda de la excelencia en las tareas y los valores éticos y morales que nos inculcaron.

Para terminar

Cuando envejezca y pierda mi pelo
dentro de muchos años

.....

Me necesitarás, me alimentarás
me vas a seguir queriendo,
cuando tenga 64 años...

Los Beatles

Y ya cumplimos 64 años o más, no todos perdimos el pelo, algunos nos seguimos queriendo, muchos tenemos nietos. Preservamos antiguos afectos, adquirimos nuevos amigos, escuchamos otras canciones. Algunos seguimos en la carrera, otros nos reciclamos. Descubrimos nichos inexplorados, formas distintas de aplicar nuestros conocimientos, unos relacionados con lo que estudiamos, otros diferentes.

No olvidamos que pertenecemos a una generación que se formó en la escuela y en la universidad pública argentina. Esto nos capacitó para profundizar en la profesión y lograr excelencia en lo que nos proponíamos, además de brindarnos la posibilidad de encarar distintos proyectos con la curiosidad y el espíritu de aventura necesarios para comprometernos a fondo en cada caso.



Rubén J. Cucchi

Licenciado en Geología en 1958 y doctor en Ciencias Geológicas en 1962 (UBA). Representante estudiantil ante el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA) en 1958. Profesor de la Escuela de Ingeniería del Petróleo, Universidad de Oriente, Puerto La Cruz (Venezuela) de 1968 a 1971. Miembro del Servicio Geológico Nacional, actualmente Servicio Geológico Minero Argentino (Segemar) hasta su retiro en 2008-2009. Miembro del Consejo Directivo del Consejo Superior Profesional de Geología entre 1996 y 2001. Autor de varias hojas geológicas 4169-I, II y IV: Piedra del Águila, Los Menucos y Junín de los Andes, publicadas por el Segemar.



Susana E. Sommer

Licenciada en Biología en 1964 (UBA). Profesora de Ética en la Maestría Biología Molecular Médica (UBA) y en la Carrera de Especialización en Biotecnología Industrial (FCEyN-INTI). Integrante de la Comisión Mundial de Ética de los Conocimientos Científicos y de las Tecnologías (COMEST) de Unesco, de 2008 a 2015. Integrante del Consejo Directivo de Feminist Approaches to Bioethics (FAB) entre 1998 y 2004. Autora de los libros *De la cigüeña a la probeta* (Planeta, 1994) y *Según pasan los años* (Capital Intelectual, 2013).

Cinco años fueron suficientes

Lina Bettucci

Muchos años después de aquel fin de julio de 1966 me di cuenta de que en esos días había perdido parte de la felicidad. Así coincidimos con Inés Gómez, pero cosas peores nos habrían de quitar la sonrisa.

1. El día en que ocurrió la intervención estaba en mi casa, mi hijo Sebastián tenía cuatro meses. Yo esperaba reintegrarme a la Facultad cuando se iniciaran las clases. Pero no volví. Lloré mucho, lloré la pérdida de un mundo que me había dado la felicidad de aprender con libertad disfrutando todo lo nuevo que nos enseñaban, de ver el desarrollo científico en su contexto histórico con la dedicación de nuestros profesores, y de disfrutar de una complicidad con mis amigos que no volví a encontrar en el mundillo académico.

2. La realidad me secó los ojos y me enfureció leer en el diario *La Razón* de la noche, en primera columna, un artículo de Jorge Wright donde denostaba con agresividad a las legítimas autoridades de la Facultad denunciando una asamblea de estudiantes.

3. El decano, Rolando García, había dejado en suspenso la renuncia que reiteradamente Wright le enviaba con términos cada vez más agresivos. En tanto esperaba para tomar una resolución, García le planteó a Renata Wulff que me consultara qué opinaba yo, su discípula preferida, sobre la aceptación o no de la renuncia. Le respondí que Wright había sido un buen docente, que estimulaba el interés de los alumnos y les planteaba muchas inquietudes, si bien no era un investigador destacado. En ese momento, yo aún pensaba que su problema era transitorio y su desacato se debía a un

pequeño problema de salud. Pero las cosas adquirieron su real dimensión al poco tiempo, en la Noche de los Bastones Largos.

4. Fue para mí una desilusión muy grande ver cómo Wright, que había sido académicamente avanzado, se transformaba en un fascista que insultaba soezmente a Rolf Singer, el Maestro, por mezquinos intereses.

Irma Gamundi intentó muchas veces y con distintos artificios hacerle comprender que estaba equivocado en mantener una situación de tensión insostenible para todos los integrantes del laboratorio.

A Tuti Guerrero y a mí, que trabajábamos con él, nos perturbaba mucho esta situación. En los casi dos años previos a la intervención, la incubación de su resentimiento lo fue transformando en un desconocido.

Pero nada de ello nos impidió disfrutar del afecto y respeto que nos teníamos con los otros integrantes del laboratorio de Micología, y fuimos con el doctor Singer, Irma Gamundi, Tuti, Carlos Gómez y yo a almorzar a Los Dos Chinos, el 31 de diciembre de 1964. De regreso, Tuti, Rolf y yo nos dedicamos a acomodar cosas para la mudanza hacia la calle Moreno, donde trabajamos entre invisibles rollos de telas durante un año y medio antes de la intervención.

La conducta de Wright me recuerda a tristes personajes del período fascista en Italia tan bien caracterizados por Alberto Moravia, a pesar de las diferencias de los personajes.

5. Antes de esa especie de locura de Wright, cuando estábamos aún en la calle Florida, la vida era una fiesta, los cafecitos en el Coto o en el Augustus, Pedro Cuello y su humor, mi amiga Dina Sejzer –con quien aún sigo en estrecho contacto– y nuestras recorridas por la calle Florida, las exposiciones en la galería Pacífico, la cantante calva que nos recordaba lo que ella se había olvidado. Siempre en medio de charlas fluidas sobre política, ciencia y nuestros pequeños conflictos personales que, a falta de los de verdad, se nos agrandaban y nos hacían llorar. Todo ese mundo, junto con el cine Lorraine (donde conocimos el cine de Wajda) o los *hapenings* de la intrépida Marta Minujín, nos entretenía luego del laboratorio o de dar clase.

Cuánto disfrutamos el viaje a Entre Ríos con Arturo Burkart y Carlos Gamerro, nuestros profesores, como parte del curso de Plantas Vasculares. Hace unos años, Silvia Matteucci me trajo una foto de ese viaje. Las tardes en el Instituto Hall en Villa Devoto, estudiando para el día siguiente, los

temas de la clase que nos había dado el día anterior Víctor García. ¡Qué felices éramos!

6. Luego de la intervención de la UBA, hubo una diáspora sobre todo por América Latina y Estados Unidos. Nosotros llegamos a Montevideo en octubre de 1966. El sábado 24, fuimos con Tuti a ver al decano de la Facultad de Agronomía, mientras Nené Di Pace hacía tratativas sobre la reválida de materias. Ese sábado a la noche fuimos al Circo de Moscú que actuaba en Montevideo, nos sentíamos libres.

Fuimos recibidos solidariamente por el ingeniero Oscar Maggiolo, rector de la Universidad de la República, de Uruguay. A instancias de don Manuel Sadosky había llegado otra *Clementina*, pero esta vez a la Facultad de Ingeniería de esa Universidad. Los informáticos actuales aún recuerdan esa aventura.

Edith Varsavsky, una muy querida amiga, nos puso en contacto con el propietario de un departamento amueblado en Pocitos, que era pintor y tenía interés en pasar unos meses en Buenos Aires. Don Manuel nos prestó el dinero para alquilarlo y cuando se lo devolvimos nos invitó con un asado.

Víctor García me visitó en Montevideo antes de irse a Venezuela. ¡Cuánto nos dio de su tiempo, cuánto lo queríamos! Él también tuvo una gran tristeza al comprobar que Jorge Wright, de quien había sido muy amigo, había optado por un acercamiento improvisado con el fascismo, más por mezquina conveniencia que por convicción ideológica. Para mí fue muy costoso aceptar que había trabajado y aprendido a conocer una parte del mundo biológico, en el que sigo trabajando, con un desconocido.

A Tuti y a mí nos encargaron el dictado del curso de Fitopatología General. Este curso y otros tantos los di hasta octubre de 1973, cuando la Universidad de la República fue intervenida y el ejército se metió en todos los rincones mientras los caballos se nutrían de plantas de un jardín en la entrada a la Facultad de Agronomía.

7. Mario Otero, mi segundo marido, era decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, y junto con el rector y otros decanos estuvo preso durante dos meses. Luego de liberado tenía prohibido ingresar a cualquier dependencia universitaria. En febrero del 74 tuvimos que zarpar a Buenos Aires. Permanecimos allí unos días y fuimos a visitar a mi familia que estaba de vacaciones en Mar del Plata, donde me encontré con mis amigos

de la tardía adolescencia, Genoveva de Mahieu y Pablo Penchaszadeh (¿te acordás, Pablo, cuando los sábados de tarde estudiábamos Orgánica en mis apuntes de hojas de colores y en el libro de Cram?).

Pablo le recomendó a Mario que hiciera contacto con Villanueva, y eso hizo de regreso a Buenos Aires. Villanueva le dijo que lo conocía por un trabajo publicado en el semanario *Marcha* (“Lenin y el quehacer teórico”), que Mario había evitado poner en su CV. Enseñó Epistemología en la Facultad de Filosofía y Letras y allí estuvo hasta la intervención. Yo fui contratada como profesora adjunta en el Departamento de Biología, porque Jorge Morello, su director, había gestionado mi ingreso.

8. Estábamos sentadas con Lidia Pizzini en los escalones del salón de actos del Pabellón 2, repleto. Alicia Lajmanovich, desde las últimas filas, le recordó a Wright sus hazañas del 66. No me puedo acordar ahora cuál fue la respuesta, pero sí recuerdo que rápidamente regresó a su lugar de trabajo, totalmente desencajado, como escondiéndose de sí mismo. Me llamó y me preguntó: “¿Usted que me conoció, le parece bien lo que me dicen?”. “Doctor Wright, yo lo conocí hasta julio de 1966, después usted no fue el mismo”. Este diálogo me dejó perpleja, fue encontrarme con que Wright era totalmente inconsciente de sus actos y no se daba cuenta del significado de su traición.

9. A ocho años del 66, en setiembre de 1974, volvimos a lo mismo y yo había adquirido la orden al mérito con tres intervenciones en mi haber. Esta vez, en Exactas, la intervención nos despidió por orden alfabético, por lo que yo fui una de las primeras. Esta vez ni se respetó que Luis F. Leloir hubiera sido en 1970 Premio Nobel de Química. Lamentablemente, Jorge Wright formó parte de los que elaboraron la lista de los docentes a despedir. Pero para muchos esto fue una suerte y nos evitó vivir los peores años de la historia de nuestro país.

Mi amiga María Ester Ranalli, con quien hablaba a diario, me mantenía en contacto sobre cada una de las estaciones del vía crucis que les tocaba transitar en la Facultad, por ejemplo, cuando el sacerdote Sánchez Abelenda exorcizaba, en los amplios corredores de Núñez, contra los malos espíritus de Marx o Freud: el grotesco presente, como siempre, en el marco del fascismo.

10. Mientras yo concluía los trámites de un préstamo que el Ministerio de Economía otorgaba a los científicos argentinos residentes en el exterior que quisieran regresar al país, Sánchez Abelenda introducía su cola de diablo en la prensa vespertina, denunciando a docentes chilenos, uruguayos y bolivianos por cobrar sueldos indebidos.

El 23 de setiembre del 74 Mario voló a Perú y se alojó en la casa de amigos docentes del Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho de Montevideo, que se habían exiliado allí. Tuvo la mala suerte de asistir a un terremoto, luego del cual, cuando consiguió boleto, zarpó a México. Habíamos contado con la ayuda de don Manuel Sadosky para conseguir rápido los pasajes y visas a Perú y a México. Por mi lado, obtener la nacionalidad de mi hija Leda, que es uruguaya, fue pesadillesco. Necesitaba el acta de nacimiento, que no tenía, y el poder de Sánchez, su padre, que era inencontrable.

11. El acta de nacimiento de Leda la solicitaron e hicieron legalizar, en Montevideo, unos amigos uruguayos –Silvia y Manolo Claps– y la trajo a Buenos Aires la fantástica poetisa Idea Vilarriño. Gracias a las amigas de don Manuel Sadosky pude tener una entrevista con el entonces director de Migraciones. Fuimos con Leda a ese fantasmagórico edificio, una tarde de lluvia terrible, a tramitar su nacionalidad argentina. No entro en detalles, pero recuerdo bien esa odisea. En esa misma tarde, luego de muchas vueltas, logré que me entregaran la documentación en que constaba que Leda, hija de padres argentinos, de ocho años, era argentina. Salí de allí, pasé por la casa de una de las personas que más quiero y hace mucho no veo, Luisa Goldenberg, dejé ahí a Leda y fui a encontrarme con el Doctor Carlos Mallmann para firmar el contrato de trabajo con la Fundación Bariloche que habían tramitado mis queridos amigos Isabel Gómez y Gilberto Galopín. El trabajo ya lo habíamos iniciado con Edith, a propuestas de un gran ecólogo, Eduardo Rapoport, y lo concluimos luego de la intervención en el laboratorio donde trabajaba Edith con Susana Sommer, perteneciente al Ministerio de Bienestar Social.

Finalmente, pude obtener los pasaportes de Leda y Sebastián, y yo renovar el mío con la invalorable ayuda del hijo de Amílcar Herrera (gracias a Norma Jaroslavky), que fue a sacar número en el local de la Policía Federal a las 5 de la mañana. Cuando llegué lo reconocí por su bufanda roja y un diario abajo del brazo izquierdo (como habíamos acordado) en la esquina del Departamento de Policía.

Mi querida Marta se encargó de ayudarme en todo el papeleo, idas y vueltas dada la inhabilidad, que ella conocía bien, que tengo para manejar-me con el dinero. El 29 de diciembre, recién llegados de Salta, tuve la suerte de estar un rato con Dina y Jorge Adámoli, que vinieron a despedirse.

Ese mismo sábado 29 de diciembre viajamos a México, Leda, Sebi y yo. Recordar ese día me hace pensar que a veces damos pasos que modifican para bien o para mal el futuro de nuestra existencia. Gracias a mi abuela pudimos atravesar una multitud que, como yo, quería irse, y llegamos a una sala donde nos quitaban la ropa y el calzado y vaciaban las bolsas de mano, en este caso con juguetes de mis hijos. Los niños y mi familia lloraban y yo también.

Aún conservo una cajita y un collar de cerámica verde jade que Marta me llevó al Aeropuerto. A ella nunca más la volvería a ver. Nos escribíamos con frecuencia con ella y luego con su padre, el arquitecto Alberto Sierra, hasta que falleció de tristeza y sufrimiento en el aeropuerto de Santa Rosa, La Pampa. Él me escribió, en algún momento, que nos veríamos todos en Venezuela. Solo fue un perverso engaño extorsivo.

Marta pasó el embarazo de Guido, su segundo hijo, en cama. Nunca volvió al INTA, la dictadura la hizo desaparecer y a casi cuarenta años aún no se sabe nada de ella.

12. Pasamos diez años en México, país magnífico que nos abrió sus puertas tanto a los exiliados como nosotros como a los asilados. Cuando llegamos, Mario nos esperaba ansioso porque la tensión en Buenos Aires, durante el 74, iba aumentando a diario. Allí vivimos dedicados a trabajar, estudiar, viajar y sobre todo a colaborar con la denuncia internacional de lo que sucedía en Uruguay, la Argentina y Chile.

En 1976 me encontré con Cuca Rossini en Gif-sur-Yvette, donde había hecho su Doctorado de Estado en Ciencias y vivía cerca de un lindísimo arroyito, l' Yvette. Imposible evitar los comentarios sobre el *affaire* Wright.

En el laboratorio que tenía en México contaba con facilidades impensables en aquel momento en nuestras latitudes. Empecé, en 1976, a desarrollar una línea de investigación que más tarde fue el tema de mi tesis de doctorado.

En 1978 solicité la inscripción en la Universidad de Nancy y fui aceptada para hacer el Doctorado de Estado. No sé cómo transmitir la emoción que sentí cuando uno de los fundamentos de mi aceptación era haber estudiado en la UBA. Me inscribí en 1981, al comienzo del año sabático. Trabajé en

el laboratorio de Microbiología de la Universidad de Orsay, donde concluí algunos experimentos y redacté la tesis.

13. Defendí la tesis en 1983. Tuve la fortuna de encontrarme, por intermedio de mi amiga Nicole Mokoboski, que era traductora en la Unesco, con Pablo y Genoveva Penchaszadeh. Fueron ellos los que me hicieron el festejo en su casa de Porte de Saint Cloud.

Decidimos con Genoveva pasar un día entero charlando para ponernos al día. Era una mañana de fines de setiembre, con mucho viento, fresca, y con un colchoncito de hojas de castaños en las veredas, casi una postal de París, e intentamos repetir nuestras andanzas por Buenos Aires. Había allí mucho de lo que añorábamos, pero nos faltaban los lugares donde volver a enterrar las raíces.

Un mes después, estando en Madrid, una mañana a la hora del desayuno, los diarios españoles informaban que Alfonsín había ganado las elecciones.

En Logroño, tuve la suerte de encontrarme con un señor mayor, ex profesor de Matemáticas de Exactas, con quien recorrimos en la imaginación toda la Facultad de Perú. Tanto él como yo sentimos una mezcla de felicidad por lo vivido y de tristeza por lo perdido.

14. Fue luego del regreso a Buenos Aires, a fines del 84, con el gobierno democrático instalado, que volví a abrir el libro de los recuerdos en las mejores y peores páginas. Fui a ver a doña Josefina Sierra, a Luisa Goldenberg, llamé a Isabel Gómez a Bariloche y por supuesto pasé muchas horas con mi amiga Dina, Jorge Adámoli, Lucía y Fernando.

15. El 1 de marzo del 85, en la asunción del presidente Sanguinetti, conocí al doctor Alfonsín. Sin hacer valoraciones de ningún tipo, sentí orgullo de que fuera el presidente de mi país, Argentina.

Mario volvió al Decanato, que había dejado en el 73 (antes de la intervención), y completó su período doce años después. Tanto amaba yo a Exactas que, aun estando en México, muchas veces discutimos sobre la necesidad de separar la Facultad de Humanidades y de Ciencias. En algún momento presentó él la propuesta al Consejo Directivo Central de la Universidad y, al cabo de unos años que dejara el Decanato, en 1990 se creó la Facultad de Ciencias y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

16. Sebastián, mi hijo, estudió Archivología y Leda, Geología. En un pintoresco Congreso de Geología, en el que participó activamente, Leda se encontró con Cucchi, el esposo de Susana Sommer, y él la reconoció como mi hija porque se me parece mucho. Ella vino muy estimulada con hacer su doctorado en Exactas y fue afortunada al ser aceptada por Víctor Ramos, que además de ser un geólogo de prestigio internacional es un maestro.

Mientras Leda hacía su doctorado en Buenos Aires, su amigo Sebastián Grinberg la invitó a participar de HIJOS. Allí conoció a Nicolás y Guido Prividera, los hijos de Marta y Héctor. Leda se acercó a Nicolás, vinieron a Montevideo y le regalé fotocopias de algunas de las cartas de Marta escritas en hojas cuadriculadas. Una hoja aparece en “M”.

Defendió su doctorado y Víctor siguió orientándola, apoyándola, hasta que ya después de muchos años anda sola, siempre teniendo como referencia al grupo de “geólogos de Ramos”, entre ellos a Augusto Rapallini, con quien sigue teniendo afinidad académica.

En todo el periplo que fui recorriendo, siempre los recuerdos de esos cinco años en Exactas aparecen proyectados y amplificados en la pantalla del tiempo. Creo que vivimos un período políticamente inestable en el país pero intelectualmente enriquecedor y estimulante en la Facultad. Cierro mi libreta con hojas de colores donde fui acomodando con mucho amor los recuerdos de mi primera y más feliz juventud.



Lina Bettucci

Licenciada en Ciencias Biológicas por reválida de cursos realizados en UBA y complementarios en la Universidad de la República (Uruguay). Docteur d'État ès Sciences por la Université de Nancy (Francia). Profesora de Botánica en la Facultad de Ciencias (Universidad de la República). Investigadora del Pedeciba y del SNI (ANII). Directora del Instituto de Biología (Universidad de la República). Profesora invitada del Muséum National d'Histoire Naturelle, Paris. “La Ciencia es mujer”, una de las diez científicas distinguidas por el Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay.

Mis recuerdos de la Noche de los Bastones Largos

Noemí Susana Casalis Benski

Quiero participar en este relato en mi nombre, Noemí Susana Casalis, “Susi”, y en el de Claudio Benski, “Clodi”, mi novio en ese momento y mi marido durante treinta años, hasta su muerte el 11 de noviembre de 1997 en Francia.

En 1966 Clodi estaba cursando el último año de la licenciatura en Física y yo ya había cambiado de orientación y estaba en Filosofía y Letras.

Hacia ya unos días que sabíamos que la Universidad iba a ser intervenida y fuimos a Perú 222 para ver qué pasaba. No pertenecíamos a ninguna organización, pero Clodi había sido secretario del Centro de Estudiantes de Física-Matemáticas.

La sala del Decanato estaba llena de estudiantes, profesores, autoridades; a los ruidos violentos de vidrios y otros objetos rotos se sumaba mucho olor a gas lacrimógeno y un movimiento forzado por un pasillo angosto y con *armarios* (Guardia de Infantería) de cada lado con matracas que pegaban en la penumbra.

Al llegar al fin del pasillo, vimos que para bajar al patio la escalerita era también un lugar para seguir recibiendo golpes de matraca. En ese momento “decidimos”, inconscientemente, bajar por otra escalerita que estaba detrás del ascensor. Allí nuevamente “decidimos”, en vez de bajar, subir por la escalera y tratar de abrir las puertas que encontraríamos. Por fin una se abrió y era el lugar donde se guardaba la comida para animales de experimentación. Estaba en total oscuridad. Buscando un recoveco donde esconderse, descubrimos uno detrás de la columna del ascensor, que tenía la ventaja de protegernos si alguien abría la puerta. Cuando voy a ubicarme, algo se movió y resultó ser un profesor de Química. Su nombre no lo recuerdo, ipero era muy confortable para apoyarse! ¿Alguien sabrá su nombre?

Desde nuestro escondite oíamos las amenazas, los gritos, el simulacro de fusilamiento y mucho ruido de violencia. Es difícil acordarse con precisión de ciertas cosas, porque nosotros también teníamos mucho miedo e incertidumbre de lo que podía pasarnos. No nos movíamos ni hablábamos.

Cuando los ruidos se calmaron, seguíamos sin comprender qué pasaba, ni qué había pasado.

Como una hora después, se abrió la puerta y alguien con una linterna comenzó a verificar el lugar. Al llegar a donde estábamos, nos encandiló y nos dijo muy amablemente: “¿Qué hacen aquí, muchachos?”. Nuestra reflexión fue que si era nuestro fin, ¡por lo menos lo era con gentileza!

Por suerte era el bedel que nos contó lo sucedido y nos informó que solo quedaban cuatro policías, dos en cada puerta. Como el profesor lo conocía, le pidió que tratara de encontrar una manera de “hacer salir a la señorita” (yo).

A partir de ese momento empezamos a movernos en la pieza y a escuchar una radio chiquita que yo tenía en mi cartera, que comentaba que había manifestaciones estudiantiles y represión en... Tailandia.

Al cabo de un tiempo (¿una hora?) volvió el bedel y nos dijo: “Tienen que salir ya y rápidamente, porque invitamos a los policías de la segunda puerta a tomar un café porque hace mucho frío”. Si el bedel lee este relato, quisiera mandarle todo nuestro agradecimiento. ¡Mil gracias! Según Tomi Gergely, se llamaba Rapelli.

Nos encontramos a la 1:30 de la madrugada, apestando a gas lacrimógeno, un viernes a la noche, las calles vacías y sin saber qué hacer. Finalmente decidimos tomar un taxi, aunque corríamos el riesgo de que nos llevara a una comisaría, para salir de la zona céntrica.

Dejamos al profesor en su casa y fuimos a la casa de Clodi, la de Sidi Mehler y Simón Schneider, sus padres. Ellos no estaban porque por amigos que pasaron delante de Perú 222 en el momento en que subían a las personas –algunas ensangrentadas– a las camionetas para llevarlas a las comisarías, se enteraron enseguida de los hechos y fueron a ayudar. Acercaron comida y seguramente se sumaron a las cadenas de llamados telefónicos de familiares de los apresados.

Se inquietaron mucho porque sabían, por mi cuñado, que nosotros también estábamos cuando la Guardia de Infantería había dado el asalto y no nos encontraban por ningún lado.

Al llegar a la casa de Clodi, descubrí que tenía un lindísimo y enorme moretón en la nalga que no recuerdo cuándo recibí.

Tuve que llamar a mi padre para avisarle que no volvía a dormir. Me ordenó regresar inmediatamente a casa, porque no estaba de acuerdo con lo que yo estaba haciendo. No volví. Pero eso también fue parte de las secuelas de la Noche de los Bastones Largos.

Al día siguiente, el sábado, teníamos entradas para el gallinero en el Teatro Colón ¡y fuimos! Y encontramos otros amigos para quienes el rumbo de sus vidas había cambiado profundamente, aunque todavía no nos habíamos dado cuenta hasta qué punto.

Clodi preparaba su tesis en el laboratorio de Física Nuclear de la Facultad y tuvo que buscar otro, porque los profesores habían renunciado y él debía terminar su licenciatura. La hizo utilizando el reactor de la CNEA de Constituyentes y General Paz, bajo la dirección de Adolfo Marajofsky. Por suerte, algunos profesores pudieron hacerle pasar los dos o tres finales que le faltaban y así recibirse. En junio de 1967 nos casamos y nos fuimos a Boston. Clodi se doctoró en la Universidad de Brandeis en 1971, e hizo un postdoctorado en París.

Vinimos a Grenoble, Francia, esperando varios años para poder volver con algún cargo o beca, o algo. Pero su candidatura no fue considerada porque no tenía experiencia docente en la Universidad de Buenos Aires (solamente en Boston, París y Grenoble...).

Clodi trabajó cuatro años en el Centro de Estudios Nucleares de Grenoble (CENG) y enseñó en la Universidad de Grenoble 1. Por razones de su nacionalidad no pudo continuar allí, por lo que debió cambiar de orientación profesional y comenzó a trabajar en Merlin Gerin (hoy Schneider Electric), fabricantes de disyuntores, donde llegó a desempeñarse como director del Servicio de Confiabilidad. Fue presidente de la Comisión Electrotécnica de normas ISO.

Como su pasión era la magia, la practicó y fue miembro activo del Club de Magia de Grenoble. Además desarrolló una gran actividad como miembro de asociaciones internacionales de racionalistas; publicó el artículo principal en el *Skeptical Inquirer*, "Testing New Claims of Dermo-Optical perception", y fue uno de los autores del libro *The Mars Effect*, publicado por The French Committee for the Study of Paranormal Phenomena, editado en 1996 por Prometheus Books.

Hoy, nuestros dos hijos, Kevin y Erika, y yo, vivimos y trabajamos en la región de Grenoble, somos binacionales, biculturales, y tenemos buenísimos amigos (¿en vez de familia?). Hemos mantenido a numerosos amigos

de los sesenta que se han dispersados por el mundo y a veces la nostalgia me atrapa. Muchas veces me pregunto cómo hubieran sido nuestras vidas si no hubiese existido la Noche de los Bastones Largos.

Este es “nuestro” testimonio.



Noemí Susana Casalis Benski

Masters on Sciences en Administración de Empresas, en Comercio Internacional y en Business Consultancy en las universidades de Grenoble (Francia) y Henley Management College (Reino Unido). Profesora en Comunicación Intercultural y Comercio Internacional en Grandes Ecoles de Commerce, de Grenoble y Chambéry (Francia).



Claudio Benski

Nació en Buenos Aires en 1945. Licenciado en Física, orientación Física Nuclear (UBA) en 1967; PHD en Brandeis University en Boston, EE.UU., en 1971. Hizo un Post Doc en Saclay y trabajó dos años en el Centre Nuclaire y otros dos años en el ILL (Institut Lawn Langevan) de Grenoble (Francia). Tuvo que abandonar su orientación científica porque no tenía la nacionalidad francesa y entró en la compañía Merlin Gerin, hoy Schneider, donde dirigió el servicio de fiabilidad por veinte años. Participó y fue presidente de la comisión electrotécnica de las normas ISO. Obtuvo el 1º Premio de la Society of Reliability Engineers (The Stan Ofsthium Award) en 1992. Mantuvo un gran compromiso con grupos racionalistas como la revista *Skeptical Inquirer* y fue miembro del “French Committee for the study of Paranormal Phenomena”. Su pasión fue la magia, y fue miembro activo del club de Magos de Grenoble hasta su fallecimiento.

1959-1966. La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales en la Universidad de Buenos Aires¹

Silvia Elsa Braslavsky

En el año 1958, en paralelo con el 5º año del colegio, hice el Curso de Ingreso a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (FCEyN) en el turno noche. Había decidido estudiar Química porque mi padre, a quien perdí tempranamente debido a una cruel enfermedad, era químico y en mi niñez yo había vivido muchos días en su laboratorio de productos a granel (hoy llamados genéricos). También me había fascinado la química en la escuela debido a una excelente profesora. El Curso de Ingreso fue muy instructivo y bien planificado, los ayudantes (Gustavo Dussel y Daniel Wisnivesky en Matemáticas, Eduardo Flichman en Física) trabajaban con entusiasmo y aprendíamos muchísimo. Allí conocí a Alberto Villa, el futuro padre de mis hijas, que no necesitaba hacer el curso pues era técnico químico, pero iba al turno noche a enterarse de lo que se hacía y a ver a las chicas.

Alberto Villa, Luis Kandel y yo constituimos una comisión de trabajo en Química General e hicimos juntos en ese primer cuatrimestre también Álgebra y Análisis Matemático I. Este trío se mantendría junto casi la totalidad de la carrera. Hacíamos detalladamente las intensas prácticas de laboratorio, estudiábamos largas horas en mi casa en Floresta y luego en Once, en la casa de Alberto en Avellaneda, o en la casa de Luis en la calle Tacuarí cerca de la Facultad, y disfrutábamos de la excelencia y entusiasmo de la gran mayoría de docentes y ayudantes. Se discutía mucho acerca de política nacional y universitaria y la orientación de la ciencia en un país dependiente (hoy diría un país colonial). Muchas de esas discusiones no han perdido actualidad y se repiten incansablemente.

1. Esta publicación es parte (aunque algo modificada) de la reseña publicada en *Ciencia e Investigación*, Reseñas, tomo 1, N° 3, 2013.

Teníamos un grupo grande de amigos en la Facultad: Guillermo Bomchil, Chufa Costamagna, Luis A. Avaca, Ricardo Wolosiuk, Erwin Baumgartner, Celia Puglisi, Mario Amzel, Carlos Previtali, Marcelo Kurlat, más tarde Eduardo Choren y David Schiffrin. Militábamos en las agrupaciones del Centro de Estudiantes, Alberto Villa y yo en el MAR (Movimiento de Afirmación Reformista), y entregábamos toda nuestra fuerza e ilusión a la Facultad. Éramos muy felices estudiando, trabajando para el Centro de Estudiantes del Doctorado en Química (CEDQ), pues había centros de estudiantes separados por carreras, y ya en segundo año como ayudantes-alumnos. Cada enero íbamos con el Campamento Químico (organizado por el CEDQ) a la Patagonia, al lago Verde cerca de Esquel, al lago Puelo o a la zona del Lanín, y muchos fines de semana hacíamos excursiones a Tandil o a Sierra de la Ventana a entrenarnos para las largas caminatas en el Sur. Esto amplió el grupo de amigos: Ricardo Sanguinetti y Leonor Ghinsberg, León Gleiser, Enrique Frank, las hermanas Ana y Alicia Lajmanovich, Lito Kohn, Eduardo Palau, Eduardo Santos, Emilio Rivas, Juliana Montefiore, Pablo Schiffini, Graciela Peyrú, Pedro Jolodovsky, Rudy Chernicof, Tomi Gergely y Claudio Benski. Varios de ellos desaparecieron, otros se exilaron desde 1974.

Alberto y yo decidimos dar libre Análisis Matemático II y nos presentamos en marzo de 1960. Manuel Sadosky nos tomó examen y sabíamos bastante. Sin embargo, nos dijo: “En esta Facultad no se dan materias libres” y solamente nos puso aprobado.

En febrero y marzo, mientras preparábamos alguna materia para rendir en marzo, yo iba a nadar por las mañanas al Club Comunicaciones y preparaba alumnos en Química y Matemáticas para el ingreso a la Facultad de Medicina (ientraron todos!). En 1961 o 1962, varios estudiantes de la licenciatura en Química entramos por concurso como ayudantes del Curso de Ingreso a la Facultad de Medicina. Pero al año siguiente no nos quisieron más por científicistas.

Cursábamos dos o tres materias por cuatrimestre, y en 1961 llegamos a las físico-químicas. Comenzaban a volver del exterior al Departamento de Química Inorgánica, Analítica y Química Física (DQIAQF) los jóvenes que, desde 1956 o 1957, siguiendo un plan de su director, Rodolfo Busch, habían ido a diversos países a hacer el doctorado en temas hábilmente seleccionados. Tomy Buch volvió de Francia y dictaba Físico-Química I. Fue muy interesante y novedoso. Cuestionábamos sus formas docentes y Tomy accedía a

discutir con nosotros (que éramos supercontestatarios). Aprendíamos enormemente usando los libros más avanzados, como el de Robinson & Stokes para Electroquímica, dictada por Eduardo Passeron, y el de Lewis & Randall para Termodinámica, naturalmente en inglés. También el pesado libro de Partington en Inorgánica, más adelante el de Cotton y Wilkinson, y el de Moelwyn-Hughes para Fisicoquímica. Las prácticas eran colectivas, entre todo un turno se construía colectivamente una curva completa de equilibrio líquido vapor (en nuestro caso metanol-benceno). Recuerdo a Mario Jellinek como excelente Jefe de Trabajos Prácticos de los sábados. Uno de esos sábados, mientras estábamos en el práctico, Roberto Fernández Prini, ya doctorado, sufrió un grave accidente al explotar una lata con sodio en solvente orgánico, que él llevaba a una campana extractora. Fuimos testigos del accidente que a Roberto le dejó una grave cicatriz en la cara y a nosotros nos produjo un perdurable *shock*.

En 1962 cursé Física Moderna, dictada por Enrique Silberman, la materia más famosamente difícil de la especialidad Físico-Química: la única materia que cursé en el Pabellón I de Ciudad Universitaria, recién terminado, aún húmedo y muy frío, y fue la primera vez que me presenté con pantalones a la Facultad. Ciudad Universitaria era un gran descampado. Recuerdo las fantásticas prácticas, la cámara de niebla y las experiencias demostrando la dualidad onda-partícula de las ondas electromagnéticas, así como las explicaciones acerca de las desviaciones de Russell-Saunders para la estructura de los átomos pesados y la introducción a la teoría de la relatividad.

En 1963 cursé Termodinámica Estadística con Fortunato Danón (que había vuelto recientemente) y en setiembre, en fecha especial por ser la última materia, rendí el examen. Poco después recibí de manos de Manuel Sadosky el título de licenciada en Ciencias Químicas.

Con la especialidad Físico-Química, lo *natural* era hacer el doctorado con un cargo de ayudante de primera con dedicación exclusiva. No había en ese entonces becas del Conicet, o eran muy pocas.

En ese momento había en el DQIAQF enorme entusiasmo, se creaban los grupos de Rubén Levitus en Química Inorgánica, Leo Becka en Cristalografía, Carlos Abeledo en Catálisis, Tomy Buch en EPR, Fortunato Danón en Termodinámica Estadística. También estaban el de Compuestos de Boro (con J. Lombardo, Sara Rietti y Mirreille Pereg) y el de Termodinámica de Polielectrolitos con Alfredo Lagos. Era popular el grupo de Electroquímica con Eduardo Passeron.

Carlos D'Alkaine (del grupo de Electroquímica y con el que compartíamos la militancia política) nos convenció de que fuésemos a trabajar en Cinética Química con dos jóvenes, Juan Grotewold y Eduardo Lissi, que volverían en 1963 de Aberystwith, en Gales (Reino Unido), donde habían hecho su tesis con C. K. Trotman-Dickenson y su colaborador J. Kerr. El prerrequisito era un difícil examen de ingreso al doctorado con un tribunal encabezado por Rubén Levitus. A pesar de algunas tonterías que dije, entré al plan de doctorado. Gané un concurso para un cargo de ayudante de primera con dedicación exclusiva para Físico-Química, que me permitió sustentarme económicamente.

1963-1966 El grupo de Cinética Química

Los comienzos fueron primitivos por el equipamiento disponible, y muy enriquecedores por el acelerado aprendizaje, tanto de ciencia como de trabajo en común, instalando los laboratorios en un entorno de gran creatividad y estímulo. Miguel "Mito" Neumann y yo, primeros doctorandos del grupo, comenzamos por sintetizar azometano, $\text{CH}_3\text{N}_2\text{CH}_3$, ya que su exportación desde los países productores (EE.UU. en primer lugar) estaba prohibida por ser combustible para cohetes. Este compuesto se necesitaba para producir fotoquímicamente radicales metilo ($\text{CH}_3\bullet$). ¡Logramos sintetizarlo! Nos hicimos muy amigos de Mito y su compañera Beatriz, íbamos a cine clubs, jugábamos al tenis y a las cartas escuchando a Los Beatles. Más adelante se incorporaron al grupo de trabajo Carlos Previtali y María del Carmen Varas, así como Miguel Rubinstein, ya doctorado en La Plata, que fue director de tesis de Carlos Previtali, y era en ese momento consejero por graduados en el Consejo Superior de la UBA.

Una tarea *primaria* era construir cada uno un tablero eléctrico para enchufar los instrumentos, donde cada enchufe tenía su fusible. Para ello fuimos personalmente a los negocios mayoristas de la calle Belgrano y compramos pinzas, destornilladores, enchufes sueltos, cinta aisladora, peladores de cables, martillos, fusibles de diferentes cualidades, etc. La sorpresa de los empleados de las casas mayoristas era grande cuando escuchaban el pedido de una niña de 21 años. Más adelante construimos nuestras propias líneas de vacío, aprendimos a soplar vidrio, a construir cierres de mercurio (no había en esa época llaves de teflón que evitaran el uso de llaves con

grasa). Construimos nuestras propias columnas para cromatografía en fase gaseosa, que eran o bien una espiral de vidrio de un tubo de 5mm de diámetro hechas por el vidriero de la Facultad (el famoso Colonna, a quien le rindo homenaje por sus habilidades y permanente colaboración), o tubos de cobre (Cu) de 10m de largo y 5mm de diámetro, que se llenaban con la fase sólida ya empapada en la fase adsorbente y, estando en posición vertical, se golpeaban para compactarlas con un trozo de Cu con un tubo de goma. Sosteníamos la columna en el tercer piso hacia la planta baja (¿recuerdan los mayores dónde estaba el Aula Huergo?) y la llenábamos. Luego arrollábamos la columna alrededor de un frasco de unos 15cm de diámetro para obtener la espiral, que liberada del frasco se colocaba dentro de un caño de asbesto de 20cm de diámetro exterior (comprado en un mayorista en Diagonal Sur) cortado a lo largo del eje mayor para poder abrir y cerrar el hornito resultante. Dentro del rollo de la columna poníamos el elemento calefactor, una espiral de alambre que se calentaría con un transformador variable a mano. Como gas circulante usábamos hidrógeno y como detector casi construimos con nuestras manos los pequeños detectores con finas espirales metálicas (catarómetros). Pero Grotewold y Lissi usaron dinero de los subsidios para comprar los catarómetros comerciales que llegaron de Inglaterra. También de Inglaterra llegaron los registradores Honeywell para recibir las señales, o sea registrar los cromatogramas de los productos de nuestras reacciones. Esos fueron los primeros elementos importados que usaríamos. Las importaciones fueron financiadas por subsidios de la Fundación Ford y esto ocasionaba acaloradas discusiones tanto en el propio laboratorio, cada mañana, mientras esperábamos que las líneas de vacío llegaran a la baja presión deseada (las bombas de vacío se apagaban cada noche y se volvían a encender a la mañana siguiente), como en las asambleas de estudiantes y reuniones de graduados. Durante esas esperas leíamos la tira de Mafalda de Quino, en *El Mundo*, donde empezó a publicarse.

El clima de trabajo del grupo era muy estimulante y demandante. Cada uno, incluidos Juan y Eduardo, que compartían la dirección del grupo, tenía su línea de vacío armada (soplada) en lo esencial por cada uno y reparada por todos en colaboración. Se trabajaba intensamente, se discutía ciencia, religión, política, se hacían deportes.

Almorzábamos muchas veces lo que traíamos de nuestras casas. Juan traía huevos duros con cáscara que golpeaba contra su frente para pellarlos. Una vez se lo cambiamos por uno crudo (!).

Hicimos algunos cursos con científicos visitantes, como A. F. Trotman-Dickenson y Albert Cotton. Asistimos a conferencias de Linus Pauling y algún otro Premio Nobel visitante. Los doctorandos organizamos seminarios estudiando el libro de cinética de Benson pues considerábamos que los seminarios “oficiales” eran demasiado polémicos y fuera de nuestro alcance científico.

En diciembre de 1964 Alberto y yo nos casamos, y fuimos a vivir a un pequeño departamento en Salguero al 700. La suma de nuestros sueldos como doctorandos nos permitía mantenernos.

En enero de 1965 veraneamos varios del grupo en San Clemente del Tuyú. Mito, que hacía un curso de filmación, rodó allí una película surrealista con Alberto como criminal, Beba perseguida, Previ con algún rol raro. Mi madre y Dorita Lissi casi mueren de la risa. Eduardo Lissi pescaba en la punta de la Bahía de Samborombón, sorprendiéndonos con sus desacostumbrados madrugones.

Mi tema de trabajo era la fotodisociación con luz ultravioleta cercana de yoduro de isopropilo en fase gaseosa, como posible fuente de radicales libres. Era importante por razones académicas y de posible aplicación (por ejemplo en fotopolimerizaciones).

Trabajábamos con difusoras y llaves de paso de mercurio (Hg) y usábamos aparatos llenos de Hg (ivarios litros!) para cuantificar los gases producidos. Esto complicó los resultados científicos pero nos permitió descubrir nuevos fenómenos. No era posible económicamente tener bombas difusoras de aceite de silicona. Todo se superaba con creatividad y mucho trabajo.

Participé activamente en la Agrupación de Graduados Reformistas, desde la cual apoyamos el proyecto de una Universidad de excelencia, con apertura social.

En julio de 1966, sin que ni Alberto ni Previ ni yo (ni otros en otros grupos) hubiésemos completado la tesis, todo terminó.

La Noche de los Bastones Largos

Gobernaba Arturo Illia, electo democráticamente pero con el peronismo proscripto. En las calles y en la Universidad se vivía un clima convulsionado, se discutía el proyecto de ley para la regulación de la producción, importación y comercialización de medicamentos, el presupuesto universitario y otras cuestiones. Participábamos de las frecuentes manifestaciones del movimiento

estudiantil por mejor presupuesto universitario. Se presentía un golpe de Estado, con artículos en los diarios señalando la necesidad de una “mano dura”, de un “gobierno fuerte”. En junio de 1966 aparece un artículo en el diario *El Día* de La Plata en el que se esboza el plan que aplicarían los militares si tomaban el poder, una especie de bando fundamental que la historia posterior demostraría que estaban decididos a emplear, ya que esencialmente es el plan que se ejecutó a partir de 1976.

Recuerdo un aula grande, con gradas, en la planta baja de Perú 222, colmada de docentes y graduados donde se habló de ese plan y se resolvió defender la democracia y pronunciarse contra cualquier interrupción de ella.

En ese clima turbulento y violento recibimos, en junio de 1966, el golpe de Estado encabezado por Onganía y un mes después, durante el cual se vivió un estado de asamblea permanente en la FCEyN y en la Universidad, el Consejo Superior de la UBA y el Consejo Directivo de la Facultad emitieron declaraciones de repudio al golpe. Con ambos cuerpos reunidos (uno en Viamonte al 700 y el otro en Perú 272) en presencia de un público numeroso, la noche del 29 de julio la Guardia de Infantería de la Policía entró a la Facultad por Perú 222. Alberto y yo salimos por Perú 270. Alberto era secretario de la Asociación Docente y debía sacar las listas de asociados. Presenciamos todo desde la esquina noreste de Perú y Diagonal Sur, con lágrimas en los ojos y profunda rabia. Vimos cómo introducían en los camioncitos de la policía a nuestros colegas, profesores y amigos y se los llevaban a las comisarías. Entre ellos estaba Mito, a quien encontramos a las 3 de la mañana en una comisaría cercana. Alberto y yo le avisamos a su esposa y dormimos en su casa. Al día siguiente los presos fueron liberados y comenzó un período de deliberaciones de los docentes de Exactas en casas particulares. Los profesores de mayor edad y prestigio, como Félix González Bonorino, Amílcar Herrera y el propio Rolando García, señalaban que ellos no volverían a la Facultad luego de haber sido humillados por los golpes e intentos de fusilamiento, y así apareció la idea de las renunciadas masivas. Los más jóvenes sentíamos que era una traición y nos resistimos, discutiendo durante varios días las posibles alternativas. También los estudiantes querían resistir. Se planteó la idea de emigrar a países latinoamericanos manteniendo los grupos de trabajo.

Renunciamos, se vivieron días de gran expectativa en los que aparecían las listas de renunciados en los diarios, no solo de Exactas, sino también de Ingeniería, Arquitectura, Filosofía y Letras y otras facultades.

Durante un tiempo tratamos de seguir dando clases en diversos locales fuera de la Universidad, en iglesias, casas particulares, etc., por lo menos para completar el cuatrimestre. Ninguno pensaba que debíamos irnos, y mucho menos al extranjero. Mito (Neumann) había defendido su tesis y el día de la intervención se debía aprobar su beca externa de la UBA para ir a Inglaterra como postdoctorando. Obviamente, no se discutió su beca en la última sesión del Consejo Superior, pero Mito se fue igualmente pagándose al comienzo el viaje y la estadía.

Después de la Noche de los Bastones Largos

Nuestro grupo de trabajo (Lissi, Grotewold, Previtali, Villa, Abuin, yo y más tarde Scaiano) casi completo fue finalmente a Santiago de Chile, algunos a la Universidad de Chile y otros a la Técnica del Estado. Allí terminé mi tesis (que presenté en la UBA) y nació mi hija Paula, en 1968. Luego vino la expulsión de los científicos argentinos de Chile en enero-febrero de 1969. Una reseña de este episodio fue escrita por Tomy Buch.²

Dejé Santiago en mayo de 1969, embarazada de Carolina, que nació en Buenos Aires en agosto de 1969. En setiembre fuimos a State College, Pennsylvania (EE.UU.) donde estuve hasta mayo de 1972 como postdoctoranda en el grupo de cinética química y contaminación ambiental de Julian Hecklen, con el que aprendí enormemente. Debido a discusiones de procedimiento (se argumentaba que los puntos requeridos por materias cursadas no estaban debidamente documentados) con las autoridades de la FCEyN posteriores a setiembre de 1966, mi tesis fue oficialmente aprobada recién en 1971 (por acción de Hans Schumacher, que fue desde La Plata, invitado por las autoridades de la Facultad, a dirigir y poner orden en el Departamento de Físico Química).

Llegué a Río Cuarto en 1972 y construimos (literalmente) la Universidad de Río Cuarto. Allí ya estaba Carlos Previtali, luego vinieron Mito Neumann, Nita y Ernesto Silber, Tito Scaiano y otros. Después de la experiencia “camporista” y a continuación de la muerte de Perón se desató la persecución de la Triple A y fui amenazada en diciembre de 1974. Mis hijas estaban de

2. Buch, T.: “El caso de los científicos expulsados de Chile”, en *Todo es Historia*, N° 441, 2004, pp. 42-54.

vacaciones en Puerto Madryn, donde su padre trabajaba como químico de ALUAR.³ Levanté la casa en pocos días y la noche del 24 de diciembre manejé a Buenos Aires con el Renault cargado de ropas, libros, etc. Llegué con el motor del auto quemado y mi estómago estropeado. Luego de diversas peripecias para conseguir los pasaportes de mis hijas (que me los negaban) y superar problemas de salud, en mayo de 1975 nos volvimos a State College a mi puesto de postdoctoranda. Paula y Carolina fueron a la escuela y *kindergarten*, y luego al campamento diario de verano. En setiembre de 1975 nos trasladamos a Edmonton, Canadá, también como postdoctoranda, y en octubre de 1976 fui como invitada a Mülheim (Ruhr), en Alemania, al Instituto Max Planck de Química de Radiaciones. Lo demás es conocido: una carrera académica interesante y productiva, y el desarrollo pleno que la sociedad alemana les permitió a mis hijas.⁴

El dolor por la ruptura y la nostalgia de lo que fue la Facultad siguieron siendo muy intensos. Solo se hablaba de esto entre los “damnificados” y no se podía narrar públicamente. Varias veces fuimos a Grenoble, donde estaban Guillermo Bomchil, Alicia Lajmanovich, Claudio Benski y otros argentinos, todos muy activos en su apoyo a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, y otra vez a París donde estaba Emilio Rivas.

En julio de 1979 volvimos a la Argentina de vacaciones, inconscientes de lo que aún ocurría. Visité entre otros a Carlos Abeledo, Juan Grotewold y Roberto Fernández Prini. En Buenos Aires me enteré de la reciente muerte de Héctor Abrales en manos de las fuerzas policiales o militares. También en ese año, en diciembre, volvieron mi madre (Berta P. de Braslavsky) de su exilio de tres años en Venezuela y mi hermana (Cecilia Braslavsky) de su exilio de seis años en Alemania (Leipzig, en ese entonces en la República Democrática Alemana, DDR).

En 1982 hice un viaje de trabajo de seis meses por Estados Unidos y Latinoamérica y mis hijas fueron de marzo a setiembre a la escuela en

3. Alberto Villa volvió de Estados Unidos a Chile en 1970. En 1973, después del golpe de Pinochet y de pasar dos meses en la embajada argentina en Santiago, fue a trabajar a Aluar en Puerto Madryn. En 1983 volvió a Santiago.

4. Paula Villa Braslavsky es doctora en Sociología y profesora en la Universidad de Munich, y con su compañero Michael Cysouw tienen a Leo (2001) y Anna (2006). Carolina Villa Braslavsky (de Klockow) es doctora en Biología, trabaja en la industria, y con su compañero Boris Klockow tienen a Linus (2001) y Elías (2004). Yo suelo irme de vacaciones sola con los cuatro. ¡Un gran placer!

Buenos Aires, reforzando los lazos familiares y el idioma (iy sufriendo la escuela secundaria argentina en el Normal N° 9!).

En agosto de 1982 Eduardo Lissi organizó en Santiago de Chile el primer Encuentro Latinoamericano de Fotoquímica (ELAFOT), en el cual T. Scaiano, C. Previtali, M. Neumann y yo nos reunimos nuevamente con Eduardo y E. Abuin. Inauguramos así el ciclo de reuniones bianuales ELAFOT, científica y personalmente muy gratificantes.

En 1983, luego de la recuperación de la democracia, volví a Buenos Aires y retomé los contactos con la Argentina, y en 1984 recibí en Alemania a N. Andi García como primer postdoctorando argentino. Posteriormente (hasta 2006) siguieron Pedro Aramendía, Gabriel Bilmes, Sonia Bertolotti, Sandra Churio, Oscar Roveri, Daniel Mártire, Claudio Borsarelli, Alberto Rizzi, Franco Cabrerizo y Gabriel Andrés, financiados por la Sociedad Max Planck, la Fundación Alexander von Humboldt, la DAAD (Oficina Alemana de Intercambio Académico) y la Fundación Volkswagen. Todos han vuelto a diferentes lugares de la Argentina (Río Cuarto, Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Rosario, Santiago del Estero, Santa Fe y Chascomús). Mariela Videla y Julieta Mateos estuvieron como estudiantes de doctorado con programas sándwich, financiadas por DFG (Sociedad Alemana de Investigación Científica), DAAD y el Conicet (para los períodos en Argentina), o sea la defensa de tesis fue en la Argentina y ambas trabajan ahora allí.

En 1985 fui llamada por la Oficina Alemana de Cooperación Técnica (GTZ) como coevaluadora alemana de la solicitud argentina al Gobierno alemán de un subsidio (de 4,6 millones de marcos, que se evaluó en 1988 y se aprobó en 1991) para el Departamento de Química Inorgánica, Analítica y Química Física (inuestro DQIAQF!) y la pregunta que me hicieron en la primera entrevista fue: “¿Qué pasó con el Departamento en 1966?!”. Por primera vez podía blanquear públicamente los sucesos de 1966.

En 1993 celebramos en el DQIAQF los treinta años de la creación del grupo de Cinética Química con la presencia de las autoridades del Departamento y la Facultad. Cada uno de los integrantes del grupo (de 1966) y varios descendientes científicos contaron sus experiencias de trabajo y de vida y muchos colegas, amigos y discípulos compartieron la celebración.

El DQIAQF (y el Instituto de Química Física de los Materiales, Medio Ambiente y Energía, INQUIMAE) es hoy (2016) semillero de jóvenes

químicos muy sólidamente formados, tiene un excelente nivel académico, un equipamiento de primera línea y amplia presencia en el ámbito científico argentino, además de proyectos de apertura a la sociedad y participación en desarrollos tecnológicos que se llevan a la práctica.



Silvia Elsa Braslavsky

Licenciada en Química en 1963 y doctora en 1971 (UBA). Investigadora senior en el Instituto Max Planck de Química de Radiaciones, Mülheim/Ruhr (Alemania). Profesora regular asociada en la Universidad Nacional de Río Cuarto (1972-75). Profesora visitante en la FCEyN, UBA. Desde 1986 investigadora correspondiente del Conicet. Premio Raíces, MINCyT (2011). Profesora honoraria de la Universidad Nacional de La Plata; profesora distinguida de la Universidad Nacional de Córdoba; profesora distinguida de la Universidad de Ottawa. Representante de la Red de Científicos Argentinos en Alemania. Premio de Investigación de la Sociedad Americana de Fotobiología. Doctora *honoris causa* de la Universidad Ramón Llull (Barcelona).

1958-1966

Ricardo Sanguinetti

Como a muchos de ustedes el hermoso reportaje a Pablo despertó recuerdos y vivencias que no por lejanos dejarán de ser vitales. Mucho agradezco por convocarme a compartirlos.

Último año en el Colegio Nacional D. F. Sarmiento de Capital, secundaria nada especial, solo de varones, vestimenta uniformada, turno mañana. ¡Qué frío en invierno! Sabañones, ¿se acuerdan? Chicas... ¡sí! Pero lejos, a doce cuadras, en el Normal 1, fuera de nuestros ojos. Visto desde hoy, ¡qué mal preparados estábamos para lidiar con las hormonas!

Al Centro de Estudiantes... ni bolilla. Afuera, el peronismo proscrito, laica y libre, creación de facultades privadas, coletazos de la “batalla del petróleo”, Tacuara.

Sin orientación vocacional clara en cuarto, iba desde diseño de animación en cine a Agronomía; en quinto me decido por Exactas y parto para el 2º Curso de Ingreso, que comenzaba a mitad de 1957. Empezó a abrimse la cabeza. Noviembre, bochazo en matemáticas en el cole, a la semana apruebo con nota alta, tomá de acá. ¡Qué tal, profesora Caravelli! Exactas funcionaba. Aprobado el Curso de Ingreso, con el Lic. Pirotsky entre las huestes docentes. ¡Qué mundo nuevo! Sin uniformes, obligaciones afrontadas naturalmente, docentes con carisma y dedicación, compañeros de cursos superiores ayudando, intercambio con chicas! Se terminaron cinco años solamente con varones. El embale duraba hasta ocupar el fin de semana. Cuando descubren una rabona mía al colegio estaba estudiando matemáticas en la plaza.

Paralelamente ya trabajaba desde los 14 años, el mango del finde no venía de arriba. Mis padres tenían un estudio (*atelier* se decía) fotográfico de

relevancia, *petit hotel* de tres plantas, en Santa Fe 1026, barrido por la prolongación de la Av. 9 de Julio. Hoy es asfalto. Allí comencé como aprendiz de laboratorio, artesanía en desaparición. Corchitos de botellas cortados como broches flotaban sosteniendo los negativos en el agua de lavado. Muestras para los clientes en papel solar, ¡sí! papel que se ponía color borra-vino con el sol copiando el negativo que estaba encima. La imagen no era eterna, duraba lo suficiente como para que el cliente encargara copias finales. Se trabajaba mucho con la farándula para tapas de revistas de radio y cine, luego TV. Ampliaciones sepia pálido que coloreaban las editoriales. Cientos de copias tamaño postal para los fans de Mirtha, Tita, Marrone, Balá... Al no haber relojes interruptores, el tiempo de cada impresión se resolvía contando, el del procesado era a ojo bajo la luz roja (de allí que todavía se crea que el ambiente del laboratorio es con luz roja, cosa que ya no es así). Imaginen quinientas copias iguales resueltas de esta manera.

El mandato subliminal de estudios superiores (y alejarme del autodidactismo paterno y el laboratorio fotográfico) habrá sido el que decidió que Exactas-Química fuera un destino razonable. Simultáneamente surgió la posibilidad de estudiar fotografía fuera del país: mi entorno germánico impuso entonces Alemania como destino. Allí había un sistema de aprendizaje normado en todas las actividades, hasta un carnicero debía responder con sus conocimientos ante las autoridades.

Al año y medio vuelvo ya fotógrafo, y llego justo a tiempo para cursar una de las matemáticas. En el cuatrimestre siguiente comenzó el gran descubrimiento del clima en Exactas. Como mi ausencia europea me había alejado de las promociones anteriores, no conocía a nadie del entorno de entonces. Al final de la primera clase de Química Inorgánica I había que agruparse de a tres o cuatro compañeros para las prácticas correspondientes y formar los armarios de materiales. Fuimos cuatro los que quedamos boyando solitarios por falta de contacto con la mayoría. Curiosamente, quedamos sentados muy cerca y fue muy natural el: “¿Vamos, te parece? Yo no conozco a nadie”. “Dale”.

Gustavo Cragolino, que venía de la Universidad de Córdoba, reiniciaba su cursada por descontento con aquella; Gerardo Isler había revalidado la secundaria hecha en Inglaterra/Suiza; J. Meyer, el tercero, cursaba normalmente, y el cuarto era yo, el que suscribe. Quedamos amigos para siempre, asistimos juntos a muchas materias también con nuestras novias, luego esposas fieles hasta hoy. Un dato ¿no? Se escucha que muchos matrimonios

nacieron en Exactas y duran. Solo el fallecimiento de uno de nosotros redujo el cuarteto que devino así en terceto. Otro dato: salvo un reencuentro fortuito en Exactas de un compañero del Sarmiento, economista él, las amistades que trascendieron los tiempos son las de la Facu. Volviendo, el ambiente en el laboratorio era genial, uno de los futuros I Musicisti/Les Luthiers, Carlos Núñez Cortés, todavía sin su destino musical, intercambiaba experiencias pianísticas con nuestro compañero venido de Inglaterra. Solfeaban.

Tener un mano a mano con el doctor Busch, Titular de Cátedra, era impensable en la secundaria. Cuando ya hacíamos alguna broma sobre las tareas en el laboratorio, una vez nos pescó el jefe de Trabajos Prácticos, el “Turco” Saludjián, y su reflexión fue: “... si ya hacen chistes, señal de que van aprendiendo y entendiendo, porque de otra forma no podrían hacer bromas”.

Aparte de Busch teníamos otros lujos, Manuel y Cora Sadosky, Misha Cotlar con Boris Spivacow en Álgebra y Análisis Matemático, Roederer en Física (con esos apellidos cómo no ser sospechosos para el estamento militar). Estudiábamos en tres y cuatro idiomas de los muchos disponibles en la biblioteca, desde ya inglés en las químicas, italiano y francés en las físicas; por ejemplo, para Electricidad yo aprovechaba la poca demanda de textos en alemán para usarlos. Teníamos clases hasta los sábados, mañana o tarde, no asqueábamos hipotecar un domingo. Clases nocturnas para los que trabajaban de día. Algunos exámenes se podían dar con los libros en mano. Roederer en Física I Mecánica decía: “Si no tienen el concepto y no entienden el problema, de poco les sirve memorizar la fórmula, ¡la buscan!”.

La inventiva de los ayudantes de cátedra y sus jefes era fantástica. No voy a olvidar las clases de Física de las ondas, en una cubeta con agua o el voltímetro/amperímetro de espejo con su fiel montado en el cielo raso, el de viscosidad en un tubo de acrílico transparente, el aparato de vidrio que debíamos montar para demostrar las características del cloro, del bromo. O experimentaciones para confirmar la presencia de las leyes físico-naturales y que se pueden medir. Cómo eran las metodologías para encontrar verdades.

En la época que cursaba una de las físicas en el recién estrenado primer pabellón de la Ciudad Universitaria, nos enteramos de la existencia de *Clementina*. De tamaño enorme para los parámetros de hoy, sus válvulas generaban tanto calor que le instalaron aire acondicionado. Se hablaba de un convenio con YPF para cálculos que llevaban días y noches en realizarse. Es decir, la UBA tenía su conexión con las empresas como política de Estado,

política que luego en el 66 se diluyó. El equipo de Bajas Temperaturas comentaba que los aviones de Aeroparque perturbaban las mediciones por generar vibraciones.

Eudeba

Cuando apareció el *stand* en el patio fue una sorpresa; sencillo, solo estantes, mesita y banquito, no imaginamos lo que llegaría a ser con el tiempo. Fue imposible seguir el ritmo de las publicaciones, como las de los *Cuadernos*, que algunos aún guardamos. Lo que inicialmente fue una apertura al pensamiento universal devino en una forma de resistencia intelectual, truncada por el Onganiato y sepultada por el Proceso. Boris Spivacow, su director, logró con bajísimos costos y una política de distribución, que “no es otra cosa que una política social y cultural”, un éxito molesto para las editoriales de entonces. En 1958 nació una idea que en 1995, ya fallecido Boris, ahogó la economía. El corpus del pensamiento reunido en sus publicaciones es referencia adecuada de lo que fue la UBA de esos años y perdura aún hoy.

Aunque no tuve una gran participación en la actividad política del Centro de Estudiantes, el contraste con la del secundario fue enorme. De familia progre, la movida del momento me abrió la cabeza a una manera de hacer política consensuada y conviviendo con diferentes enfoques ideológicos, ideales de un proyecto quebrado en 1966.

En la ochava de Perú y Alsina teníamos la posibilidad de organizar bailes. Sus paredes de un metro de espesor todavía existen. Años después del 66 nuestros corazones se acongojaron viendo el adoquinado de una playa de estacionamiento y paredes de ladrillos a la vista que rodean el vacío que queda de una construcción *desaparecida*, bellísima, quizás icónica en la historia de la arquitectura argentina. Allí estaban las aulas y laboratorios en tres plantas; Aula Magna, Biblioteca y Decanato rodeaban un patio central. Desde cualquier ángulo de las balconadas de los pisos apreciabas el movimiento del conjunto. Grupos charlando abajo en el patio, salidas o entradas al aula, el quiosquito de viandas y golosinas, las estatuas de bronce de Lavoisier y Volta, de cuyo dedo en alto colgaba de tanto en tanto algún cartel informativo o jocoso. ¿Se habrán salvado? ¡Y el primer quiosco de Eudeba!

Llegados a la Noche de los Bastones Largos la memoria me traiciona en los detalles. La foto con Bomchil al frente, manos en la nuca, Fisbarg atrás

sangrando. Buscar y localizar a Gustavo en la Comisaría 1° y a Gerardo en la 2°, por suerte indemnes. Y a otros compañeros. ¡Cuánto daño se hizo en unas horas, unos días, por unos milicos sumisos al pensamiento retrógrado de una parte del *establishment*! Quebraron un proyecto de país, lo que nosotros lamentaremos siempre, y del cual nuestra descendencia no tiene dimensión. ¡Nunca se les pidió cuentas! Desparramaron y dilapidaron la inteligencia que por suerte en otras latitudes pudo fructificar. Cientos de cerebros fueron a engrosar la inteligencia de otros países, no precisamente subdesarrollados. Se sabe que es difícil congeniar equipos de trabajo e investigación, químicas humanas que tardan años en generarse: todo eso se desarmó en días. Creo que esa UBA puede regenerar algunas neuronas, pero el espíritu de esos años no lo creo.

Campamentos

Una de las experiencias que más marcaron mis derroteros en el país fueron los campamentos químicos 15 y 16 de los años 62 y 63. La primera salida fue de Buenos Aires a Laguna del Monte: una docena de mochileros caminando de noche, cargados para pasar el fin de semana. Otra en el sur, en la que fuimos acogidos por puestos de Gendarmería Nacional o carabineros chilenos. También en Salta, donde dormimos libremente en una comisaría. Ellos todavía significaban protección, algo impensable pocos años después, cuando la sola barba fue sospechosa, incluso había que tramitar certificado médico para obtener un documento barbado. Rescato que desde entonces uso barba.

El mejor Campamento Químico fue el de la Patagonia, lleno de descubrimientos y experiencias, de vacaciones de un mes, de compartir, emparejados o no, con chicas, días y noches un viaje largo a una Argentina hoy diríamos profunda. El armado de la infraestructura del campamento base se hizo en Buenos Aires, revisando carpas y enseres en un baldío con una prefabricada prestada en donde ratones y humedad se habían instalado desde el año anterior. Se reservaron vagones enteros del tren, compartido con otros vagones de otras facultades y el vagón de carga. Hubo que reservar los dos camiones que nos llevarían hasta el Base. El cajón con los enseres y latas de vituallas era enorme, se precisaban seis a ocho pares de brazos para moverlo. Se hizo la compra en un almacén mayorista de Constitución previendo el consumo de unas cuarenta humanidades durante veintipico

de días. Por suerte ya teníamos el apoyo de la experiencia de campamentos anteriores para los cálculos, incluida la plata para las compras frescas. ¡El de Económicas tenía la mejor gestión, hasta bombones llevaban! Nada de Internet, sí cartas, teléfono y contactos personales de experiencias anteriores. Entrábamos a la Patagonia sin las infraestructuras turísticas glamorosas de hoy. Por ejemplo, llegados a Jacobacci, sacábamos los fardos de lana del Trencito (luego Trochita) para hacer lugar a personas, bultos y cajones en los vagones de carga. Carpas de lona pesadísimas del Ejército. Tren de trocha angosta, que daba tantas vueltas que a un cerro lo rodeabas entero, al costado caseríos de angustia; estirábamos las piernas caminado al lado del tren cuando subía una cuesta. Pero a bordo era una fiesta, charla, bromas y guitarra. ¡Ah!, teníamos que estar acompañados por un matrimonio formal según el Reglamento de Parques Nacionales, no fuera a ser que...

Primera excursión al Pilquitrícón en lago Puelo: se almuerza directamente de las latas y se me ocurre tirar la mía vacía bajo los arbustos. Macanazo, tirada de bolas y aprendizaje ecológico; no estaba instalado el concepto como hoy, a enterrar se ha dicho. En algunos lugares lejanos los pobladores recibían solo tres, cuatro visitas al año. Una era de los gendarmes que monitoreaban los mojones limítrofes y el resto de los “campamentos volantes” del Químico. Muchos de ellos eran residentes originarios con derechos adquiridos por presencia anterior a la creación de alguno de los parques nacionales, y proveían carne, leche, pan y tortas fritas (en grasa, no existía el colesterol) y una hospitalidad modesta pero no menos cordial: recuerdo a don Águila, los Bahamonde, el puesto del Francés. En la última excursión, la del 15, en el cerro Plataforma me hicieron jefe de grupo; así que en el 16 ya tenía otras responsabilidades. Campamento con Leonor Ghinsberg, que me acompaña hasta hoy, en perspectiva todo un logro. Y carpa propia, única Duvet entre las Cacique, con vientos elásticos que si la volteaban se paraba sola. La fiesta final era con pobladores: había que asar media res. Mientras buscábamos alambre para armar las parrillas apareció el guardaparque. Con un dejo socarrón preparó un gran, gran fuego y lo rodeó a dos metros con la res descuartizada estaqueada en palos y cañas verdes.

¡Con qué capacidad organizativa se movía ese grupo humano que recorría casi 2.000 km para llegar, y se desparramaba luego en cuatro, cinco unidades menores en excursiones a lugares donde no iba nadie! En un crepúsculo avanzado, lluvia persistente, un campamento volante alejado del

de base, escuchamos voces en la picada. Al frente Alberto Villa, que con un guardaparque y otro mochilero buscaban a uno de los nuestros con la aciaga noticia del fallecimiento de su madre en Buenos Aires. Aspecto feo de nuestras responsabilidades mochileras y *shock* general. Estas experiencias juveniles, a veces algo inconscientes, dejan marcas indelebles para afrontar la vida, más allá de los recuerdos puntuales.

Los coros universitarios son otro de los hechos que marcaron época. No fui coreuta hasta mucho después, fuera de la UBA. De todas maneras, nos mezclábamos en algún festival en La Plata con los amigos. Toda una megaconfraternidad, con final de concierto emocionante de todos los coros juntos. A posteriori, en una reunión musical más reducida se produjo el protonacimiento de lo que fue I Musicisti. Apareció ya el yerbamatófono, la mangelódica, el tubofono cromático y un aparatejo de casco minero coronado con embudo como bocina. Y cómo nos vamos a olvidar del “Gordo” López con su serrucho vibrando con un arco de violín, y luego todos destacados interpretes en el Instituto Di Tella. Joda menor de lutería aficionada, embrión de Les Luthiers, que con su seria jodienda nos alegran aún.

En la mochila no solo volvieron enseres, también experiencias fundantes; en los borceguíes, una manera de andar por el mundo que, ya ven ustedes, recordaremos siempre. Otra marca vital para los que pasamos por las aulas de Exactas entre 1958 y 1966.



Ricardo Sanguinetti

1960 a 1964, ciclo básico incompleto en Ciencias Químicas (UBA). Entre 1957 y 1959 completa su formación fotográfica en la Escuela Estatal en Fotografía de Baviera, Múnich (Alemania). Egresada como realizador cinematográfico en la Asociación Cine Experimental (Argentina). 2009, Wokshop en Impresión Digital Piezográfica Vermont-EE.UU. Actualmente socio del Estudio Heinrich-Sanguinetti, de Buenos Aires. Docente, expositor, editor de libros fotográficos y activista en Derechos Autorales Fotográficos.

